

EN LA PIEL DE
BARBRA



ANNA ANUDI

EN LA PIEL DE BARBRA

ANNA ANUDI

*A mi familia que siempre me ofrece
confianza y apoyo para
llegar más lejos.
Y a todos los lectores.*

Anna Anudi

Capítulo 1 - El reencuentro con Alan

Londres 1970

—No me cuesta reconocer que siempre he sentido atracción hacia ti, por eso saltaban chispas cada vez que estábamos juntos. Hemos pasado buenos momentos, ¿no crees? —preguntó Barbra a Alan sin darle oportunidad de contestar—. Ya sé que tú tenías otros planes para los dos, pero no podía quedarme contigo, tenía mis motivos. Ahora he vuelto para explicarte qué ocurrió.

—Eso no cambia las cosas y los motivos ya no importan.

—Sí importan. ¿Te acuerdas de aquel último día que nos vimos?

—¿Cómo no me voy a acordar? —replicó él—. Aunque pasaran cien años, siempre recordaré ese momento. —Y en su cabeza se vio de nuevo yendo a buscar a su buen amigo Andy a su despacho, con la única intención de volverla a ver. —Tú ibas con tu amiga Melissa. Casi que te rogué que te quedaras conmigo, necesitaba como el agua que me dijeras que sí, pero esa no fue tu respuesta.

—Tienes razón.

—Entiendo que tuvieras que irte, sin embargo, me dijiste que en un futuro regresarías a Londres para volvernos a ver.

—Sí, cierto, y han pasado veinte años, pero he vuelto.

Alan y Barbra compartieron muchas aventuras, sufrimiento y pasiones cuando los dos eran pilotos de la RAF durante la Segunda Guerra Mundial, los dos se ayudaron a superar las duras trabas que la guerra les iba imponiendo y a pensar en maneras de sobrevivir al enemigo.

Antes de cumplir la treintena, el corazón de Alan ya estuvo ocupado por tres mujeres independientes, Sara, Satina y Barbra, a las que quiso y con quienes compartió parte de su vida. Aunque sus padres intentaron que sentara la cabeza y se casara siendo joven, como marcaba la tradición de la época, Alan se libró del compromiso gracias a la guerra, que se cruzó en su camino, al igual que lo hizo con el resto de la población, y no tuvo más opción que alistarse en el ejército.

Barbra creció en el seno de una familia francesa, cerca de una base aérea. Desde pequeña se había sentido interesada por los aviones y, después de su constancia e insistencia, en la adolescencia comenzó a asistir a clases de vuelo, con los consiguientes reproches de sus compañeros varones, sintiéndose fuera de lugar, incomprendida en una sociedad machista. Consiguió el título de piloto, sin embargo, en Francia no la tuvieron en consideración y buscó oportunidades fuera de su país. Durante su juventud, se enfrentó a los convencionalismos de la época y cuando estalló la guerra, fue una de las mujeres enroladas en las fuerzas armadas, poniéndose al Servicio de Inteligencia Británico.

A lo largo de su vida, Alan estuvo prendado de ella, a quien consideraba excepcional y durante los años que estuvieron sin verse, se preguntaba a menudo si seguiría viva y qué sería de ella. En el momento que terminó la guerra, cada uno fue por su lado y las obligaciones de ambos les hicieron perder el contacto. Los recuerdos se fueron desvaneciendo hasta que ocurrió un hecho inesperado. Un día, como cualquier otro, disimulado entre las hojas del calendario y sin grandes

acontecimientos, Alan llegó a su casa, después del trabajo, y se fijó que tenía una carta en el recibidor de la entrada que le llamó la atención. Sin saber por qué intuyó que era de Barbra y la recogió sin pensar. Sintiendo en las sienes el latido de su corazón y las manos casi temblorosas, Alan abrió la carta, confirmó que era de ella y la releyó varias veces: Ella tenía previsto pasarse por Londres en unos días y vio, con agrado, que le proponía quedar para recordar viejos tiempos.

De inmediato y a escondidas, garabateó una carta respondiendo que sí quería quedar con ella y le propuso una cita en Londres, en una zona cercana a la RAF donde habían compartido tantas emociones.

Por un momento, dudó si debían quedar en su casa, pero lo descartó. No es que quisiera esconderse ni ocultar su encuentro a su mujer, se dijo, pero ellas dos no se conocían, además estaba su hija que podía llegar a casa, desde el colegio, en cualquier momento. ¿Cómo podía presentar a Barbra a su familia? Barbra, su amor imposible. El día del encuentro llegó y Alan le dijo a su mujer que había quedado con un antiguo compañero de la RAF, no dio más explicaciones. Subió a su coche y condujo los pocos kilómetros que separaban su casa en Chelmsford de Londres.

Alan iba a menudo a Londres, aunque pocas veces llegaba a esa zona de la ciudad y se daba cuenta de todos los cambios producidos en la calle donde, años atrás, él había tenido alquilado un piso con unos compañeros. En cambio, el pub donde había quedado con Barbra parecía el mismo, como si el tiempo se hubiera detenido. Abrió la puerta, asiendo firmemente el tirador, todo seguía igual, con su olor a alcohol y las paredes revestidas de madera pintada de verde oscuro. Además, estaba amenizado con una música suave y una luz tenue acogedora.

La vio sentada en una esquina con su pelo moreno rizado, su piel caoba y sus ojos negros que lo miraban intensamente ocultando sorpresa, por si lo veía muy cambiado. Él la vio igual de guapa que siempre, para ella, no habían pasado los años.

Cuando estuvo frente a la mesa de madera, Barbra se levantó, era casi tan alta como él y seguía manteniendo su esbelta figura. El primer momento fue difícil para los dos, no sabían cómo actuar, cómo saludarse. Después de un breve abrazo se sentó en el banco de madera junto a ella, casi rozándose los muslos y sintiendo la atracción que siempre les había unido.

Una vez dichas las primeras frases de cortesía, se quedaron callados, necesitaban decirse tantas cosas vividas durante años que no sabían por dónde empezar.

Barbra fue quien tomó la iniciativa para explicarle su vida retomando el hilo de ese último día, cuando se dejaron adiós.

—Alan, para mí también fue difícil irme y dejarte en Londres, pero tú tenías tu trabajo, el negocio de tu familia, además de una mansión heredada de tu padre, donde formaste tu hogar. Y lo siento... pero, yo no me veía viviendo en tu casa, esperando a que volvieras del trabajo y tuvieras tiempo para mí.

—Me costó un gran esfuerzo asumir que no quisieras saber nada de mí, pero ahora lo entiendo Barbra, es lo que siempre me repetías, que tú querías vivir tu vida sin ataduras. Espero que lo hayas conseguido.

—Bueno, no siempre he podido.

—No sé en qué te enredaría tu padre cuando me dijiste que tenías que ayudarlo ¿tanta prisa tenía?, ¿era tan importante? —preguntó Alan mostrando enfado mientras le cogía la mano y ella la retiraba.

—Alan, no tienes derecho a estar molesto conmigo —lo miró seriamente—. No sé nada de ti desde hace años, si te has casado o no, me tienes que explicar muchas cosas, pero es mejor que mantengamos las distancias —propuso Barbra dejando un pequeño margen de espacio entre los

dos.

—Tienes razón, no sé qué me pasa cada vez que estoy cerca de ti —se excusó.

—Déjame que te explique sobre mi padre —siguió Barbra intentando centrar el discurso en otro punto alejado de lo que sentían los dos.

—¡Claro! dime.

—Karl Bauer, mi padre, es alemán, aunque lleva años viviendo en Calais junto a mi madre, son muy mayores los dos, pero están bien —le dijo Barbra—. ¡Qué te voy a contar!, tú ya los conoces de cuando estuvimos juntos en su casa.

Los dos se quedaron callados recordando la semana que pasaron juntos en Francia, como una pareja.

—Esos días me dijiste que yo era especial para ti —susurró ella.

—Siempre has sido muy especial para mí y lo sabes.

—Pues cuando volví a casa, mi padre me estaba esperando, deseoso de hablar conmigo. —Continuó su historia sin hacer caso de sus palabras e intentando que no le afectara su cercanía. Él le rozaba la mano con su pulgar, deslizándolo como una suave caricia. —Mi padre nunca me dio mucha información sobre nuestra familia alemana, por lo que me quedé sorprendida cuando un día me contó que su padre había muerto y que había recibido una notificación de que su único hermano y él eran los herederos de una vasta fortuna familiar.

—Nunca me explicaste nada sobre tu familia alemana.

—Sí, ya..., es un tema del que no suelo hablar, me cuesta creer que siendo nuestra familia nunca hayan querido mantener una relación estrecha, no los culpo, pero no lo entiendo. No tengo contacto con ellos.

Alan cabeceó mientras la escuchaba y no podía estar más de acuerdo con ella, sus padres siempre fueron sus grandes apoyos, aunque tuviera diferencias y discusiones diarias, sobre todo con su padre. Sin embargo, cuando él murió, Alan se sintió perdido y cuando murió su madre, se sintió huérfano.

Se quedaron en silencio durante unos segundos donde solo se escuchaba la música suave del bar, siguiendo cada uno sumido en sus pensamientos, hasta que ella lo rompió con una sonrisa:

—Además, ... nunca tuvimos mucho tiempo para nosotros para explicarnos detalles de nuestra vida. Nuestros encuentros eran breves e intensos —dijo haciendo alusión a la química que surgía entre ellos.

—Siempre que nos veíamos estábamos huyendo de la guerra —contestó Alan recordando.

—O acabábamos metidos en problemas.

—Eso también es cierto..., pero sigue —dijo Alan intentando entender lo que le estaba explicando. —¿Qué me decías de una herencia y una fortuna?

—Pues eso, que era imprescindible encontrar a su hermano, es decir mi tío, para que los dos pudieran acordar qué se haría con la herencia y cómo se la repartirían. Eso es lo que me pidió mi padre y es en lo que le ayudé: a encontrar a su hermano. Como podrás ver no fue nada fácil y la búsqueda me llevó a otras aventuras donde hubo un poco de todo, cosas buenas y malas.

Capítulo 2 - La historia de Barbra

Berlín 1950

—¿Tienes más información que el nombre de tu hermano?, ¿algún contacto o localización más reciente? —preguntó a su padre para intentar encontrar un hilo por dónde tirar.

Barbra estaba de pie junto a su padre revisando los documentos que había encima de la mesa del comedor. Ambos tenían una estatura similar, altos y delgados, sin embargo, el aspecto de Karl era débil y vacilante, aunque tenía un bastón apoyado en una esquina de la pared al que no hacía ningún caso, ni tenía intención.

—Barbra, como te digo, hace años que no sé de él, siempre tuvimos opiniones distintas sobre muchas cosas, por lo que a menudo, acabábamos discutiendo por todo —dijo él con pesar, negando con su canosa cabeza y recordando a su hermano, con quien nunca tuvo afinidad—. Ahora solo sé que se llama Richard Bauer, debe de rondar los sesenta, es profesor y que la última vez que supe de él, hará unos diez años, vivía cerca de Berlín.

—Me acuerdo levemente haberlo visto alguna vez cuando era pequeña, pero después de tantos años, aunque lo tuviera delante no lo reconocería.

—Sé que es difícil lo que te estoy pidiendo, pero entiende que no puedo irme a Alemania contigo en su busca y dejar a tu madre sola aquí durante mucho tiempo —se excusó él.

—Sí, lo entiendo. Además, como estuve viviendo tantos meses en Berlín tengo contactos y puedo manejarme sola perfectamente.

Barbra tenía decidido que iba a ayudar a su padre con su petición, no podía decirle que no. Reservó plaza en un avión con destino a Berlín y con salida en unos diez días, así le daba un poco de margen para organizarse.

En los días previos a su partida, su primer objetivo fue encontrar la máxima información posible, dentro de las pocas posibilidades que tenía viviendo en Calais, una ciudad derruida durante la guerra. Revisó documentos que le dio su padre, recuerdos familiares y también fotos. Solo encontró alguna foto antigua de su familia, nada más.

El día del viaje se despidió de sus padres deseando poder volver lo antes posible, aunque su billete no tenía, por el momento, fecha de regreso.

—¿Te quedarás en Berlín durante mucho tiempo?

Preguntó su compañero de asiento en el vuelo que la había llevado a Alemania, acababan de aterrizar en el aeropuerto de Berlín—Schönefeld que le traía tantos recuerdos, y Barbra no supo qué responder.

Dick parecía agradable. Fue él quien entabló conversación la mayor parte del tiempo de vuelo, aunque su tono de voz había sido frío y controlado en todo momento. Barbra sabía algunas cosas de él, que le fue explicando durante el trayecto. Dick era alemán y profesor de Historia en la universidad, estuvo en París durante una temporada y ya estaba de regreso hacia su ciudad. No entraron en detalles de edades, pero parecía rondar los treinta, como Barbra, además era indudable que tenía un carisma especial.

Ella mantuvo silencio, valorando su respuesta, hasta que le dijo: —Depende, buscaré trabajo y según lo que surja me quedaré más o menos tiempo.

Barbra decidió que era mejor no hablar de temas personales con desconocidos, por lo que prefirió no dar detalles. De todos modos, su intención era la de encontrar trabajo mientras se dedicaba a buscar información sobre su familia, necesitaría dinero para poder subsistir.

Él la sorprendió con su ofrecimiento.

—Quizá pueda ayudarte a encontrar trabajo.

—¿Sí? sería fantástico porque no sé por dónde empezar. ¿Tienes algún conocido o sabes de alguien que ofrezca trabajo?

—Yo mismo —contestó serio, valorando si estaban haciendo lo correcto con aquel ofrecimiento.

—¡Vaya!, dime de qué se trata —le pidió interesada por su respuesta.

—Necesito una persona que me ayude a preparar mis clases de Historia para la universidad. Ahora que ha terminado la guerra, necesito recabar mucha información de tantas cosas que han pasado en tan poco tiempo y, si es necesario, traducirlo.

—Creo que has dado con la persona idónea —le contestó sin modestia y de forma sincera— domino varios idiomas y estoy muy interesada en la historia. Me encantaría poder trabajar contigo.

—Lo único es que quizá no te pueda ofrecer un puesto con muchas horas a la semana porque habrá días con más trabajo que otros.

—Me parece perfecto, es justo lo que necesito, tener trabajo y disponer de tiempo para mí —contestó emocionada—. No te fallaré, estaré muy implicada en ayudarte con todo lo que necesites

—Bueno... supongo que hemos llegado a un acuerdo.

Barbra lo escuchó intentando descifrar sus palabras, sin llegar a la conclusión de si él se estaba arrepintiendo de su ofrecimiento. Se quedaron en silencio, mirándose de hito en hito, cohibidos por la situación, mientras los viajeros iban desembarcando del avión.

No podía creerse la suerte que había tenido al coincidir con Dick en el mismo vuelo.

Cuando llegaron a la salida del aeropuerto, se quedaron parados uno al lado del otro, decidiendo cómo despedirse. Barbra no sabía cómo mantendrían el contacto.

—¿Tienes algún alojamiento previsto o necesitas que te ayude a buscar uno? —le preguntó Dick solícito.

—Eres muy amable, por suerte tengo unos amigos que me han dejado su casa durante una temporada ya que ellos están viviendo fuera de Berlín.

En realidad, era la propia casa de Barbra, sin embargo, prefería no darle detalles. Durante la guerra, ella estuvo viviendo en Berlín.

Barbra trabajó como agente doble al servicio del gobierno británico, junto con Nathan Voile, un alto cargo en el mando militar y su pareja durante los años de guerra; él puso la casa, que compartieron los dos, a su nombre.

—De acuerdo, cuando estés acomodada y preparada para trabajar, puedes venir a la universidad y nos organizamos para comenzar.

—Perfecto Dick, por cierto, ¿tu apellido?, para poder localizarte en la universidad.

—Profesor Dick Scheidemann —le contestó mostrando orgullo y cuadrándose a lo militar.

—De acuerdo profesor, mañana mismo estaré allí.

Se despidieron y Barbra se lo quedó mirando antes de subir al taxi; Dick era rubio con el pelo muy corto, dejando al descubierto un rostro anguloso y unos ojos azules que podían ser glaciales, pero que la miraban de forma amistosa, tenía un porte alto y delgado. Tenía el aspecto de un

profesor de universidad, con la chaqueta y los pantalones de pinzas. «Interesante», pensó mientras entraba en el taxi. Dick parecía todo un reto.

El taxi se adentró en la ciudad, llevándola a revivir recuerdos del pasado. Acostumbrada a vivir en una ciudad de cielos despejados y bastante soleada, encontró en Berlín una ciudad gris, tal y como recordaba, aunque vio diferencias. Donde ahora había muchos solares vacíos, antes se levantaban edificios, que quedaron derruidos durante la guerra. Era una ciudad donde había mucho trabajo de restauración por hacer.

El taxista la llevó hasta su casa, y ella se bajó observando el edificio que le traía tantos recuerdos. Era una casa unifamiliar de una sola planta, situada entre otras casitas parecidas, en una calle tranquila. La había dejado inhabitada cuando tuvo que huir de Berlín, pero todavía mantenía vivos los recuerdos de aquel lugar. Era una casa apartada del centro y se acordó del coche pequeño de color negro que dejó estacionado en el garaje, deseando que siguiese en el mismo sitio. Recordó que con ese coche había llevado a Alan a su casa cuando consiguió sacarlo de las garras de la Gestapo y se le escapó una sonrisa por lo lejano que lo veía y también por lo felices que se sintieron cuando se vieron a salvo.

Al abrir la puerta de su casa le llegó un fuerte olor a humedad y a espacio cerrado que le hizo fruncir la nariz. Su corazón latió con fuerza cuando pasó al interior, abrió las ventanas para que entrara el aire fresco de primavera y comenzó a quitar las sábanas que había dejado encima de los muebles para que no cogieran polvo. Le gustaba estar allí, consideraba que era su casa.

Todo seguía tal y como lo recordaba. La casa constaba de una única estancia y los muebles parecían cuidadosamente escogidos para cada rincón. Contaba con un sillón, una cama, una mesita con un par de sillas, un armario y en la esquina, una cocina. Lo que más le gustaba era que en el centro había una mullida alfombra de colores que ofrecía un poco de orden y calidez. Se acordó que en ella había rodado abrazada a Alan, en uno de los arrebatos apasionados que compartieron.

Después pensó que ya estaba bien de recordar el pasado y que estaba en Berlín para cumplir el encargo que le había pedido su padre, así que se puso ropa cómoda, una cinta en su pelo rizado y pasó la tarde limpiando para dejarlo todo ordenado. Lo primero que dejó limpio y libre de trastos, fueron la mesa y las dos sillas que, de momento, le servirían como un improvisado escritorio.

Una vez hubo decidido que la casa estaba en condiciones, vació su maleta y colgó la ropa en el pequeño armario. Enderezó el colchón, puso la sábana de abajo, luego la de arriba y estiró por encima la suave manta que le serviría de colcha. Por último, sentada en la silla, puso sobre su improvisado escritorio la información que tenía de su tío y concluyó, con disgusto, que no sabía por dónde empezar y que se encontraba bastante perdida. Repasó mentalmente lo que le había explicado su padre y se acordó de un detalle importante, su tío era profesor, no sabía ni de qué ni de dónde, pero le pareció que era un buen punto por el que podía comenzar a investigar cuando al día siguiente fuera a la universidad.

Cuando estuvo harta de darle vueltas a la poca información de la que disponía sobre su tío, se acordó de Dick, fue una suerte que le ofreciera trabajo en la universidad. Obtendría algunos ingresos, además de la ocasión de seguir viéndole, lo que le pareció una buena idea. Por otro lado, no se le escapaba el hecho de que creía que no tenía pareja, durante el vuelo le explicó muchas cosas sobre él, pero no mencionó a ninguna chica que le estuviera esperando. Por su parte, ella seguía soltera y sin pareja estable. Le gustaba viajar y vivir su vida. Era una persona muy independiente y no quería renunciar a su estilo de vida para atarse a nadie. Pocos la entendían.

Se desperezó y reprimió un bostezo. Era tarde, estaba cansada y tenía hambre. Como ya sabía que tendría la despensa vacía, se había guardado en el bolso parte de la comida que les dieron

durante el vuelo, con lo que tomó una escasa cena.

Durante la guerra pasó hambre y comió cualquier cosa que tuviera a mano. Con los años, se había vuelto más exigente y se había acostumbrado a la buena cocina casera que preparaba su madre, ahora tendría que volver a acostumbrarse a vivir sola y tirar de recetas que ella le había explicado.

Se acostó dándole vueltas en la cabeza a lo mismo. Su estancia en Berlín se presentaba incierta, con muchos interrogantes abiertos y no tenía idea de cómo resolverlos.

Capítulo 3 - El trabajo en la universidad

Berlín 1950

Barbra estaba acostumbrada a levantarse pronto porque en casa de sus padres siempre había actividad; su padre salía temprano de casa para ayudar a algún amigo o vecino, su madre comenzaba a primera hora de la mañana a trastear por la cocina y ella se unía a echar una mano.

Al despertarse en Berlín, le costó reconocer la habitación donde estaba, su primer instinto fue acurrucarse debajo de las sábanas y pensó que quizá todavía estaban en guerra, como años atrás, pero después se relajó recordando que era cierto que estaba en Berlín, ya no había guerra y tenía una esperanza de comenzar de nuevo en esa ciudad. Una imagen le vino a la mente, era el rostro anguloso de Dick, que seguramente la estaría esperando en la universidad.

Eso fue una buena motivación para ponerse guapa e ir a su encuentro. Se vistió con una atractiva falda lápiz de color marrón y un jersey ajustado, pero no muy grueso para no sentirse acalorada.

Solía maquillarse de forma discreta porque su tipo de piel siempre se veía bronceada, solo se dio un toque de carmín que usaba para definir sus gruesos labios y se peinó con las manos la abundante melena rizada.

La universidad no estaba demasiado lejos, aunque suponía dar un buen paseo. Estuvo dudando si coger su pequeño coche negro o no. Éste le funcionó de maravilla durante los años que estuvo viviendo en Berlín, aunque después de tanta inactividad dudaba que se pusiera en marcha. Decidió no jugarse el tener un posible accidente y prefirió coger el autobús, ya intentaría encontrar algún mecánico que lo revisara, no tenía prisa.

Después de subirse a un par de autobuses, Barbra consiguió bajarse en una parada cercana a la universidad. Se trataba de un conjunto de edificios imponentes que estaban rodeados de jardines, que le recordaron a un palacio. Durante el tiempo que vivió en Berlín, pasó por delante muchas veces, pero nunca tuvo ocasión de entrar. Esta vez, fue directa a una recepción cercana a la entrada, donde le podrían dar información de cómo localizar al Profesor Dick Scheidemann. Tras unas breves indicaciones, se dirigió hacia la escalera principal que la llevaría al primer piso.

El silencio era palpable, los estudiantes estaban en las clases y sus pisadas resonaron en las baldosas de mármol gris.

En el primer piso, fue recorriendo el largo y ancho pasillo prestando atención a las indicaciones en las puertas de las aulas y despachos hasta que se paró frente al despacho que pensaba era de Dick. Se acercó a la puerta de madera gastada por el paso del tiempo, donde pudo leer el pequeño rótulo de información con los datos del profesor. Abrió la puerta haciendo chirriar levemente sus bisagras y se encontró con un chico y una chica bastante jóvenes, eran estudiantes, que se la quedaron mirando cuando ella se quedó en el umbral de la puerta sin decidirse a entrar.

—Hola, ¿podemos ayudarte? —preguntó la chica.

—No sé si me he equivocado, estoy buscando a Dick, quiero decir al profesor Scheidemann.

—Sí, es aquí, no te preocupes, nosotros también le llamamos profesor Dick. Yo soy Emi y él es

Meyer, somos estudiantes de esta universidad y le ayudamos en algunos proyectos. Ahora está dando clases, pero ya nos dijo que vendrías, eres Barbra, ¿verdad?

—Sí, Barbra Bauer, ¿qué tal chicos?

—Bienvenida —dijo Emi de forma amable.

—Puedes esperarle en su despacho —propuso Meyer abriendo una puerta anexa a donde estaban ellos y Barbra entró en él, cerrando la puerta tras de sí.

El despacho era bastante pequeño o quizá había demasiados muebles por la angostura del espacio, lo que ofrecía una sensación un poco asfixiante. Dos mesas una enfrente de otra, estaban situadas al lado de la ventana, repletas de papeles y libros, con varias sillas distribuidas en el poco espacio sobrante, y diversas estanterías recubriendo las paredes.

Una vez hubo curioseado, devolvió a su lugar libros y objetos, se sentó en una silla que vio libre de papeles y esperó paciente. Le llamó la atención un marco de fotos situado encima de una mesa, que supuso era la que utilizaba Dick. Cogió el marco y lo vio a él, sonriente, acompañado de una mujer y una niña pequeña, no debía tener más de cinco años. A Barbra se le cayó el alma a los pies cuando vio la foto. Lo dejó de nuevo en su sitio y se mentalizó que ella estaba allí con un propósito.

A los pocos minutos, ya escuchó la voz seca y cortante de Dick que saludaba a los chicos en el despacho contiguo y se preparó para volverle a encontrar. Estaba acostumbrada a tratar con todo tipo de personas y no dejaba intimidarse fácilmente, sin embargo, la actitud poderosa y dominante de Dick, le aceleraban el pulso.

Cuando se abrió la puerta y entró, se quedaron mirando. Él iba cargado con varias carpetas llenas de papeles y el primer impulso de ella fue levantarse para ayudarlo.

—Dame, te ayudo, ¿dónde lo pongo?

—Gracias Barbra, puedes dejarlo en esa mesa, donde haya un hueco está bien.

—Pues... ¡ya estoy aquí! —exclamó ella recalcando lo evidente, después de dejar las carpetas encima de la mesa y secándose las palmas de las manos en la falda.

—Me alegro, porque como ves hay mucho trabajo por hacer, además de que no tengo tiempo para ordenar nada y se me van acumulando los trabajos y exámenes. Suerte que Emi y Meyer me ayudan de vez en cuando, pero agradezco que tú también puedas echarme una mano.

—¿Por dónde empiezo?

—Esta es mi mesa —dijo Dick señalando la mesa donde estaba colocado el marco de fotos—. Tú puedes sentarte en la otra. Lo primero sería intentar ordenar todos los papeles que tienes en la mesa y sillas para que tengas un hueco para ti.

Durante largo tiempo estuvieron los dos sentados en silencio, ella ordenando e intentando entender qué era lo que tenía encima de la mesa y él preparando las clases.

—No me has contado qué te ha traído a Berlín —preguntó él de repente, mirándola—. Creo que ayer estuve hablando de mí durante demasiado tiempo y no te dejé explicarte.

—Ya te lo dije, he venido a buscar trabajo y ya veré si me quedo más o menos tiempo.

—¿Habías estado antes en Berlín?

—Una vez, ... hace años.

Él la siguió mirando receloso. De hecho, él intuía que ella no quería darle demasiadas explicaciones y no sabía el motivo. Pensó en varias posibilidades que pudieran constituir una explicación razonable y, al final, decidió dejar pasar el tiempo e ir indagando poco a poco.

—Me dijiste que tus amigos te han dejado una casa. ¿Estás cómoda en ella?

—Sí, he tenido mucha suerte, además quiero volverte a agradecer que me dieras este trabajo —contestó Barbra intentando ser amable, desviar la conversación y que finalizaran sus preguntas.

Después de sus años trabajando como espía durante la guerra, aprendió a no fiarse de nadie y le costaba confiar. Además, ella nunca explicaba detalles de su vida a un desconocido y a Dick solo hacía dos días que lo conocía.

Ante sus evasivas, consiguió que él dejara de preguntarle y se centrara en su trabajo.

A los pocos minutos, él se levantó de su mesa, comenzó a preparar otros papeles, y se acercó a la mesa donde estaba ella.

—Ahora tengo una clase, te dejo tu contrato y una hoja con las condiciones —explicó Dick acercándole una carpeta que contenía algunos documentos— puedes combinar el horario que mejor se te ajuste.

—Te lo agradezco.

Cuando él salió del despacho a Barbra le dio la impresión de que estaba molesto y no sabía el porqué. Al quedarse sola, como suponía que no lo vería en un par de horas y estaba harta de clasificar y ordenar documentos, decidió que intentaría buscar algo de información sobre su tío, el profesor Richard Bauer.

Salió del claustrofóbico despacho y vio que Emi todavía permanecía sentada en el mismo sitio, donde la había visto unas horas antes. Le pareció una chica muy amable y como ella era nueva en la universidad, seguramente estaría deseando ayudarla.

—Hola Emi, como el profesor ha salido no sé dónde buscar información de qué profesores trabajan en esta universidad, si sé los nombres del resto, podré ayudarlo mejor en su trabajo si me pide contactar con alguien en concreto.

—Claro Barbra, no hay problema, tienes que bajar a la primera planta, al claustro de profesores, allí tendrás el listado de todos los departamentos y quién trabaja en cada uno.

—Pero si están trabajando no les quiero molestar —contestó Barbra que no quería que la vieran fisgoneando los archivos.

—A estas horas solo está Elsa, que es la secretaria, los profesores si no están dando clase, ya están fuera de la universidad, no suelen quedarse a conversar entre ellos.

—¿No tienen que compartir el avance de sus alumnos?

—Solo cuando hay reuniones.

—De acuerdo, gracias.

Barbra se alejó por el silencioso pasillo. Le sorprendía que no hubiera ningún chico despistado fuera de alguna clase o que en algún aula hubiese más ruido del habitual, pero tan solo escuchaba sus pasos.

Bajó la escalinata para volver al piso inferior. Le fue fácil encontrar el claustro de profesores, y tal y como le dijo Emi, solo encontró a una mujer que parecía poco amigable. Estaba sentada en una mesa, concentrada revisando papeles. Después de abrir la puerta, no se atrevió a pasar hasta que la mujer se lo indicó y ésta le preguntó escuetamente si se había perdido.

Barbra era una persona con carácter, sin embargo, también era una buena actriz y como su primera impresión fue que Elsa era un hueso duro de roer, decidió ser amable con ella. Se presentó y le comentó algunas cosas sin importancia. Cuando vio que la tensión del ambiente se relajaba, le preguntó directamente por el profesor Richard Bauer.

—No lo conozco, pero durante la guerra la universidad canceló muchas de sus clases y la mayoría de profesores tuvieron que irse. Si ha trabajado alguna vez en esta universidad tendría que estar registrado en esos libros —le contestó señalando con un dedo una estantería repleta de libros— ¿Para qué necesita saberlo el profesor Scheidemann?

—Nada, nada, me he debido confundir, seguro que el profesor me ha dicho otro nombre y no lo he anotado correctamente.

—Los profesores titulares que ahora dan clases están en el listado que encontrarás al lado de la puerta.

Barbra revisó el listado, ya sabiendo de antemano que no encontraría allí nada de lo que estaba buscando. De todos modos, disimuló e indicó a Elsa que ya lo había encontrado y que no tenía importancia.

Una vez fuera del claustro, cerró la puerta y se apoyó en la pared.

Se advirtió que tendría que ir con más cuidado si quería encontrar información sin dar explicaciones. Además, tendría que pensar la forma de entrar en el claustro cuando no hubiera nadie y revisar los libros. No lo veía fácil.

Como el claustro estaba cerca de la entrada de recepción, fue hacia la salida de la universidad. «Por ser mi primer día de trabajo, ya tengo bastante», se dijo.

De regreso a su casa, pudo volver a comprobar la poca frecuencia con que pasaban los autobuses y decidió que tendría que reparar el coche lo antes posible. Se bajó del autobús unas paradas antes de llegar a su casa, sabía que por la zona había un mecánico que le había ayudado en más de una ocasión durante los años de guerra. A medida que se acercaba, el ruido del taller se hacía ensordecedor, ruido de motores a todo gas que se amortiguaron en cuanto entró en el local. Enseguida la rodeó el familiar olor a aceites y a gasolina. Tras un raído mostrador se hallaba el señor Jens, enfundado en su mono de color azul, ceñido a su incipiente barriga. Cuando alzó la cabeza y la vio, se saludaron con naturalidad, como si hubiesen sido viejos amigos y la hubiera visto el día anterior. Durante unos minutos, Jens le hizo preguntas rutinarias y le propuso pasarse al día siguiente.

—¿No puede ser hoy?, necesito el coche para mañana. —No es que fuera urgente, pero sí que deseaba conducir su antiguo coche cuanto antes y sabía que Jens no le diría que no.

—De acuerdo, después me paso por su casa —le contestó sin vacilar y anotó en un grasiento papel la dirección que Barbra le había indicado.

Salió del taller meneando su esbelta figura. Sabía que siempre se acababa saliendo con la suya porque su aspecto físico la ayudaba. Era alta y bonita, largas piernas y rasgos exóticos, con una confianza en sí misma que la hacían destacar sobre el resto.

Al llegar a casa abrió la puerta y se quitó la incómoda falda ajustada, así como el jersey, y se vistió con ropa cómoda, un vestido holgado atado a su estrecha cintura.

Durante el día había dejado abiertas las ventanas, aunque la casa todavía emanaba un olor un poco desagradable. El olor, junto con la estancia que la rodeaba la transportaban años atrás y los recuerdos de lo que había vivido en Berlín todavía le llegaban nítidos. No todo fue malo, los años de relación con Nathan Voile también tuvieron sus buenos momentos.

Se sentó recostada en el viejo sillón y pensó en él: «Nathan Voile era un teniente coronel metido en operaciones de la Gestapo. Un alemán de ojos azules muy parecido a Dick. Durante años, tuvo mucho poder y mi misión fue estar cerca de él para sacarle información, así como darle datos equivocados. Él nunca sospechó de mí, si hubiera sabido de mi traición me hubieran encarcelado y nunca habría salido de Berlín. Los dos éramos jóvenes, no llegábamos a los treinta y ya teníamos una gran responsabilidad. Él pensaba que yo era una agente alemana y siempre estaba pendiente de mí. Era atento y me cuidó cuando estuve en el hospital. Me gustaba mi trabajo, aunque a veces, hubiera querido quedarme en otros destinos y no tener que regresar a Alemania.

Cuando estábamos en Berlín, yo nunca iba a su casa, sino que siempre venía él aquí, por eso me compró esta casita que puso a mi nombre. Él nunca me explicaba sobre su doble vida. Creía que estaba casado, aunque no lo sabía seguro, a mí no me importaba si me consideraba su amante.

Mientras tanto, yo obtenía la información que necesitaba para mi trabajo y si era a cambio de sexo, cariño o amistad, ¡qué más daba! Sé que él estaba mejor conmigo que en su casa.

Pero llegó un momento en que Alemania comenzó a perder batallas y las cosas se pusieron feas para todos. Tuve que huir del país y sé que comenzaron a desconfiar de Nathan. Le di tantos datos falsos, que pensaron que él era un posible topo que alertaba al enemigo. Desde el día en que me fui, ya no supe nada más de él. ¿Habrá sobrevivido? me gustaría encontrarlo».

Escuchó la ruidosa camioneta de Jens estacionar enfrente de su casa e interrumpió sus pensamientos. Se levantó y fue a abrir la puerta para darle acceso al parking. Tras un breve saludo, él cogió sus herramientas y se puso a trastear en el coche.

—Parece que no haya usado el coche en años, tiene la batería agotada y hay que ajustar bastantes cosas.

—Tú mismo, cambia lo que necesites —contestó convencida de que cualquier inversión en el coche merecía la pena.

—No sé si le aguantará muchos kilómetros, ya tiene sus años.

—Solo lo necesito para moverme por la ciudad.

Entró en casa para dejarlo trabajar tranquilo.

Cuando comenzaba a anochecer, escuchó cómo su coche se ponía en marcha y el grito contento de Jens, por haberlo conseguido. Ella se acercó y vio que él estaba sentado dentro del coche, parecía que estaba todo apunto. Apagó el motor y le devolvió las llaves.

—Ya puede recorrer kilómetros.

—Gracias —dijo ella agachándose para mirar por la ventanilla y ponerse a la altura del conductor para hablar con él.

Hubo algo que le llamó la atención y se lo dijo:

—Jens, se te ha caído un sobre en el suelo.

—¿Dónde?, yo no llevaba nada —preguntó mirando a su alrededor.

—Sí mira, a los pies del asiento del copiloto.

Jens se agachó y lo cogió. Era un sobre de color marrón, que por su aspecto enmohecido debía llevar años en el mismo sitio.

—No es mío —dijo mirándolo por los dos lados y se lo tendió a ella, que lo cogió sin saber muy bien qué hacer con él.

Barbra se quedó con el sobre en la mano, estaba sorprendida, aunque no quiso darle importancia delante de Jens. Él salió del coche y se despidió de ella, contento, después de cobrar la cuantiosa suma de la reparación.

Ella entró de nuevo en la casa, ensimismada con el sobre. Le dio varias vueltas y pudo ver que no tenía remitente. Se sentó en la silla y puso el sobre encima de la mesa, lo estudió con detenimiento y lo acarició con la palma de la mano sintiendo la rugosidad del papel y sin decidirse a abrirlo.

Capítulo 4 - El sobre escondido

Berlín 1950

Estaba concentrada preparando lo que necesitaba para ir al trabajo y en buscar las llaves del coche, cuando se percató de que el sobre seguía encima de la mesa, donde lo dejó. Se detuvo un momento decidiendo si tenía el tiempo suficiente para abrirlo y optó por dejarlo para más tarde.

Abrió la metálica puerta del garaje y subió encantada a su antiguo coche, le hacía tanta ilusión como si lo acabara de comprar. Por un momento se sintió como si hubiera retrocedido años atrás y se veía vestida de piloto militar, aunque desdeñó la idea y se concentró en conducir. Aunque el coche tenía sus años, corría lo suficiente y en pocos minutos cruzó las calles que la llevaban hasta la universidad. El día anterior, se fijó que no había problemas de espacio para aparcar, por lo que todo fue sencillo.

Ese día sí que encontró algunos alumnos que iban llegando y se dirigían a las aulas, pero le siguió pareciendo todo igual de silencioso y ordenado.

Sabía dónde estaba el despacho de Dick, por lo que subió las escaleras y se lo encontró abriendo la puerta. Su rostro estaba serio y su mirada mostraba enojo.

—Has llegado muy pronto y ayer te fuiste sin despedirte —dijo cortante, sin saludar.

—Entendí que no tenía un horario estricto —replicó pensando dónde estaba el Dick frío, pero amable, que había conocido en el avión. Desde que trabajaba para él había surgido una barrera entre los dos, siendo difícil de sobrellevar. Parecía que siguiera molesto con ella. «No quise contestar a sus preguntas el día anterior y le he contado poco sobre mí misma, y sobre mi estancia en la ciudad, es mi vida, no tiene por qué tener un humor tan sombrío».

Entraron y pasaron al despacho de los dos.

—¿Hoy no están los chicos que te ayudan?

—¿Emi y Meyer?, solo vienen de vez en cuando si no tienen exámenes. Por eso necesito una colaboradora.

—Bueno, algo positivo.

—¿Qué quieres decir?

—Que parece que sí que me necesitas.

—No te entiendo, por eso estás aquí ¿no?

—Bien, pues... ¿por dónde empiezo? —preguntó ella sentándose y viendo como él se sentaba en su mesa sin contestar.

Se lo quedó mirando largo rato esperando a que él le dijera qué debía hacer, aunque Dick se puso de inmediato a trabajar en preparar sus clases. Estaba concentrado por completo en ello y no parecía percatarse de la situación, o bien le gustaba sentirse observado. Entonces ella se levantó para salir del despacho y él, que la miraba de reojo, le preguntó: —¿Te vas?

—Creía que necesitabas una ayudante, como ayer terminé de ordenar las carpetas y los libros, pensé que te podría ayudar a preparar alguna clase, pero no me dices qué necesitas.

Entonces él miró hacia las estanterías y se dio cuenta de que todo parecía ordenado y en su sitio.

—Es verdad, hacía tiempo que no lo veía tan ordenado. Discúlpame si no me he fijado. Déjame pensar en qué puedes ayudarme. ¿Podrías traerme un café y hacer un listado de las carpetas archivadas?

Barbra se lo quedó mirando atónita y él le devolvió una mirada fría e inexpresiva.

—¿Qué ocurre?

—Pensé que necesitabas ayuda de otro tipo... búsqueda de información, preparar tus clases, traducciones, puedo ayudarte en mucho más de lo que crees.

Como no obtuvo respuestas, se levantó de nuevo con la intención de irse. Dick olvidó lo que le iba a contestar, pero cuando escuchó como se cerraba la puerta, salió tras ella.

—Barbra, espera. Mira, puedes ayudarme con esto. —Con el dedo le señaló el conjunto de carpetas y libros acumulados que sobresalían en una esquina—. Estoy buscando información de varios temas políticos, tanto de Alemania como de otros países, para poder explicar diferentes conflictos que surgieron en la guerra.

—De acuerdo, te ayudo a buscar información. —Barbra vivió intensamente esos conflictos políticos durante la guerra y sabía lo que él necesitaba.

—Podemos revisar unos libros que hablan de ciencias políticas, pero no los tengo aquí.

—¿Dónde están?

—En la biblioteca.

—Vale, voy a por ellos si me anotas los que son.

—Sí, toma, aunque antes tendrás que pasarte por el claustro de profesores y pedir la llave a Elsa.

—¡Ah, sí!, ya la conozco.

—Perfecto, tú misma.

Salió del despacho sintiéndose observada hasta que cerró la puerta tras ella. Fue caminando hacia las escaleras que le llevaban a la primera planta deseando que el claustro estuviera vacío y poder revisar los libros de registro. Era una oportunidad única para encontrar información sobre Richard.

Abrió la puerta y le llenó de alegría ver el escritorio de Elsa vacío. Entró rápida deseando que no hubiera nadie y se dio de bruces con un profesor bastante mayor que iba hacia la salida, con tal ímpetu que casi lo tiró al suelo.

—¿Dónde vas con esas prisas! —le recriminó él.

Ella se disculpó e intentó poner en práctica todo su encanto para ponerlo de su parte.

Una vez estuvo recuperado del susto, él se recolocó las gafas y la miró descaradamente de arriba abajo.

—¿Te he visto alguna vez?

—No creo, trabajo para el profesor Dick Scheidemann.

—¡Ah ... vaya con el granuja de Dick!

—¿Qué quiere decir? —contestó ella de forma inocente.

—Nada, nada, tú a lo tuyo, yo ya me voy que tengo clase.

—Un placer —fue su respuesta antes de ver como él se dirigía a la puerta y salía por ella.

Miró a su alrededor y pudo comprobar con alegría que estaba sola. Aprovechó los pocos minutos que tenía antes de que entrara alguien más. Cogió el grueso manojó de llaves que había encima de la mesa de Elsa y cruzando los dedos deseó que la estantería se abriera con alguna de las primeras que probaba. Cruzó el despacho hacia la estantería que le dijo Elsa. Tenía las puertas de cristal, como una vitrina de trofeos y podía ver varios estantes llenos de libros color marrón rojizo. Los libros de registro tenían los años marcados en el lomo y comenzó por los más actuales.

Su tío no era tan mayor y si trabajó como profesor en esa universidad tendría que ser justo antes de la guerra.

Abrió una página al azar para entender cómo estaba organizado y con el dedo índice fue resiguiendo las líneas de los apellidos. «A... B... Bauer, Richard». Su corazón dio un vuelco al ver el nombre de su tío escrito, junto a un texto que parecía una dirección, no podía creer que tuviera tanta suerte. Pero existía un problema. El texto estaba escrito a mano en una letra tortuosa y casi ininteligible. Intentó descifrar la dirección anotada durante unos minutos y decidió que podía ser: «Rüdes Str. 44, Berlín». Lo releyó varias veces para memorizarlo y guardó el libro rápidamente, mientras que escuchaba unos pasos acercarse por el pasillo. Cerró la vitrina y dejó las llaves donde las había encontrado y como no podía salir de allí sin toparse con la secretaria, se sentó en una silla vacía con cara de aburrimiento.

A los pocos segundos Elsa entraba por la puerta.

—¿Otra vez tú por aquí merodeando?

—El profesor Scheidemann me ha pedido unos libros de la biblioteca y necesito la llave — contestó con voz de niña buena mientras que ella la observaba con el ceño fruncido. Elsa estaba acostumbrada a trabajar sola y no quería visitas.

La mujer abrió el cajón, lo removió y le tendió una llave de color dorado.

—Cuando salgas al pasillo, dirígete a la izquierda y la encontrarás. Necesito me devuelvas la llave tan pronto como hayas terminado —le dijo enfadada—, sobretodo antes de que te vayas a tu casa.

—Claro, descuida, enseguida te la devuelvo.

Barbra salió al pasillo y lo recorrió siguiendo las indicaciones. No entendía por qué Elsa tenía un trato tan desagradable con ella. «¡Qué poco amable! pero yo ya tengo lo que necesito».

Encontrar la biblioteca fue fácil, sin embargo, al abrir la puerta y al presionar el interruptor para encender la luz, pudo apreciar que la biblioteca era mucho mayor de lo que se esperaba. Olía a papel y a tinta, y vio decenas de hileras de estanterías llenas de libros. Su primer pensamiento fue de enfado hacia Dick, que a buen seguro la había enviado allí para tenerla entretenida. Era muy complicado encontrar los libros que necesitaba sin una ayuda. Después, al acercarse a una de las estanterías de madera, vio una serie de rótulos con indicaciones. Las siguió hasta llegar a una rotulada como “Ciencias políticas”. Los libros estaban en orden alfabético, por lo que encontró los títulos que tenía anotados con relativa facilidad. Con los libros debajo del brazo, volvió a cruzar la biblioteca, apagó la luz, cerró la puerta y siguió caminando hasta el claustro, pensando en lo extraño que resultaba, que la magnífica biblioteca de la universidad estuviera cerrada y sin alumnos estudiando.

Elsa no estaba en su sitio, pero ella no necesitaba fisionear nada más, prefirió dejar la llave encima de la mesa y volver de nuevo al despacho de Dick. Lo encontró vacío.

Una vez colocados los libros apilados encima de su mesa, miró a su alrededor y no supo qué hacer, si volver a reordenar todo lo ordenado o comenzar a leer los libros que había cogido para encontrar temas útiles para Dick. Optó por lo segundo, se sentó y fue haciendo una lista de referencias interesantes. Estuvo tan entretenida que no lo escuchó entrar.

—Hola, ya estás por aquí. —La saludó él viéndola sentada en la mesa revisando los libros.

Ella se sobresaltó antes de darse cuenta de quién era.

—¡Dick me has dado un buen susto! —exclamó enfadada— podías haber llamado antes de entrar.

—¿En mi propio despacho?

Barbra se rio ante la absurda situación y prefirió olvidar el percance y explicarle lo que estaba

haciendo.

—Ya he traído los libros y he resumido bastante información que creo que te será útil para tu clase.

—Déjame ver —contestó él acercándose demasiado y dejando su cabeza a pocos centímetros de la de ella.

Barbra no se apartó, tampoco se encontró incómoda por su cercanía, aunque pensó que él se estaba aprovechando de la situación y le hizo gracia. Estuvieron uno al lado del otro durante un tiempo, en silencio, solo podían escuchar sus propias y agitadas respiraciones. Él ya hacía rato que había terminado de leer la información que Barbra había encontrado y la buscó con los ojos. Finalmente, se incorporó y fue a sentarse en su silla.

—Perfecto, vas por buen camino con tu resumen, sigue así y conseguiremos tener un material excelente para la clase.

En ese momento, entró Meyer en el despacho. Se quedó dudando si podía pasar o no, al ver que los dos parecían atareados.

—¿Necesitas algo, Meyer?

—Hola, sí, ...bueno, quiero decir, que yo, Emi y otros chicos vamos a quedar con unos compañeros, después de clase, y pensábamos que, quizá, Barbra querría venirse con nosotros.

—¿Con vosotros? —saltó Dick molesto— no creo que Barbra quiera salir con unos críos.

—¡Claro!, ¿por qué no?

—Perfecto Barbra, te esperamos a las seis en el Palast. ¡Hasta luego! —dijo el chico tan contento y sin esperar más respuestas salió del despacho tan rápido como había entrado.

Dick se la quedó mirando incrédulo.

—¿En serio irás con estos chavales?

—¿Por qué tengo que darte explicaciones, profesor? ya soy mayorcita para decidir por mí misma, ¿no crees?

—Pensé que podríamos salir los dos a pasear... yo mismo sé de sitios que te gustarían —propuso sorprendiéndola.

—Gracias, pero creo que no es buena idea.

Dick no contestó. Solo él sabía lo mucho que le había costado lanzarse a proponer una cita.

En realidad, a Barbra no le apetecía demasiado salir con los chicos, pero aceptó por la mala reacción de Dick. Meyer no se lo merecía. Por un lado, le hacía gracia ver cómo había salido en su defensa, sin embargo, le indignaba que hablasen por ella. Además, que la había sorprendido con su propuesta de cita, porque Dick parecía tan serio y formal, e incluso distante, que no se esperaba que él quisiera una cercanía. Antes tenía que averiguar quiénes eran la mujer y la niña que estaban con él en la foto. Durante la guerra, y antes también, se acostó con bastantes hombres sin importarle si estaban casados o no. Aunque ella era una mujer independiente que no quería atarse a nadie, ya no quería seguir manteniendo ese tipo de relaciones, deseaba una pareja estable, que la quisiera solo a ella, que le aportara seguridad y le diera suficiente espacio y libertad para hacer su vida. Antes de salir con Dick, necesitaba saber si realmente estaba libre o no.

De repente, él se aventuró a unirse a la propuesta:

—Bueno, pues yo también me uniré a vosotros en el Palast.

—A ti no te han invitado —dijo ella— ¡eres su profesor!, ¿cómo quieres que te inviten?, les aguarías la fiesta.

Dick la observó y se abstuvo de responder, se estaba riendo de él. Dudaba si había hecho lo correcto al contratar una ayudante, Barbra lo estaba volviendo loco, le costaba concentrarse porque seguía sus movimientos y gestos en todo momento. Dejaría transcurrir unos días y después

intentaría zanjar su relación profesional lo antes posible.

Siguieron trabajando en silencio, en un ambiente tenso, hasta que Barbra se levantó para irse.

—Nos vemos mañana.

—¿Ya te vas? Pensé que terminarías el resumen que estás haciendo del libro.

—Eso me llevará horas y si tengo que quedar con los chicos tendré que ponerme guapa.

La cara de Dick mostraba enfado y asombro. No le gustaba que Barbra lo torear a su antojo, trabajaba para él y debía atenerse a lo que él le pedía.

Ella no solo pretendía enfurecerlo por intentar manejarla, sino que tenía prisa por salir de allí y no era precisamente para salir de fiesta.

Salió a la calle para coger su coche. Tenía muy claro cuál sería su siguiente paso y su intención, no era pasar horas arreglándose frente al espejo para salir con unos críos, sino que tenía otro objetivo. Con la dirección de su tío bien memorizada en la cabeza, comenzó a conducir hacia una zona de la ciudad que estaba más alejada, pero que en la que ya había estado, años atrás, en otras ocasiones. Aminó la marcha cuando se acercó a su destino. «Rüdes Str.», leyó en la pequeña placa que indicaba la calle y aparcó el coche a poca distancia del número 44. Todas las casas alineadas eran iguales, de una sola planta, con fachadas sobrias de color gris. Se bajó del coche y anduvo hasta localizar el número que estaba buscando. La puerta de la entrada daba a la calle y a su lado había una ventana que estaba cerrada con unos portones de madera que no dejaban ver el interior.

Era media tarde y era probable que quien viviera allí, todavía estuviera de camino, por lo que decidió esperar a que apareciera algún vecino para preguntar por el profesor. Volvió al coche y estuvo esperando durante bastante tiempo. No era una calle demasiado transitada y la vigilancia se le estaba haciendo larga. De vez en cuando pasaban personas que caminaban de arriba abajo de la calle, madres con hijos, parejas de jóvenes o algún trabajador que regresaba cansado a su casa. La tarde se precipitó en el atardecer cuando vio una chica de unos veintitantos años que se paraba delante de la casa 44 y se disponía a abrir la puerta.

Barbra salió del coche a su encuentro y se detuvo a su lado.

—Buenas tardes, estoy buscando al profesor Richard Bauer.

La chica la miró con desconfianza.

Barbra no tenía los rasgos físicos típicos de una persona alemana. Su pelo moreno rizado, piel caoba y ojos negros se los debía a su madre, en cambio su padre sí que tenía un porte alemán con pelo y ojos claros, muy parecidos a la chica que tenía enfrente.

—No está —contestó con evasivas.

—¿Pero vive aquí?

—No entiendo el porqué de tu insistencia.

—Soy familiar suyo y necesito hablar con él por un asunto que le interesa. Si sabes dónde está y le puedes dar este mensaje, soy Barbra Bauer y trabajo en la Universidad de Hum.

La chica parecía estar en trance, la miró alucinada, no daba crédito a lo que acababa de escuchar. Era una situación incómoda y después de unos minutos sin obtener respuesta, Barbra se giró y decidió coger su coche e irse. De regreso a su casa, se arrepintió de no haber insistido más, o bien, de haber estado más paciente con ella. A veces era demasiado impetuosa. Pero se tranquilizó al pensar que había conseguido darle su nombre y decirle dónde localizarla, le dejaría tiempo y si no sabía nada de ella, en unos días volvería.

Cuando llegó a su casa ya se había hecho bastante tarde, estaba cansada y lo último que le apetecía era salir con Meyer y el resto de chicos. No sabía cómo localizarlos para darles una

excusa y no ir, aunque le daba igual si la echaban en falta o no, suponía que los chicos ya tendrían suficientes diversiones entre todos como para pensar en ella. Había sido un día intenso y lanzó un suspiro de alivio cuando se quitó los zapatos, se puso cómoda y se tomó una ligera cena, de pie, en la cocina. Como tenía pocas cosas y su casa era pequeña, en pocos minutos ya lo tenía todo recogido. Decidió sentarse en el sillón a pensar en la información que había encontrado y al pasar al lado de la mesa, se fijó que todavía estaba el sobre de color marrón en el mismo sitio.

Lo cogió y se sentó en el sillón, dejando el sobre en su regazo. Primero lo miró a trasluz para ver si distinguía lo que había en su interior y le pareció ver un fino papel.

Se decidió a abrir el sobre.

Contenía una carta que exhalaba un olor a humedad, estaba dirigida a ella y se dispuso a leer su breve contenido. No estaba firmada, aunque podía deducir de quién era.

Cuando terminó, la releyó de nuevo un par de veces más y se recostó, cerrando los ojos y manteniendo la carta entre sus dedos, dejó volar su imaginación rememorando el pasado.

Capítulo 5 - La chica de ojos claros

Berlín 1950

Se despertó en el sillón, con la cabeza ladeada, le dolía todo el cuerpo. Miró el reloj de pared y se acercó a la ventana, todavía era de noche, pero no tenía sueño. Se le ocurrió que quizá en otros lugares de la casa habría otras cartas o notas. Pegó su nariz al cristal y echó su mente a volar. Cuando era pequeña su padre solía esconder pequeñas hojas de papel, que incluían mensajes, que ella debía encontrar. Notas escondidas en huecos de pared, debajo de los muebles o en sitios que parecían imposibles. Era su juego favorito porque siempre acababa encontrando las pistas y llegaba a su objetivo. Deseó que su padre estuviera allí con ella, para que la orientase y le diera pequeñas pistas, como cuando era niña.

Antes de comenzar a registrar la casa, su dormido cuerpo le pedía un café cargado que tomó a pequeños sorbos. La casa no era grande y había pocos escondrijos y recovecos, así que fue mirando esquinas, golpeando con los puños algunas zonas de la pared que le sonaban más huecos e incluso revisó las baldosas del suelo. Miró en detalle los cajones, levantó la alfombra y el colchón de la cama. Parecía que no había nada más. Supuso que revisar la casa le tomaría unos treinta minutos, pero cuando miró el reloj de pared, se dio cuenta de que habían pasado dos horas. De repente, se encontró cansada y se estiró encima de la cama con los pies colgando del colchón y las manos detrás de la nuca, preguntándose si había pasado algo por alto. Se le echó el tiempo encima sin darse cuenta y se levantó de sopetón para comenzar a vestirse. Revolvió el armario y se decidió por un vestido azul oscuro bastante ajustado, pensó en Dick y se le dibujó una sonrisa maliciosa en el rostro, al imaginarse qué cara pondría él al verla.

Condujo con su pequeño coche hacia la universidad y subió hacia el despacho de Dick, intentando deducir si estaría de buen humor, o no, después de que Barbra se negase a salir con él e imaginándose que había salido de fiesta con los chicos.

Entró en la sala contigua al despacho donde pudo comprobar que los dos chicos no estaban, estarían durmiendo aún, o en clase. Como estaba la puerta cerrada, golpeó con los nudillos y abrió. Dick estaba sentado ante su mesa.

—¿Cómo estás? —le saludó ella de forma amigable.

—Yo bien ¿y tú?, ¿has pasado mala noche? —le preguntó dándole un vistazo a su ajustado vestido y a las ojeras que tenía por la falta de sueño.

—La verdad es que he dormido poco y esta mañana he necesitado de un buen café para despejarme.

—Ya veo, ¿te quedaste hasta tarde con Meyer y los chicos o es que has dormido acompañada y no te han dejado descansar?

—Dick, no te pases. El hecho de que ahora seas mi jefe no te da permiso a inmiscuirte en mi vida privada. No te lo voy a contar, así que olvídale. Prefiero que me digas en qué hacer.

—Está bien —claudicó apretando los puños—, tienes razón, no tengo derecho.

—Eso es, no lo tienes. Pues dime, qué puedo hacer.

—Del resumen que hiciste ayer de historia política te he marcado una parte que necesito me

traduzcas al alemán. ¿Puedes?

—Claro —contestó ella cogiendo los libros y el resumen que había comenzado, deseando concentrarse en su tarea.

Dick hizo un gran esfuerzo para dejar de mirar su ajustado vestido azul e imaginarse un montón de cosas que podría haber hecho por la noche, sin él, y volvió a preparar sus clases.

Había pasado bastante tiempo cuando alguien llamó a la puerta con los nudillos y entró, era Meyer quien asomó la cabeza.

—Veo que te has dignado a pasarte por aquí —le espetó Dick mirándolo con los ojos entornados.

—Bueno, es jueves profesor, siempre me paso los jueves —explicó Meyer sorprendido por el frío recibimiento— ¿Qué ocurre?

—Como ayer salisteis de fiesta, te creía durmiendo.

—¿Y no venir a clase?, nunca he faltado, además me gusta pasarme por el despacho para ayudar.

—Y más desde que está Barbra... ya veo.

Como Dick estaba, de nuevo, sacando sus propias conclusiones, Barbra decidió salir en la defensa del chico.

—Es un chico estudioso y trabajador, por eso está aquí.

En ese momento Meyer giró la cabeza para mirar hacia el escritorio de ella.

—Hola Barbra, ¿cómo es que no viniste ayer?

—¡Qué tal Meyer!, se me hizo tarde y no pude avisaros. Supongo que os lo pasasteis bien.

—Sí, todo bien. Bueno voy a ponerme a lo mío —dijo saliendo de nuevo del despacho.

Tan pronto se cerró la puerta Dick, se la quedó mirando.

—¿No fuiste con ellos?

—No —contestó Barbra sin levantar la cabeza de sus libros.

Ante la escueta respuesta Dick no quiso preguntarle más sobre ello, pero una incipiente sonrisa de felicidad se formó en sus labios. Más tarde, se levantó y se fue a impartir sus clases dejándola sola en el despacho.

Barbra soltó un suspiro de alivio cuando se vio sola, Dick podía llegar a ser bastante cargante.

Pasados unos minutos, ya estaba cansada de revisar libros y traducir, por lo que decidió levantarse y salir del despacho. La salita anexa estaba vacía y silenciosa, por lo que pudo escuchar con claridad unos pasos en el pasillo, que cada vez sonaban más cerca. Barbra fue a abrir la puerta para salir, cuando se encontró a la misma chica de pelo y ojos claros que conoció la tarde anterior en la casa 44 de Rüdes Str.

Las dos se quedaron mirando antes de hablar. Era la última persona que Barbra se imaginaba encontrar en la universidad.

—Hola, ¿puedo hablar contigo?

—Sí, claro pasa. —Barbra se puso a un lado para dejarla pasar al despacho y cerró la puerta.

Se quedaron de pie, la chica parecía nerviosa, dudando si había hecho lo correcto al acercarse a la universidad o no.

—¿Quieres sentarte?

—No, estoy bien y solo estaré un momento.

—Pues dime.

—Ayer viniste a mi casa y preguntaste por mi padre.

Barbra no contestó, solo cabeceó afirmativamente dándole a entender que sí, que era ella quien fue a su casa, y se quedó asimilando que esa chica de rasgos claros era la hija de Richard Bauer,

su tío.

—Me quedé sorprendida cuando dijiste tu nombre, también te apellidas Bauer, pero no me diste tiempo a reaccionar, cuando quise darme cuenta ya estabas en tu coche.

—Sí, soy Barbra Bauer, entonces... ¿tú nombre es?

—Erika Bauer.

—¡Vaya!, pues quizá compartimos algo más que el apellido, si nuestros padres son hermanos, quiere decir que nosotras somos primas.

Compartieron una sonrisa de complicidad y se destensó el tenso ambiente creado desde la llegada de la chica.

—Tus rasgos me hicieron desconfiar de ti.

—Te entiendo, se los debo a mi madre, en cambio tú te pareces más a mi padre que yo misma —se rio Barbra.

—Dijiste que necesitas hablar con él por un asunto que le interesa, ¿qué asunto?

—Me gustaría poder hablar con tu padre ¿está Richard en casa?

—No está.

Parecía difícil que las chicas comenzaran a confiar la una en la otra y tampoco parecía el sitio adecuado.

—Creo que aquí no podemos hablar el profesor Dick Scheidemann, al que estoy ayudando, volverá pronto y no entendería vernos aquí hablando de nuestras cosas. ¿Podemos quedar cuando salga de la universidad? Me gustaría mucho poder hablar contigo en un sitio más tranquilo.

—Por la tarde estoy trabajando, aunque podrías pasarte al anochecer por mi casa. Ya sabes dónde está.

A Barbra le pareció una gran idea, así podría ver la casa y entender mejor la situación familiar de su tío. Concretaron la hora que les iba mejor y quedaron en verse después. Se despidieron asimilando que eran familia.

—¡Hasta luego!

Erika levantó una mano en señal de despido y desapareció por el silencioso pasillo.

Barbra intentó concentrarse de nuevo en el trabajo de traducción, aunque sus pensamientos volaban hacia su prima, a quien acababa de conocer. Le parecía increíble tener una prima salida de la nada, para Barbra la familia era muy importante y quizá no lo sabían ni sus padres.

A los pocos minutos Dick volvió al despacho, ya había terminado sus clases del día.

—Hola, ¿cómo vas con la traducción del resumen?

—Voy avanzando, aunque todavía me falta, ¿para cuándo lo necesitas?

—Me va bien si lo tienes mañana, aunque sea tarde.

Ella revisó el documento y faltaba menos de lo que creía. —Mañana lo tienes seguro.

—Por hoy ya hemos trabajado bastante. Nos vamos —ordenó Dick sin darle opción a negarse.

Los dos comenzaron a recoger sus cosas, las clases se habían terminado y ella tampoco quería quedarse a hacer el resumen, le costaba concentrarse.

Salieron del despacho y recorrieron el pasillo y las escaleras que les llevaban a la salida, conversando sobre cómo habían ido las clases. A Barbra siempre le sorprendía lo silenciosa que estaba la universidad y así se lo dijo a Dick.

—A mí no me sorprende, es la quietud que he vivido siempre de estudiante y ahora como profesor.

—Pues mi época de estudiante en Calais era mucho más ruidosa.

—Me lo creo, las culturas son muy diferentes.

Llegaron a la calle y Dick le insistió de nuevo:

—¿Te apetece dar un paseo?

Ella se quedó en silencio, le atraía Dick, pero era reticente a ceder.

—Dime qué ocurre, ¿por qué no?, es solo un paseo.

—¿Qué dirá tu mujer?

—¿Qué mujer?

—La de la foto. Tienes en tu mesa una foto con una mujer y una niña. Son tu familia, ¿es así?

Lo miró a los ojos y vio dolor en ellos, él los apartó y no le quiso dar una respuesta.

—Olvídate de la foto —contestó recuperando un tono de voz gélido para dirigirse a ella. — Solo te estoy pidiendo que demos una vuelta fuera de la universidad. Hace poco que nos conocemos y sabemos muy poco el uno del otro, no hay nada de malo en ser amigos.

—De acuerdo —contestó sin querer forzar la situación, tendría que darle tiempo para explicarse.

—¿Me has dicho que sí? —preguntó incrédulo.

—¿Te arrepientes?

Dick negó con la cabeza mientras la miraba sorprendido porque ella aceptara tan fácilmente y comenzaron a caminar, en silencio, uno al lado del otro. La ciudad comenzaba a resurgir después de la Guerra, aunque muchos edificios seguían dañados e incluso derruidos. La gente vivía con la esperanza de poder rehacer sus vidas lo antes posible.

Él le enseñó algunos lugares de Berlín desconociendo que ella conocía la ciudad casi mejor que él. Desde que coincidieron en el avión, Barbra no le había explicado demasiado a Dick sobre ella misma, solamente se tuvo que justificar con que tenía un padre alemán cuando él vio que dominaba el idioma siendo francesa.

Cuando pasaron por el edificio donde estuvo la Gestapo, la policía secreta de la Alemania nazi durante la guerra, Barbra tuvo un escalofrío y Dick le preguntó extrañado sobre ello:

—¿Sabes lo que albergaba este edificio?

—Sí. —Ella pensó que no tenía por qué mentirle, su pasado estaba muy relacionado con la guerra, sin embargo, no le explicaría nada que él no le preguntase.

—¿Y estuviste dentro? —preguntó él dubitativo ya que una respuesta positiva le permitiría conocer más detalles sobre lo que Barbra le estaba ocultando.

Ella se paró frente a él y lo miró fijamente con sus ojos negros.

—¿Por qué te interesa saberlo?

—Porque creo que no me equivoco al pensar que te conoces la ciudad mejor que yo y que tienes un pasado en esta ciudad.

—Puede —contestó misteriosa.

En ese momento, fue él quien la miró de frente y le dijo:

—Hace poco que nos conocemos y sé que es difícil confiar tu vida a un desconocido, pero trabajamos juntos y querría saber más sobre ti. Si estuviste aquí o no, no tiene importancia, no me lo expliques si no quieres, aunque quiero que confíes en mí.

Siguieron paseando los dos en silencio ante la falta de respuesta de ella. Se hacía tarde, Barbra comprobó su reloj y se acordó que había quedado con su prima. El paseo les llevó otra vez cerca de la universidad y ella tenía aparcado el coche en una calle cercana.

Como lo vio abatido, antes de despedirse, prefirió darle una breve explicación: —Mira Dick, es cierto que estuve aquí bastante tiempo durante la guerra, no te lo he contado hasta ahora porque tampoco lo he visto necesario. Fui piloto de la aviación inglesa, aunque después el Ministerio de Defensa me envió aquí.

Barbra no le explicó en detalle lo que hacía en Berlín una agente británica, aunque

desentrañando sus palabras, pudo suponer que trabajó en tareas de espionaje. Ese aspecto de su vida era muy delicado y ninguno de los dos quiso comentar nada más.

Él se acercó, dio un paso hacia ella y Barbra instintivamente dio un paso atrás. La respuesta de ella detuvo a Dick de inmediato. Solamente le dijo:

—Gracias por confiar en mí. Nos vemos mañana.

—Sí, profesor, hasta mañana.

Capítulo 6 - El pasado de Richard

Berlín 1950

Al llegar a casa, después del paseo con Dick, se sintió muy cansada, no le gustaba dar explicaciones de lo que había hecho o no, en el pasado. Tampoco entendía él cambio de actitud en él cuando salieron de la universidad, estaba menos distante y le dio a entender que deseaba algo más que su amistad, procuraba un acercamiento y, por ese motivo, no dejaba de interrogarla. Deseaba tener más información sobre ella. También estuvo pensando en su reacción cuando le preguntó sobre la mujer y la niña de la foto, algo sucedía con ellas que no le quiso explicar.

Miró hacia el reloj de pared dándose cuenta que no podía demorarse o llegaría tarde a casa de Erika. Se sentía ilusionada por poder conocerla un poco más; en Calais solo tenía a sus padres y siempre había deseado tener hermanos o primos que no tenía. Ahora, en cambio, había conocido a Erika y tenía mucha curiosidad por saber de ella y de su familia alemana.

Entró de nuevo en su coche y condujo hacia Rüdes Str. 44. Se sabía bien el camino, había poco tráfico y en pocos minutos su coche traqueteó sobre los adoquines de la calle y llegó a su destino. Estaba anocheciendo y la calle estaba desierta, las familias ya se reunían para la cena, por lo que estaba deseando, de nuevo, ver a su prima. Por las noches refrescaba, cogió su chaqueta y caminó aligerando el paso hacia la casa, con cuidado para no torcerse un tobillo. Cuando se vio frente a la casa, se puso nerviosa porque no sabía cómo la recibiría Erika. Esa misma mañana, le sorprendió gratamente que fuera a verla a la universidad, ya que no guardaba un buen recuerdo de su primer encuentro, cuando estuvo poco amable con ella.

Erika abrió la puerta a los pocos segundos de llamar ella y mostrándole una sonrisa afectuosa, le ofreció que entrase dentro.

El recibidor era pequeño y estaba poco iluminado, aunque después entraron en una estancia que parecía un poco más ancha, donde había una mesa de comedor puesta con cubiertos y platos llenos de comida, unas sillas alrededor, un sofá al lado de la ventana y una estantería en la pared abarrotada de libros que daban a la habitación una sensación claustrofóbica. Se sentaron en el sofá sintiéndose un poco cohibidas.

—Como ves a mi padre le apasiona leer —le aclaró Erika cuando vio que ella se quedaba mirando los innumerables libros.

A Barbra no se le pasó por alto que Erika hablaba de su padre en presente, por lo que dedujo que estaba vivo, aunque parecía evidente que ella vivía sola en esa casa.

—Erika, no nos conocemos bien todavía, pero no sabes lo feliz que estoy de saber de la existencia de familiares por parte de mi padre.

—No sabes cómo te entiendo.

—Él fue a vivir a Calais cuando era joven y se desvinculó de su padre y de su hermano, ahora que se hace mayor necesita reemprender el vínculo y saber dónde está parte de su familia.

Barbra no quiso mencionar el tema de la herencia hasta tener un poco más de información sobre su tío.

—Me dijiste que necesitas hablar con mi padre.

—Sí, es cierto, sé que fue profesor en la misma universidad donde ahora estoy trabajando, cuéntame más sobre él.

—Mmmm... ¿Te apetece que nos sentemos a cenar y te voy explicando?

—Sí, me encantaría porque lo que has preparado huele de maravilla —dijo Barbra acercándose a los platos humeantes.

—Gracias, sírvete lo que quieras.

—De acuerdo.

—No sé por dónde empezar a explicarte sobre mi padre —le confesó Erika comenzando a saborear la cena y decidiendo qué decirle—. Él nació en Halle y vivió su infancia y juventud con sus padres, su hermano y nuestros abuelos, trabajó durante algunos años como profesor hasta que conoció a mi madre y decidieron mudarse a Berlín para casarse y vivir aquí. Nuestro abuelo era un reconocido médico, con lo que le pudo ayudar bastante económicamente a establecerse... Perdona, igual te estoy aburriendo.

—Al contrario, me interesa mucho lo que me cuentas, recuerda que también sois mi familia.

—Claro, sí —. Erika rio y Barbra pensó que se la veía tan feliz hablando de sus padres, supuso que los echaba de menos, se la veía muy sola.

Le hizo un gesto para que continuara hablando.

—Comenzó trabajando en diversos oficios y tuvo suerte de encontrar trabajo como profesor en la misma universidad donde trabajas tú —dijo Erika dando un breve resumen de lo que fueron años felices en la vida de su padre.

Se quedó ensimismada mirando las paredes que la rodeaban.

—Es bonita y se ve que está llena de recuerdos —dijo Barbra queriendo ser atenta con ella, la realidad es que lo poco que había visto de la casa se veía abarrotada de cosas y muy desordenada.

—Así es, fui muy feliz aquí cuando era pequeña. Aunque en el transcurso de la guerra, ya sabes, todo cambió, se cerraron instituciones, no quedaron casi alumnos puesto que muchos chicos tuvieron que entrar en combate, así que él se quedó sin trabajo.

—Vaya, debió ser muy duro. La verdad es que nosotros tampoco lo pasamos bien durante esos años.

—Me lo imagino, no fue bueno para nadie. Pues, ... mi padre se encontró con la responsabilidad de tener que mantener a su familia y vio que una carrera militar le daría más oportunidades, por lo que se alistó en el ejército.

—Ya veo —dijo Barbra pensando en que quizá luchó contra su propio tío cuando ella estuvo como piloto de la RAF.

—Sí, mucha gente tuvo que alistarse —continuó Erika—. Como mi padre siempre ha sido una persona que ha estudiado y leído mucho, destacaba por ser una persona culta, así que lo asignaron al cuerpo de élite que trabajaba cercano a Hitler, con quien tenía una buena relación —explicó Erika bajando la voz sabiendo que estaba compartiendo demasiada información.

Barbra seguía con atención todas sus palabras, disimulando sus sentimientos e impresiones ante las informaciones comprometedoras, dejando que Erika siguiera con la explicación:

—Hitler quería rodearse de elegidos que tuvieran unas características concretas de apariencia externa, pero también que compartieran su modo de pensar, que fueran inteligentes, valoraran la cultura, con fortaleza física y destreza militar. Parece que mi padre tenía todas estas cualidades y por ello estaba muy bien valorado.

Erika se levantó, cortando su relato, mientras que le decía: —Ahora traigo el postre.

Barbra no pudo ocultar su asombro ante lo que estaba escuchando y la siguió con la mirada hasta que salió del comedor. Mientras esperaba, se levantó como un resorte para dar un vistazo a

los libros y a los recuerdos que había en la repleta estantería. La mayoría de los libros estaban en alemán, aunque algunos estaban en inglés. Cogió uno al azar.

—¿Qué te parece la biblioteca de mi padre? —le preguntó con orgullo, al volver.

—Hay libros en inglés.

—Sí, como te digo, él es una persona muy culta y le gusta leer en varios idiomas. Mira, he traído el postre ¿te apetece?

Vio con agrado que su prima había dejado sobre la mesa unos dulces que parecían galletas, por lo que devolvió el libro a la estantería y se sentó a su lado. El postre lo saborearon con ganas, sin embargo, Barbra estuvo tan inmersa escuchando el relato, durante la cena, que no sabía decir si ésta le había gustado o no, aunque dieron buena cuenta de la comida.

—Como te explicaba, —siguió Erika cuando terminaron el postre— mi padre estaba muy valorado, por lo que fue asignado a diversas operaciones difíciles y ascendido en varias ocasiones llegando a tener un rango elevado dentro del partido. Incluso se salvó de ir al frente. Gracias a sus estudios de profesor era buen redactor por lo que pasó muchos días trabajando en las oficinas cercanas al dictador.

A Barbra se le estaban atragantando los dulces al escuchar a su prima, pero prefirió no mostrar sus emociones y seguir escuchando con atención, ya que pudo comprobar que su prima era muy habladora, o bien estaba muy sola y tenía ganas de explayarse. Erika siguió explicándole:

—Sin embargo, una vez terminada la guerra, mi padre tuvo que huir para no ser sancionado por su colaboración, con el régimen de Hitler, en los diferentes crímenes y abusos que se hicieron... y ya no lo he vuelto a ver... aunque casi es mejor así —dijo con tono despreocupado.

Los ojos de Barbra mostraron sorpresa al conocer el personaje que debía haber sido su tío, sintió pena por Erika, por lo mal que lo debió pasar cuando lo supo y también, sintió desilusión al entender que la pista que la llevó hasta esa casa, para encontrar a su tío, se difuminaba de nuevo.

Su prima le explicó algunas anécdotas más de su infancia, aunque divagaba, pasaba de una cosa a otra y, a veces, a Barbra le costaba seguir el hilo de la conversación. Además, se estaba haciendo tarde, debía irse, tenía que encontrar una excusa. De repente, le propuso que le enseñara la casa. Erika puso cara de sorpresa y dudó, le costaba confiar, pero pensó que era su prima, parte de su familia. Antes de que dijera que sí, Barbra se levantó de su silla, con lo que no tuvo más remedio que seguirla por su propia casa. Como en otras ocasiones, a Barbra no le frenaba proponer acciones en casa ajena. Salió del comedor llegando al mismo recibidor donde había entrado, pero Barbra giró hacia la derecha, adentrándose en el oscuro pasillo. De pronto tropezó y emitió un quejido.

—¿Te has hecho daño?

—No, pero casi me doy de bruces contra el suelo ¿te importaría encender la luz?

—Como estoy acostumbrada a andar a oscuras, me conozco la casa de memoria, no lo he visto necesario.

Después de darle al interruptor, se iluminó un aplique, situado en medio de un largo pasillo, que daba una luz tenue. A causa de la poca iluminación y del color oscurecido de las paredes, llenas de cuadros colgados, junto con un gran aparador pegado a la pared y diversos trastos apilados en rincones, el estrecho pasillo todavía parecía más angosto, ofreciendo una sensación agobiante y opresiva.

—No me extraña que me haya tropezado ¡cuántas cosas tienes! —exclamó y Erika emitió una risita forzada, no estaba conforme con que Barbra opinase sobre sus cosas.

Solamente había una puerta abierta que daba paso a una cocina, avanzaron y vio que estaba llena de cachivaches, donde se hacía patente el desorden. Erika había utilizado casi todas sus

cacerolas para preparar la cena.

—Pues esta es toda mi casa —dijo señalando el pasillo de una punta a otra— como ves, no es muy grande, pero le tengo un gran aprecio.

—Lo entiendo —afirmó Barbra, pensando que no había visto nada, solo el pasillo, la cocina y el atestado comedor, manteniendo su desconfianza.

Entonces, Erika se acercó y, dejándola pasmada, se abrazó fuertemente a ella, permaneciendo así durante bastante tiempo; se le saltaron las lágrimas ante el cariñoso gesto de su prima y se olvidó de cualquier recelo sobre lo que se podía ocultar allí.

Capítulo 7 - Compartimos confesiones

Berlín 1950

Durante su regreso a casa, Barbra estuvo pensando en todo lo que le contó su prima. «Debió sentirse muy sola cuando su padre tuvo que huir y su madre murió. Erika deseaba creer que su padre no tuvo alternativa y que, durante la guerra, al estar tan cercano al poder, solo podía estar de acuerdo con lo que hacían los dirigentes si quería seguir con vida. Sin embargo, se avergonzaba de ser hija de quien era... Ahora, seguía sola en una casa familiar que parecía pequeña, por incongruente que pareciese, ... No sé cómo mi prima puede tener tantos trastos, en cambio yo, como estoy acostumbrada a viajar y a no establecerme en ningún sitio, no tengo casi nada mío». De pronto, un coche se le cruzó, obligándola a dar un buen frenazo, así como a olvidar sus pensamientos y volverse a situar en la realidad que la envolvía.

Al día siguiente, Barbra se dirigió a la universidad conduciendo su pequeño vehículo y recordando cómo se quedó de piedra al escuchar las palabras de su prima. Su conversación se centró tanto en el pasado que a Barbra no se le ocurrió preguntarle si sabía si su padre estaba vivo y si tenía alguna idea de dónde localizarlo. Además, a pesar de que la cena fue cuantiosa, no le pasó por alto que quizá Erika tenía problemas económicos, todo lo que tenía en la casa se veía viejo. Incluso Barbra suponía que a Erika le costaba llegar a final de mes, con un trabajo precario y mal pagado, y que el dinero del abuelo o incluso de sus padres nunca llegó a ella, o si llegó se lo había gastado.

Conoció a Erika y no quería perderla, por lo que pensó que necesitaba tiempo para que ella cogiera confianza y pudieran estar las dos más juntas, hasta que ella le llegara a explicar sus problemas.

Cuando llegó a la universidad, se dirigió de inmediato al despacho de Dick, estaba decidida a explicarle su encuentro con Erika y a sincerarse contándole más detalles de su vida, y, en definitiva, sus motivos para estar en Berlín.

Después de subir las escaleras de dos en dos y de recorrer el pasillo que llevaba hasta su despacho, se encontró con la puerta cerrada. Estuvo dudando qué hacer, si él estaba dando clase, la puerta del despacho quedaba siempre abierta, así que dedujo que él no había llegado. Esperó frente a la puerta unos extensos minutos y cuando ya comenzaba a impacientarse, escuchó a alguien subiendo las escaleras, era él.

—Buenos días, siento llegar tarde, no he dormido bien, me acosté tarde y no he podido conciliar el sueño... y parece que no he escuchado el despertador —dijo Dick mostrando una cara pálida y ojerosa. Él era una persona muy seria y responsable con todo lo que hacía, por lo que se sentía avergonzado ante su propia conducta.

Barbra lo miró y le dijo en tono comprensivo: —Buenos días profesor, no pasa nada. —En cuanto entraron en el despacho añadió— ¿Crees que saldremos hoy tarde?, me gustaría poder hablar contigo, es importante.

Si Dick se quedó sorprendido o molesto ante la propuesta de ella, no lo dijo, sin embargo, dejó de lado su tono apesadumbrado y contestó fríamente:

—Por favor, ruego que te sientes y escuches lo que tengo que decirte. Si cuando termine de hablar sigues considerando marcharte, no te lo impediré.

Se sentó y le sorprendió escucharlo, él había malinterpretado sus palabras, aunque prefirió callar.

—Me gustaría pedirte disculpas, desde que comenzaste a trabajar para mí... eh... quiero decir conmigo, sé que me he mostrado distante, pero es mi forma de ser, además que en la universidad debo mantener una imagen ante los alumnos.

Lo miró con los ojos abiertos, un hombre tan orgulloso como Dick tratándola como una persona y no como a una empleada.

—Está bien, acepto tus disculpas.

—No quiero alargar esta conversación, solo espero que tengas paciencia conmigo y te quedes a trabajar como mi ayudante, quiero decir... colaboradora.

Barbra quería quedarse, pero no sabía por cuanto tiempo podría hacerlo, estaba allí por un propósito y si la búsqueda de su tío la llevaba a otro lugar, tendría que dejar el trabajo y no sería por si Dick era más o menos amable con ella.

—Gracias por tus explicaciones, de todos modos, me gustaría poder hablar contigo... fuera de aquí.

Estaban solos en el despacho, pero miró a su alrededor por si veía a aparecer de pronto a Emi o a Meyer. No pensaba contarle a Dick que su tío era un colaborador de Hitler, pero sí quería darle un poco de contexto de lo que llevaba entre manos y ese despacho no era el mejor sitio.

—¡Por supuesto! Justo esta tarde he cancelado una clase, así que podemos irnos cuando queramos.

El día pasó lento y tedioso porque los dos estaban deseando salir de la universidad. Él no le quitaba los ojos de encima, intrigado, y ella disimulaba cuanto podía.

—Venga, nos vamos —dijo él levantándose de pronto.

Durante el trayecto de salida hacia el primer bar que se encontraron fueron en silencio, ella iba sopesando qué le iba a explicar y él no sabía a qué atenerse.

El local era amplio y acogedor, lleno de mesas que comenzaban a estar ocupadas por personas que salían del trabajo.

—Podemos sentarnos en esa mesa del fondo que parece bastante tranquila.

—Me parece bien. Gracias, Dick.

—Bueno, tú dirás —dijo impaciente en cuanto se sentó.

—Me incomoda pensar que quizá, te sientas un poco decepcionado al escucharme. Puede que esto para ti no tenga valor, pero es importante para mí.

—Cualquier cosa que te preocupe es importante para mí y ahora no pienses que lo digo por si haces un buen trabajo o no, me gusta saber de ti, no como jefe, sino como amigo.

Afirmó con la cabeza asombrada ante el cambio de actitud de Dick.

—Ayer conocí a mi prima.

—¿Cómo dices?, ¿a tu prima?

—Sí, es la hija de Richard Bauer, que fue profesor en tu universidad, aunque es difícil que lo llegaras a conocer porque él tuvo que alistarse y dejó la facultad durante la guerra.

—Claro, no conozco a los profesores que impartieron clase en la universidad antes de la guerra, yo todavía estaba estudiando. Pero es cierto que su nombre no me es desconocido, algún otro profesor lo ha mencionado en el claustro de profesores.

Sin delatarse de cómo encontró la información sobre Richard, gracias a los archivos del claustro de profesores, Barbra le explicó sin entrar en detalles, qué le había contado su prima sobre la posición de Richard durante la guerra, su alta consideración dentro del régimen de Hitler y cómo tuvo que huir.

Dick seguía las explicaciones de ella sin siquiera parpadear y como no abrió la boca para aportar ningún comentario, ella siguió sincerándose para decirle lo que en realidad la había llevado a Berlín: —Mi padre está buscando a su hermano, temas familiares, ya sabes, y de una cosa a otra me encontré con que tenía una prima llamada Erika.

—Ya veo... así que tu padre es alemán.

—Sí, ya te lo dije, sino cómo se explica que una francesa como yo sepa hablar tan bien vuestro idioma —dijo Barbra riendo para reducir la tensión que se había creado entre los dos.

—Sí, es verdad, lo recuerdo —contestó serio.

—Como ves, lo que me da apuro contarte es que mi tío parece que estuvo muy involucrado en todo el movimiento nazi y, además, que Erika no sabe dónde está. Así que me veo volviendo a mi país sin darle buenas noticias a mi padre.

—No se me ocurre cómo puedo ayudarte. Quizá puedes pedir información en alguna institución del gobierno, aunque lo veo complicado.

—Y yo..., bueno, me gustaría saber... hace poco que nos conocemos, pero ahora que estamos de confianzas, ¿qué tal si me explicas quienes son las que aparecen en la foto que tienes en tu mesa?

—Ya me lo preguntaste.

—No me diste una respuesta.

—Está bien... —comenzó a confesar Dick, aunque sabía que ella se cerraría al saberlo— son mi mujer y mi hija, pero déjame que te explique. La foto no es reciente, nos casamos muy jóvenes. Durante la guerra tuvimos problemas, lo que provocó que nos distanciáramos y tomamos la decisión de que ella saldría de la ciudad, no soportaba estar aquí en Berlín. Se fue a vivir fuera de la ciudad, a casa de sus padres. Nuestra hija Ina, se fue con ella... era lo mejor, allí estaría más segura— cerró los ojos como si recordara el instante en que tuvieron que distanciarse—. Me costó mucho estar sin ellas, pero aquí ya sabes cómo estaba todo.

—¿Y ahora que todo está mucho más tranquilo no vivís juntos?

—Cada uno ha rehecho su vida por su lado, aunque seguimos casados y a Ina sí que la veo de vez en cuando.

—Vaya, lo siento.

—Estoy bien tal y como estoy, pero también te confieso que a veces me siento un poco solo y me gustaría poder estar más cerca de ti —le confesó acercando su silla a la de ella y cogiéndole de la mano.

Ella la retiró confusa y entrecerró los ojos.

—Creo que no es buena idea.

—Por eso no quería explicártelo, sabía que te alejarías de mí.

—No es solo eso, ya sabes que, quizá, me quede poco tiempo por aquí y no quiero comenzar nada, ni atarme a nadie. Por eso he querido hablar contigo, aquí tengo un propósito y después regresaré a mi casa.

Él se quedó abatido, porque la entendía, sabía que estaba de paso y que en algún momento regresaría a su Francia, dejándolo solo en Berlín, pero no dio su brazo a torcer, quería que ella le explicase más cosas.

—No será que durante los años que estuviste aquí te dejaste a alguien importante para ti, que

no has olvidado, o tal vez estás con alguien y no me lo estás contando.

Barbra rio antes de contestarle: —Han pasado años desde que estuve aquí, si hubo algo terminó, y qué te crees ¿qué te contaré mis aventuras?

Como a él no le hizo ninguna gracia su respuesta, se quedó en silencio y a ella le supo mal por él.

—Dick, en otro momento hubiera cedido, pero ahora busco una pareja más estable y como te digo, no sé el tiempo que estaré por aquí y, además, estás casado.

—De acuerdo, dejémoslo, nos quedamos como jefe y empleada, o como amigos, como quieras, no hace falta que me des más explicaciones —contestó brusco.

—Como amigos me parece bien y no te enfades conmigo —le dijo Barbra mostrándole una sonrisa sincera e intentando apaciguar la relación. No quería que estuviera enfadado con ella, trabajaban juntos, se veían a diario y podía resultar muy tenso.

Para cambiar de tema, Barbra le preguntó por su hija y él pareció relajarse al recordarla.

Durante toda la tarde siguieron charlando de otros temas menos personales y las horas pasaron rápido para los dos. Barbra se sentía cómoda a su lado. Ya anocheceía cuando ella llegaba a su casa, conduciendo, y vio a Erika esperándola frente a su portal. No la esperaba, no habían quedado. Aparcó el coche y salió rápido porque tenía curiosidad por saber por qué había ido a verla. Al llegar a su lado, le dio un abrazo de bienvenida, estaba contenta de tenerla allí y Erika parecía una persona muy cariñosa.

—Hola, ¿qué haces por aquí?

—Hola Barbra, espero no haberte molestado. Tenía ganas de verte. Mira he encontrado una cosa que creo que puede ser interesante —le dijo mostrándole un sobre amarillento, que le llamó la atención porque, casualmente, se parecía al que ella misma encontró dentro de su coche.

—Sí, pasa, pasa.

Abrieron la puerta y entraron dentro de la casita, no quería que cualquier vecino las estuviera vigilando. Una vez dentro, Erika abrió los ojos de par en par y dio un grito ahogado.

—¿Qué te pasa?

—Yo he estado en esta casa antes.

—¿Estás segura? Quizá te confundes.

—Sí, me acuerdo de haber venido con mi padre hace unos años. Era al comienzo de la guerra...yo debía tener poco más de diez años. Sí, seguro, lo recuerdo porque cuando salimos de aquí mi padre me estuvo explicando varias cosas sobre la guerra, que en ese momento no me parecieron nada importantes, por eso no le presté demasiada atención y ahora no sabes cómo me arrepiento de ello.

El corazón de Barbra empezó a latirle con fuerza, tenía el presentimiento que se le presentaba una nueva oportunidad para seguir buscando a su tío.

—¿Y no recuerdas nada más?

—Bueno sí, vinimos aquí porque mi padre se reunió con un hombre.

—¿Cómo era, te acuerdas de su aspecto?

—Iba vestido de militar. Era alemán, alto y rubio, no sé, como muchos otros alemanes. Tenía una figura imponente y autoritaria, recuerdo que me dio mucho respeto.

El corazón de Barbra comenzó a latir con fuerza. Su prima le había dado una descripción que podía encajar perfectamente con la de Nathan.

—Erika, ¿te das cuenta que esto puede ser muy importante? Aquí antes vivía Nathan Voile, fue mi pareja durante la guerra. Sería mucha casualidad que Nathan conociera a Richard.

—Los dos eran militares, quizá Richard entró en el ejército por Nathan...

Las dos se quedaron en silencio. Erika tenía las mejillas sonrojadas y hacía un esfuerzo por acordarse de detalles que pudiera recordar de cuando estuvo allí, años atrás.

Barbra fue hacia la cocina y puso una cafetera al fuego.

—Erika, se ha hecho tarde y no tengo mucho que ofrecerte, pero podemos compartir café mientras valoramos las opciones que tenemos. Como ves, mi casa es pequeña, pero puedes dejar tus cosas donde quieras, como si estuvieras en tu casa.

—Claro, sí, gracias. Tampoco voy a quedarme mucho tiempo. Lo que quería decirte, es que ayer me quedé intranquila, cuando te fuiste.

—¿Por qué?

—No quería que te llevaras una mala opinión sobre mí cuando te dije que no quería saber nada sobre mi padre. No es verdad, creo que sí me interesa saber dónde está, lo que pasa... es que, en el fondo, me aterra pensar que hizo cosas que no estaban bien.

—Eso no lo sabes, dale un voto de confianza. Hasta que no tengamos más información, no puedes juzgarle. Por cierto, llevabas en la mano un sobre —le recordó Barbra clavando los ojos en él, se había quedado encima de la mesa.

—¡Vaya, qué despiste!, lo había olvidado.

Las dos se sentaron en las únicas sillas de la estancia y Barbra sirvió el café.

—¿Dónde lo encontraste?

—Estaba extraviado en una caja arrinconada. Mil veces la he visto y nunca la había abierto. Estaba buscando una caja vacía, pensé que esa lo estaba y para mi sorpresa contenía este sobre. Me lo encontré sin querer, tampoco estaba muy escondido, no te creas. Mi padre debió guardar algunas cosas aquí y se le debió olvidar.

Barbra se podía hacer una idea, con la de trastos que vio en casa de su prima, no le parecía descabellado que hubiera cosas que ni ella misma sabía que tenía.

—En realidad, he pensado que nos sería útil.

—Erika... me estás diciendo que no solo me vas a ayudar a encontrar a tu padre, sino que ¿vendrías conmigo si fuera necesario? —dijo Barbra mirándola asombrada a los ojos.

—Claro, iré contigo para ayudarte en tu búsqueda, quiero decir, ... nuestra búsqueda, también es importante para mí.

Barbra se levantó y la abrazó. Erika no estaba demasiado acostumbrada a abrazos y a sentir el cariño de alguien familiar, llevaba demasiado tiempo viviendo sola, se le empañaron los ojos al sentir el cálido abrazo.

—Gracias Barbra.

—Gracias a ti y ahora vamos a ver qué contiene la carta:

Richard,

Te escribo estas breves líneas para informarte que me marcho de Berlín. Todavía no sé cuál será mi destino, pero no quiero abandonar nuestro país, por el que he luchado tanto. Sé que para ti tampoco será fácil el final de la guerra. Cuando esté en un sitio seguro te lo indicaré por si, llegado el momento, tienes que huir y no tienes a dónde.

Un abrazo de tu amigo. N.V

—Me alegra saber que papá tuviera un amigo en quien poder confiar. Esto nos puede dar una pista para poder encontrarlo.

—Sí, hemos tenido mucha suerte al encontrar esta carta.

—Pero... Barbra, no lleva ningún nombre, ni dirección, si al menos supiéramos quién la envió....

—Lo sabemos, ¿no te das cuenta? N.V. son las iniciales de Nathan Voile, es quien compró esta

casa, donde estamos ahora.

—¿Tú pareja durante la guerra?

—Sí, el mismo.

—¡Vaya casualidad!

De repente, Barbra se levantó de la silla con tal ímpetu que sorprendió a Erika, que la miraba sin entender qué le pasaba a su prima. En dos zancadas llegó al armario que le servía de ropero y abrió un cajón donde guardaba lo que consideraba valioso. Allí estaba la otra carta que había encontrado dentro del coche. Se quedó parada, aturdida, con el sobre en la mano.

—¿Qué haces?, ¿estás bien?

Cuando Barbra oyó la voz de su prima, volvió a la realidad, se dio cuenta de que no estaba sola, su primer impulso fue detenerse ya que la carta que era muy personal, sin embargo, valoró el hecho de que su prima la podía ayudar y que, si las dos hacían frente común, tendrían respuestas más rápido.

—Encontré una carta muy parecida a la tuya, hace unos días, escondida dentro de mi coche.

—Es un sitio un poco extraño para esconder una carta, ¿no crees?

—No sé si quien la dejó tenía intención de esconderla allí o bien se le cayó en un descuido.

—A ver trae, déjame verla. —Le pidió.

—Como verás es una carta muy personal. Hace poco que nos conocemos, pero confío en ti y eres mi familia, sé que no me juzgarás.

Erika la miró con los ojos vidriosos y le dijo: —Gracias por mostrármela, yo también confío en ti.

Extendió una carta al lado de la otra y al instante pudieron comprobar que las dos estaban escritas por la misma persona, los rasgos gráficos eran idénticos. Una estaba firmada con las iniciales y la otra no. Al releer la carta, Barbra se acordó de la emoción que sintió al abrirla un par de días atrás, y aunque no estaba firmada, sabía sin temor a equivocarse que era de Nathan Voile. Era una carta donde Nathan le expresaba su amor.

Durante los años que estuvieron juntos, durante la guerra, ella sacó partido de su relación, lo engañaba constantemente dándole datos falsos del enemigo, pero su trabajo consistía en eso, fue una espía infiltrada que utilizaba sus encantos para conseguir lo que necesitaba. En ningún momento pensó que no estaba haciendo lo correcto. Sintió cariño por Nathan durante todo el tiempo que estuvieron juntos, pero al leer la carta se dio cuenta de lo importante que fue ella para él y de lo profundo de sus sentimientos.

En ese momento se sintió un poco avergonzada.

Al terminar de leer la carta, Erika la tranquilizó diciéndole: —No voy a valorar nada de lo que pone en la carta, ya que está dirigida a ti, no a mí. Estoy de acuerdo contigo en que las dos están escritas por la misma persona y como te habrás dado cuenta, te indica la dirección dónde encontrarlo.

—Sí, es lo primero que he pensado al recordar la carta. Si encontramos a Nathan quizá encontremos a tu padre.

—Tienes razón —asintió Erika. Se llevó la mano al pecho y puso cara de asombro viendo cómo se les abrían nuevas posibilidades, y a las dos se les escapó una risa súbita que dio paso a sonoras carcajadas.

Capítulo 8 - El carácter de Dick

Berlín 1950

Cuando cerró la puerta del despacho vio que ese día no era el mejor para hablar con Dick. Él estaba de pie al lado de su mesa apilando papeles de un lado a otro y sus mejillas estaban encendidas.

—¿Qué te pasa?

—¿Has visto la hora que es? —le contestó serio señalando con su dedo el reloj de la pared — mi clase comienza en cinco minutos y no encuentro tu resumen traducido, se suponía que tendrías que haber llegado antes para ayudarme.

—No me dijiste nada y ya sabes que no tengo hora fija para llegar, me entretuve antes de venir... tampoco tengo que darte explicaciones.

Los ojos de Dick la miraron fijamente echando chispas.

—No me vengas con esas, somos un equipo, ¿o no?

—¿Cómo estás hoy! —se atrevió a replicarle ella. Se acercó a su mesa y levantó unos papeles olvidados en una esquina.

—¿No será esto lo que estás buscando?

De un tirón, le cogió los papeles de la mano, de forma brusca, y salió del despacho dando un portazo.

«Esto es increíble, ¡no me ha dado ni las gracias!... a saber, qué le habrá pasado».

Intentó olvidarse de él y de su humor cambiante. Cuando Barbra se cansó de estar sola en el despacho salió a la habitación contigua donde solían trabajar Emi y Meyer. Los encontró cuchicheando y se callaron en cuanto la vieron.

—¿Estáis hablando del gruñón?

Los chicos rieron con ganas ante la forma desenfadada con la que Barbra se refería a Dick.

—Sí —confesó Meyer— no sabemos qué le ha pasado.

—A mí me ha dado una buena bronca por una tontería —explicó Emi haciendo un mohín de desprecio por lo que había ocurrido.

—¿Por qué ha sido?

—Estuve preparando un resumen de sus apuntes de la clase anterior y no le pareció correcto. Dice que tú lo habrías hecho muchísimo mejor —continuó Emi refiriéndose a Barbra.

—Si siempre lo has hecho tú,... no sé porque tengo que hacerlo yo mejor. ¡Tranquilos chicos!... Hablaré con él después de la clase.

—Te lo agradecemos, ya sabes que estamos ayudándolo porque queremos, fuera de nuestras horas de clase, si encima nos tiene que disgustar... no sé si vale la pena seguir.

Barbra escuchó a los chicos con una mezcla de sorpresa y lástima. Siempre los veía con buen humor, eran fantásticos y dispuestos a ayudar en todo momento.

«Tendré que hablar con Dick, no sabe lo que pierde si se marchan», pensó Barbra dándose cuenta de que ella no podía atarse a Dick.

Si los chicos se iban él se quedaría solo para preparar todo lo que tenía que hacer.

—No os preocupéis chicos, como os he dicho, hablaré con él.

—Gracias, eres una buena amiga —contestó Meyer y le puso una mano en el hombro mostrándole su afecto.

Un fuerte portazo retumbó en la habitación donde se encontraban y los tres se giraron a la vez, viendo como Dick cerraba la puerta de un golpe. Dick tenía la cara enrojecida y los puños cerrados.

—¡Qué está pasando aquí! Me doy la vuelta y vosotros dos aprovecháis el tiempo para abrazaros como dos tortolitos.

Ante la cara de espanto de los chicos, Barbra le contestó intentando que en la voz no se notara lo enfadada que estaba.

—Profesor, lo que estás diciendo está fuera de lugar. No sabes lo que dices.

—Claro que lo sé.

Antes de que Dick siguiese diciendo cosas de las que a buen seguro después se arrepentiría, Barbra abrió la puerta del despacho que compartían y le instó a que entrara para hablar. Con esto los chicos aprovecharon y salieron rápidamente hacia sus clases, o donde fuera, con tal de no estar ahí.

—¿Cómo puedes pensar que entre yo y Meyer hay algo? ¡No ves que es un crío!

—Crío o no, a él sí que te arrimas.

—¿No me irás a decir que estás celoso?

Barbra había adoptado una actitud decidida, con los brazos en jarras y mirándolo fijamente no se dejaba amedrentar, aunque no estaba preparada para su reacción.

Dick se acercó a su mesa y tiró todo lo que había encima, los papeles volaron y los libros hicieron un estruendo considerable al caer al suelo. Sorprendida como estaba, no lo vio venir. Dick la agarró del brazo y la empujó hasta que quedó atrapada entre él y la mesa.

—Dick, ¡no! Para, estate quieto —dijo Barbra impaciente al ver que no se daba por vencido— ya te dije que ahora no es el momento.

Como vio que él no cedía e intentaba manosearla mientras se acercaba a su boca, no se lo pensó y le propinó un bofetón que lo hizo tambalear. Los ojos de él echaron chispas mientras se llevaba la mano a su mejilla enrojecida. En ese momento, despertó del trance en el que parecía inmerso.

—Yo...lo lamento... no quería forzar ninguna situación violenta.

—Pues parecías muy decidido —contestó Barbra, que, a pesar de su enfado, notaba como sus lágrimas iban mojando su mejilla.

Él se sintió profundamente avergonzado, se sentó en la silla, con los dos codos apoyados en la mesa, cubriendo su cara con las manos. Barbra lo apreciaba y aunque hacía poco tiempo que lo conocía, creía que podía confiar en él, por lo que no entendía su cambio de actitud hacia ella. Se acercó a él y se sentó en el borde de la mesa. Cuando él reparó en que la tenía sentada al lado, levantó la cabeza para mirarla con los ojos enrojecidos y le dijo: —¿Ya te atreves a estar a mi lado? Me doy asco Barbra, si no me llegas a parar hubiera sido capaz de cualquier cosa. Me tengo bien merecida tu bofetada.

—No sé qué te ha pasado, pero sigo confiando en ti. Mira Dick, no descarto que en otro momento quizá podamos tener un acercamiento. Ahora no.

—Es que no entiendo por qué no. Ya te dije, que no tengo ninguna relación con mi mujer. Hay un papel que dice que estamos casados, pero lucharé para poderme separar de ella y rehacer mi vida.

—No solo es eso. También es lo que te dije sobre mi objetivo aquí.

—Ya sé lo que me dijiste, que estás buscando a tu tío Richard y que te irás, ya sé que me dejarás solo.

Abrió la boca para replicar, pero prefirió volver a cerrarla para no contar más de la cuenta. Era cierto que el principal motivo de que estuviera allí era encontrar a su tío, aunque si profundizaba en sus razones, reconocía que tenía curiosidad por encontrar a Nathan Voile, su pareja durante los años que vivió en Berlín. El recuerdo de Nathan siempre estuvo en un rincón de su mente y de su corazón. Desde que ella huyó de Berlín sin despedirse de él habían pasado muchos años y pensaba que sus sentimientos se habían diluido. Sin embargo, cuando encontró el sobre dentro del coche que contenía una romántica carta de él, se dio cuenta de lo mucho que significó ella para él.

Por ese motivo, ahora le apetecía saber más de Nathan. En la carta estaba escrita una dirección donde ir a buscarle si lo necesitaba y ella estaba decidida a tomar ese camino, ir a su encuentro para averiguar qué fue de él y si sabía algo de Richard.

«Ni loca voy a explicarle a Dick mi verdadera razón para salir en busca de mi tío», pensó Barbra mientras decidía qué contestar.

—Necesito irme unos días fuera de Berlín.

—¿Te vas por lo que acaba de pasar aquí?

—No, ya lo tenía decidido.

—Confíesalo Barbra, quieres huir de mi lado... te has hartado de mí, yo...

—Pero... ¿quieres escucharme? —le cortó ella —ya tenía decidido irme, necesito tiempo para ir en busca de mi tío. ¡Te lo dije cuando comencé a trabajar para ti!, ¿no te acuerdas?

—Vete, vete, haz lo que quieras —replicó agriamente agachando la cabeza, abatido.

—Mírame Dick. Voy a irme tanto si quieres como si no y prefiero irme de buenas y que quedemos como amigos. No me gusta la idea de que estemos disgustados por la situación.

—¿Volverás?

—Regresaré tan pronto como haya encontrado todo lo que necesito.

—¿Cuándo?

—No lo sé.

—Quédate unos días más para arreglar nuestro malentendido.

—No tengo más tiempo, he quedado mañana a primera hora con Erika en la estación.

Dick se levantó, la abrazó y ella no lo rechazó. A él no le gustaba hablar de sus sentimientos, pero su gesto expresaba lo que sentía por ella.

—Coge el tiempo que necesites y regresa para que pueda saber de ti.

Barbra se deshizo del abrazo, sin contestarle. Le había llegado hondo el gesto de Dick. Mientras abría y cruzaba la puerta, echó una mirada por encima del hombro y vio a un hombre que sabía que la quería y que, a pesar de los momentos tensos, podía confiar en que estaría allí, para ayudarla, si lo necesitaba.

—Gracias, Dick.

Al día siguiente Barbra se despertó impaciente por la aventura que tenía por delante. Se acercó a la ventana. El cielo estaba azul, nítido de cualquier nube, le pareció insólito ya que pocas veces podía verse en la ciudad un cielo transparente y le pareció un buen presagio.

Aprovechando que todavía faltaban unas horas para ir al punto de encuentro con Erika en la estación, se permitió el lujo de una ducha larga, primero con agua caliente y después fría, hasta sentir que la mente le quedaba despejada y desaparecían los miedos que tenía al ir en busca de Nathan. Todavía no tenía una idea clara de si quería reencontrarse con él o no.

Una vez tuvo todo su equipaje preparado, miró a su alrededor. Dejó la casa recogida, no sabía

cuándo podría volver y le dio cierta nostalgia cuando cerró la puerta tras ella.

Como no había desayunado, en vez de volver a ensuciar la cocina para prepararse el café, pensó en hacer una parada en el primer establecimiento que encontrase de camino. No cogió el coche, sino que prefirió dejarlo aparcado en su garaje e ir en busca del autobús que la llevaría a la estación.

Iba cargada con una maleta bastante voluminosa. Aunque había decidido coger lo imprescindible para el viaje, siempre acababa llevando más cosas de lo previsto. Cuando entró sola en el bar, enfundada en sus pantalones azules ajustados, su blusa de color violeta y con su maleta a cuestas, la mayoría de hombres que estaban allí se giraron para seguirla con la mirada.

Estaba acostumbrada a ser el centro de atención de miradas ajenas, sus rasgos exóticos la hacían diferente, y más en una ciudad como Berlín, pero no le molestaba, al contrario, se sentía halagada. En el interior, la atmósfera estaba cargada por el humo del tabaco y olía a una mezcla de cerveza, salchichas y chucrut especiado. El techo alto abovedado, dejaba a la vista las vigas de madera y los ennegrecidos revoltones cerámicos, junto con las innumerables viejas jarras de cerveza que decoraban las paredes, ofrecían un aspecto gris y deprimente. Se sentó en un banco de madera y pidió un café largo que tomó a sorbos mientras que examinaba el periódico que tenía encima de la mesa. Un artículo le llamó la atención “Los perpetradores de la vergüenza”. Con afán, estuvo revisando la exhaustiva lista de exmilitares nazis, criminales que participaron de primera mano en el holocausto y que huyeron de Berlín. Pasaron a ser ciudadanos de países ocupados por los nazis en tiempos de guerra. Algunos de los nombres los recordaba de su etapa como espía durante la II Guerra Mundial. Con alivio vio que no aparecían en la lista ni su tío Richard Bauer, ni su antigua pareja Nathan Voile.

Confiaba en que los dos no tuvieron más remedio que trabajar cerca del Führer, participaron en la guerra como muchos otros militares, sin embargo, como cargos intermedios lograron evadir sus responsabilidades y no fueron partícipes de la peor parte de la guerra. Empujada por una sensación de alivio, dobló el periódico, pagó la consumición y salió hacia la estación.

Los veinte minutos de trayecto se le pasaron en un suspiro mirando por la ventana del autobús, iban pasando fachadas de edificios y monumentos que veía sin fijarse en ellos. Se sentía abrumada por la impaciencia de llegar al encuentro con Erika y comenzar su viaje. Cuando al fin el autobús dobló la esquina y paró para que se apearan todos los que iban a la estación, ella cogió la maleta y comenzó a buscar a Erika. Giró la cabeza hacia la esquina y cuál fue su sorpresa cuando vio a su prima al lado de un hombre rubio de pelo corto y unos ojos azules glaciales que la miraban con una sonrisa burlona.

Con dos grandes zancadas se acercó a ellos.

—¿Dick? Pero... ¿qué haces aquí? —preguntó furiosa.

—Me voy con vosotras.

—¡Ni lo sueñes!

Capítulo 9 - La cita prohibida

Londres 1970

—No sé cómo pudiste estar con ese tipo, me parece increíble que él intentase aprovecharse de ti en el despacho y que después se presentará en la estación para ir contigo. ¡Menuda desfachatez!

Las luces del pub se atenuaron todavía más y la música fue disminuyendo hasta quedarse todo en silencio. En ese momento Alan y Barbra se percataron de que estaban solos en el pub, el resto de clientes se habían ido y quedaban un par de camareros detrás de la barra terminando de recoger.

—Creo que se nos ha hecho un poco tarde y nos están echando porque van a cerrar esto— constató Alan mirando a su alrededor.

—Alan, ¿qué vas a decirle a tu mujer? Estará preocupada por ti.

—No te preocupes, le dije que había quedado con un antiguo compañero de la RAF. Como ves no le dije ninguna mentira —le contestó con una sonrisa y guiñándole el ojo tal y como hacía años atrás cuando estaban solos y sin compromiso alguno.

Barbra se fijó en su guiño y en todas las arruguitas surgidas alrededor de sus ojos, era un atractivo maduro de pelo cano y ojos azules, se lo imaginaba siempre elegantemente vestido con sus trajes y corbatas a juego, como un auténtico gentleman inglés.

«¿Qué habría sido de nosotros si no hubiéramos quedado juntos?», se preguntaba Barbra mirándolo descaradamente cuando él se levantó para salir de allí.

—¿Vamos?

Él le tendió una mano con la clara invitación a que se levantara y lo siguiera.

—¿Dónde vamos?

—Supongo que debes alojarte en algún hotel cercano, ¿es así?

—¿Cómo me conoces!, es cierto, el hotel está a dos calles de aquí.

—Perfecto para invitarme a subir.

—Sabes que no debo.

—¿Y lo harías si no estuviera casado?

Ella no contestó. Salieron del pub y fueron caminando uno al lado del otro, juntos, pero sin rozarse siquiera, charlando como dos viejos amigos.

—¿Te quedarás unos días? Tienes que explicarme muchas cosas más sobre ti.

—Solo me quedaré un par de días más. Por cierto, tú no me has contado nada de lo que has hecho durante todos estos años. Solo he podido deducir que te has casado porque llevas una alianza, pero no me has contado con quién te casaste.

—No la conoces.

—En realidad, no conozco a ninguna de las parejas de las que me habías hablado cuando estuvimos juntos.

—Siempre hemos sido una pareja peculiar.

—No te confundas Alan, nunca hemos sido pareja, aunque siempre ha habido mucha química entre nosotros y tengo muy buen recuerdo de nuestros encuentros.

—Y yo. En este momento, tenemos un buen recuerdo porque lo miramos todo con años de distancia, pero lo que vivimos durante la guerra fue muy duro.

Barbra se paró y le señaló un edificio donde lucía un rótulo apagado de hotel.

—Es aquí. Alan, me encantaría seguir hablando contigo, pero como comprenderás no te voy a poner en un compromiso y no te pediré que subas a mi habitación. Si subes no te podré decir que no.

Alan la miró con sorpresa pensando si había entendido bien lo que ella le acababa de confesar. Estaba enamorado de su mujer, no tenía la menor duda de ello, pero Barbra siempre había sido su perdición, lo ponía a cien solo pensar que si quería podía estar un rato a solas con ella. Cerró los ojos unos instantes y pensó en su mujer y en su hija, sabía que si subía se acabaría arrepintiéndose. Con todo el dolor de su corazón, le dijo: —¿Te va bien que quedemos mañana para seguir poniéndonos al día? Tengo una reunión por la mañana en Londres, así que puedo estar libre para el almuerzo.

—Me parece bien. Estaré en el hotel hasta que vengas.

Cogió su mano y los dos juntos atravesaron la pequeña entrada del hotel. Estaba todo envuelto en una ligera penumbra a causa de la niebla que comenzaba a cubrir las calles de la ciudad.

—Hasta mañana.

Comenzaba a hacer frío y Barbra se estremeció cuando Alan le dio un beso en la mejilla, se dio media vuelta y se marchó sin dar la vista atrás, para no caer en el deseo que era patente entre los dos. Sus pasos resonaron en los adoquines hasta que se perdieron.

Subió por el ascensor que le pareció oscuro y gris, llegó a su habitación y le sobrecogió sentir el vacío. Pese a que estaban las paredes empapeladas y el suelo cubierto de moqueta, sintió frío.

A la mañana siguiente, Barbra, sentada en la única silla de la habitación, observó su reflejo en el espejo cuando el teléfono de la mesilla de noche sonó estridente.

—¿Diga?

—El señor Wilson la espera en recepción, señora.

—De acuerdo, bajo en seguida, gracias.

Aunque su primera intención fue vestirse con un conjunto extremado, prefirió ser discreta y optó por una camisa blanca de lino, con un escote recatado y unos pantalones negros. Se puso una cinta en la cabeza para que su abundante melena rizada quedara recogida.

A los pocos minutos estaban los dos en recepción mirándose como si hiciera años que no se hubieran visto y deseando que el día no terminara.

—Estás muy guapa.

—Tú también, siempre estás atractivo.

—¿Sí?, creo que nunca me lo dijiste.

—Para que no te lo creyeras más de la cuenta —dijo Barbra sonriendo. —¿Dónde vamos?

—Podemos ir paseando hasta St. James's Park, conozco un restaurante por la zona donde podremos estar tranquilos.

—Me parece bien pasear un poco, llevo toda la mañana sentada en mi habitación.

Cuando Alan la tuvo sentada enfrente, en la mesita del acogedor restaurante, no se podía quitar de la cabeza que los dos parecían unos adolescentes, como si hubieran retrocedido veinte años. Observaba el reflejo del sol que traspasaba los cristales y hacía brillar su pelo.

—¿Estás cómoda aquí? O quieres que nos cambiemos a otra mesa donde no te dé el sol.

—No, estoy bien, es agradable disfrutar de un día soleado en Londres.

Una vez les sirvieron el primer plato y antes de que tuviera tiempo de reaccionar, Barbra le preguntó qué había hecho durante los años que habían estado sin verse.

Alan dejó los cubiertos a un lado y puso los brazos cruzados encima de la mesa, adoptando una postura más cercana a ella.

—Desde que te fuiste estuve unos años solo, te eché mucho de menos. Me hubiera gustado recibir noticias tuyas y no fue así, por lo que intenté centrarme en mi vida. Cuando terminó la guerra me dediqué a mi trabajo en la fábrica, viendo como crecía el negocio que comenzó mi padre, pero sabes cuánto deseaba formar una familia y tener hijos. Tengo una hija ¿sabes?

—No, no lo sabía —contestó ella incapaz de disimular su desconcierto— ¡qué sorpresa! me alegro de verdad por ti.

—Tanto mi esposa como yo, deseábamos tener más hijos, pero ha sido imposible.

—Lo siento —dijo Barbra en un tono compasivo.

—No, más bien lo contrario, estoy feliz. Mi hija es una persona sensible, inteligente, una niña ejemplar. Me gustaría que pudieras conocerla—. Alan entrecerró los ojos imaginando cómo sería el encuentro.

—No dudo que quieres mucho a tu hija y que es muy importante para ti, ¡claro que me gustaría conocerla!

Él se la quedó mirando, pero no respondió con ninguna invitación y Barbra pensó que quizá era difícil para él presentarle a su mujer y a su hija.

«Es evidente que si voy a su casa tendrá que presentarme a ambas».

—...Centrémonos en ti —dijo él limpiándose las manos en la servilleta de color azul antes de seguir con el siguiente plato.

—¿Qué quieres que te explique?

—Esta noche he pensado mucho en la historia que me contaste ayer y quiero saber qué más ocurrió en Berlín.

—¿Quieres saber qué pasó con Dick o con Nathan, o bien si encontré a mi tío?

—No crearás que soy tan ingenuo por pensar que me explicarás tus sentimientos hacia los hombres que han podido ser tus parejas. Aunque no creas, me gustaría de veras saberlo.

Barbra puso su mano encima de la mesa para coger la de él. Alan se sorprendió, sin embargo, cogió su mano y la acarició. Era suave, una piel sedosa y perfecta. Ella se limitó a dejarse acariciar antes de retirarla.

—Somos amigos, no me avergüenzo de poder explicarte mis sentimientos hacia otros. Hemos pasado muchos años separados y como comprenderás no he estado sola.

—Lo entiendo. Dime... ¿Qué pasó en la estación?

Capítulo 10 - El viaje al pasado

Múnich 1950

Dick no esperaba que Barbra se echara a sus brazos al verlo, aunque no suponía que ella se negaría tajantemente, por lo que intentó ser persuasivo.

—Viajaréis mejor conmigo, dos chicas guapas y solas supone un peligro para vosotras.

—Estoy más que acostumbrada a viajar sola Dick, te recuerdo que he sido piloto de combate en una guerra y muchas otras cosas que no sabes de mí. Te aseguro que sé defenderme. Además, tú tienes tu trabajo en la universidad, ¿qué pasa con tus clases?

—He pedido que me cubran unos días. Intentaré estar de regreso para preparar las dos últimas semanas que faltan para terminar el curso y el comienzo de vacaciones, no supone un problema.

A Barbra se le estaban terminando los argumentos y Erika parecía que se alegraba de que él estuviera allí. Dick vio en sus ojos que estaba cambiando de actitud, su mirada era más amistosa, así que intentó ser más sutil.

—Mira, sé que no me esperabas y que te has quedado sorprendida, lamento que te hayas molestado, lo he hecho por ti...por vosotras.

Cogió su pesada maleta del suelo e hizo ademán de irse cabizbajo.

—Está bien, puedes venir.

—¡Gracias!, verás como no te arrepentirás de que os acompañe —le contestó con afecto e ilusionado como un niño pequeño.

—Dick, ¿puedes quedarte con las maletas un momento mientras que Erika y yo vamos a dar un vistazo a los horarios de los trenes? Cogemos el próximo tren hacia el sur.

—¿Dónde vamos?

—A Múnich, nos espera un largo trayecto.

Dick se quedó un momento abatido, viendo cómo se iban y lo dejaban de chico de las maletas. Cuando el día anterior, Barbra le dijo que se iban de viaje, él lo tuvo claro, quería irse con ella, no se paró a pensar que también estaría Erika en el viaje. Le caía bien, pero su ilusión era irse solo con Barbra.

Mientras tanto, en el hall de la estación las chicas revisaban el panel horario.

—No sabía que vendría tu jefe.

—Ni yo.

—Es muy guapo —le confesó Erika con una sonrisa que le heló la sangre. No pudo menos que sentirse celosa e incluso ella se asombró al descubrir sus posesivos sentimientos hacia él.

—Sí lo es —le dijo y se acercó a la ventanilla de venta de billetes.

Pasados unos minutos, Dick las vio regresar. Erika llevaba los pasajes en la mano.

—Pensaba que solo ibais a ver el horario y no a comprar los pasajes.

—He comprado también el tuyo —le informó Barbra— ya que vienes a ayudarnos, creo que es lo menos que puedo hacer para agradecértelo.

Se hizo un silencio antes de responder: —Barbra, gracias, me has dejado sin palabras.

Como ninguno de los dos reaccionaba, Erika propuso sentarse en la cafetería a esperar.

—Falta media hora para que salga el tren, podemos esperar dentro.

Todos estuvieron de acuerdo y se sentaron en una mesa que estaba libre, donde casualmente había otro periódico. A Barbra le hubiera gustado explicarle a Erika lo que había leído esa misma mañana y tranquilizarla diciéndole que ni su padre, ni Nathan estaban en la lista de criminales buscados, sin embargo, no se atrevía a hablar sobre ello delante de Dick.

Barbra estaba preocupada, veía que el hecho de viajar los tres tenía ventajas, pero como Dick y Erika apenas se conocían, y además él era su jefe, no sabía qué temas de conversación sacar que pudieran ser amenos para todos y evitara entrar en detalles del viaje, que de momento no quería compartir con él.

Erika comenzó a hojear el periódico cuando dijo: —¿Os habéis parado alguna vez a leer los horóscopos?

Barbra sonrió ante el comentario de Erika y contestó: —No de forma consciente, quiero decir, que nunca he abierto el periódico con intención de leerlos, pero cuando los ojeo y llego a la página siempre acabo leyendo lo que pone. ¿Y tú?

—Los leo siempre y me hacen sonreír porque siempre hay cosas que aciertan.

—¿Hoy te prevén algo interesante? —le preguntó Dick uniéndose divertido a la conversación.

—A ver...dice: Date tiempo para un respiro. Es un buen momento para comenzar un viaje.

Y los tres rieron ante la oportuna predicción.

El tiempo de espera en la estación, antes de tomar el tren, se les pasó rápido y se hizo ameno, las conversaciones informales fluyeron y se dieron cuenta de que podían ser unos buenos compañeros de viaje.

Se unieron al resto de pasajeros que esperaban impacientes en el andén, cuando escucharon que el tren se acercaba. Tanto Dick como Erika se quedaron sorprendidos de que Barbra hubiera comprado pasajes para un camarote privado de primera clase porque nunca habían viajado con lujos.

—Es un viaje largo y necesitamos privacidad para poder hablar sin que nos molesten —se justificó Barbra y los otros dos estuvieron de acuerdo.

Subieron al vagón y el revisor los acompañó al compartimento asignado, situado al final del estrecho pasillo. Una vez llegaron frente a la puerta, Dick les dejó pasar primero para que se sentaran cerca de la ventana, almacenaron las maletas en una esquina y se cerró la puerta corredera tras ellos. El compartimento era de seis plazas, compuesto por dos bancos de madera enfrentados y tapizados con mullidos asientos, que solo ocuparían ellos. Para Erika ese viaje era una nueva experiencia ya que pocas veces había subido a un tren.

Ni el olor a cerrado y a tabaco que impregnaba la estancia, ni el largo trayecto que tenían por delante hicieron borrar la sonrisa en los tres rostros, se sintieron felices como niños.

Un poco más tarde, cuando el tren había recorrido unos kilómetros, Barbra decidió qué quería explicar a Dick los detalles de su viaje. «Si no hacemos equipo entre los tres, será muy difícil avanzar», se convenció a ella misma. Sacó todos los documentos recopilados entre las dos y los puso encima de una mesita auxiliar que había entre sendos bancos.

—Vamos a repasar entre todos lo que tenemos hasta ahora y nuestros siguientes pasos.

A Dick le agradó sentirse involucrado y estuvo atento a lo que ellas le iban explicando, sobre lo que sabían de Richard Bauer, cómo Erika perdió todo contacto con su padre y cómo casualmente encontraron la dirección a través de la carta de Nathan Voile.

Barbra no le explicó la relación que mantuvo con Nathan ni tampoco que, en la carta encontrada, él expresaba sus sentimientos hacia ella y le daba una dirección dónde encontrarlo. Tenía todavía reciente el recuerdo de la discusión en el despacho de Dick por su desmesurado

ataque de celos y no quería volver a provocarlo.

—Cuando lleguemos a Múnich, ¿sabéis cómo llegar a la dirección que tenéis anotada?

—En realidad Dick, no nos quedaremos en Múnich, tendremos que coger un autobús para llegar a un pueblecito que está a unos kilómetros de distancia.

Dick pareció que se desmoronaba, estaba cansado y tenía ganas de llegar, coger otro transporte se le antojaba pesado.

—¿Dónde es? —preguntó con desgana.

—El pueblecito donde vamos se llama Anzi y te recuerdo que has venido porque has querido, ahora no me vengas diciendo que el viaje es demasiado largo —le contestó Barbra elevando el tono de voz.

—Por favor, no os peleéis, llevamos ya muchas horas aquí encerrados en este compartimiento, hace calor, y es normal que estemos cansados, ¿qué os parece si vamos a tomar algo? Tengo sed.

A todos les pareció una buena idea, por lo que salieron al pasillo donde se percibía una temperatura ambiente más agradable y se dirigieron al vagón comedor. Como Erika se había quedado un poco rezagada, Dick aprovechó para preguntarle a Barbra.

—¿Tú no quieres que esté aquí, no es así?, ¿de qué tienes miedo?

—No tengo miedo de nada, pero mi vida es mía, yo decido lo que hago y las parejas que he tenido o las que quiero tener, son mi decisión.

—Yo no te digo qué hacer.

—Pero a veces actúas de forma violenta, pareces celoso.

—¿Celoso yo?

—Ya sabes a qué me refiero.

—Sí, al numerito que te monté en el despacho, no volverá a ocurrir.

Barbra quería creer que era sincero y que confiaba en ella, sin inmiscuirse en sus decisiones.

Abrieron la puerta corrediza que separaba los dos vagones y daba acceso a la cafetería. Pidieron sus bebidas y se sentaron en una mesa libre al lado izquierdo del vagón. El ambiente era muy acogedor. Cada lateral disponía de una hilera de mesas de madera, con cómodos asientos enfrentados a un lado y a otro de las mismas. Estaba decorado con moqueta de color rojo oscuro y entre ventanas colgaba un aplique de color dorado.

A Barbra le gustaba viajar en tren, siempre le traía buenos recuerdos, podía pasarse horas mirando por la ventana, solamente viendo el paisaje, por lo que se sintió relajada y miró a Dick con afecto cuando él se sentó. Cuando lo tuvo enfrente se aventuró a hablarle de Nathan ya que era uno de sus objetivos del viaje, encontrarle.

—Mira Dick..., en este viaje, además de a mi tío, quiero llegar a encontrar a Nathan Voile, déjame que te explique nuestra historia.

Él miraba por la ventana del vagón, fijándose en los nubarrones que cubrían el cielo e iban ensombreciendo el paisaje. Deseaba estar lejos de allí, no escuchar lo que ella tenía que explicarle. Ella se lo quedó mirando y tomó sorbos de su café, esperando a que él volviera a hacerle caso. Al escuchar el silencio, él se volvió a mirarla y Barbra se inclinó hacia él.

—Escúchame, es importante para mí que sepas qué pasó.

Cuando Erika llegó al vagón restaurante, vio que estaban hablando los dos muy juntos y que la conversación parecía importante, por lo que prefirió dejarlos que hablaran a solas y se sentó sola en otra mesa.

Estuvieron hablando los dos sin darse cuenta de lo que pasaba a su alrededor y de que Erika se había quedado desplazada. Barbra se quitó un peso de encima al poderle confiar su relación con el militar Nathan Voile.

Sin que ella lo pretendiera, fue un hombre importante en su vida durante los años de guerra, quería seguir su pista y lograr encontrarlo.

Mientras tanto, Dick se revolvió inquieto en el asiento al escucharla, no le gustaba nada que ella tuviera interés en otro hombre que no fuera él, sin embargo, entendía por todo lo que pasó, durante los difíciles años de guerra, y en el fondo agradecía que hubiera estado lo más protegida posible.

Durante el viaje, de regreso a su compartimento, vieron como una insistente lluvia golpeaba la ventana. Tuvieron algunas interrupciones del revisor que les iba informando de las estaciones, así como ofreciendo bebidas y periódicos, sin embargo, también disfrutaron de tranquilidad para pensar en lo que tendrían que hacer una vez llegaran a Múnich. Casi sin darse cuenta, vieron que el tren estaba aminorando la marcha porque estaba llegando a la estación.

Una vez apeados en el andén, los tres se quedaron quietos, sin saber hacia dónde ir y comenzaron a calarse, a causa de la abundante lluvia que les caía encima de sus cabezas.

—Vamos a refugiarnos en la cafetería de la estación —propuso Dick haciéndose entender mediante gestos y elevando su tono de voz.

Corrieron, acarreado las maletas hasta quedar a cubierto. Barbra había previsto coger un autobús que les llevara hasta la población de Anzi, pero la lluvia arreciaba con fuerza y el chofer del autobús informó a todos los que estaban esperando que no saldría conduciendo de allí con semejante temporal.

—¿Ahora qué hacemos? —preguntó Erika preocupada porque estaba anocheciendo.

—Creo que es mejor que nos quedemos a pasar la noche en algún sitio cerca de la estación y que acabemos el viaje mañana —propuso Barbra.

—Es la mejor opción —contestó rápidamente Erika viendo con alivio que podría descansar sin tener que seguir viajando.

Como fueron varios los pasajeros que tomaron la misma decisión, los dos hostales que estaban más cercanos a la estación se llenaron rápidamente. Sin embargo, el hostelero se apiadó de ellos al ver que no tenían a dónde ir y que Erika comenzaba a gimotear.

—Miren, se les ve buena gente y lamento que en mi hostel no tengo ya habitaciones disponibles, han visto cuanta gente ha venido hasta aquí, sin embargo, tengo dos habitaciones libres en mi casa. Vivo solo y las habitaciones de mis hijos están vacías, puedo alquilárselas por un precio razonable.

Los tres se miraron y asintieron con la cabeza aliviados puesto que se veían durmiendo en la calle o en los asientos de la estación.

—Tengo una cama más grande para ustedes, si son matrimonio —dijo el hostelero deduciendo porque Dick tenía a Barbra cogida del brazo —y otra para la señorita.

Antes de que Dick pudiera confirmar, Barbra se adelantó para sacarlo de su error:

—Prefiero dormir con mi hermana.

—Como deseen, las señoritas estarán en la habitación grande y el caballero en la pequeña.

Siguieron al hostelero hasta la parte trasera del hostel, que era por donde se accedía a la entrada a la casa. Era una vivienda antigua, gris y que olía a humedad, pero no les importó porque les guarecería del mal tiempo durante la noche. Les abrió la primera habitación que era estrecha, ocupada por una cama pequeña, un armario en un rincón y llena de bultos apilados en el suelo, que es donde dejó su maleta Dick. Seguidamente, fueron a la habitación contigua donde las paredes estaban llenas de desconchones y había una cama un poco más ancha que en la anterior, aunque se veía igual de sucia y llena de trastos.

—Vaya sitio tan espantoso —murmuró Erika a Barbra.

Una vez enseñadas las dos habitaciones y el pequeño retrete que había en un pequeño cubículo, el hostelero los dejó solos para volver a atender su negocio, no sin antes recordarles que le tenían que pagar una buena cantidad de dinero y que los quería fuera de su casa a primera hora de la mañana.

—No tenga cuidado que nos iremos cuanto antes, no pienso quedarme aquí más tiempo del necesario, esto es peor que una cueva —dijo Barbra una vez el hostelero se hubo marchado.

—Sí, la verdad es que da un poco de repelús dormir en esta cama —confirmó Erika mirando con cara de asco el lugar donde tenía que pasar la noche.

—Bueno chicas, no tenemos más opción y más con la lluvia que está cayendo, esperemos que despeje en unas horas y podamos salir de aquí.

Cuando Erika entró en la habitación para cambiarse y Barbra todavía estaba recogiendo las cosas en el recibidor, Dick se acercó a ella.

—A mí no me importaría dejarte un hueco en mi cama, podemos caber los dos ¿no te parece?

Ella lo miró sorprendida por su ofrecimiento, no se imaginaba que el estirado y serio profesor fuera tan lanzado, y vio que una sonrisa se escapaba de los labios de Dick, nunca lo había visto tan relajado.

—Espérame despierto y a medianoche te hago una visita —respondió ella regresando a su habitación, riendo y siguiéndole la broma, más por tensión que por humor, ante la extraña situación que les rodeaba.

Él se quedó con la boca abierta deseando creerla, aunque sabía que se estaba riendo de él, por lo que fue también hacia su pequeña habitación para intentar pasar otra noche solitaria, lo mejor que pudiera.

Capítulo 11 - La búsqueda de respuestas

Múnich 1950

A la mañana siguiente, Barbra se despertó poco después de las seis con una sensación confusa de no haber podido dormir en toda la noche debido a la cama estrecha y a la suciedad reinante. Abrió la pequeña ventana para ver el exterior y un aire frío se coló en la habitación, volviéndola a cerrar al instante. Todavía estaba amaneciendo, aunque había dejado de llover. Erika se despertó al escuchar ruidos en la habitación y se desperezó.

—He dormido bien, ¿y tú?

—Me alegro porque yo no he pegado ojo. Tengo ganas de salir de aquí. ¿Nos vamos?

A lo que Erika ni contestó, se giró hacia el otro lado tapándose hasta la cabeza.

—Hemos venido a buscar a tu padre, ¿no te acuerdas?

—Sí, pero tengo sueño, es muy pronto.

Barbra salió de la habitación y entró en la contigua, sabiendo que se estaba metiendo donde no debía. Estaba todo en penumbra y con resolución se acercó a la ventana y corrió las cortinas para que entrara la escasa luz de la mañana.

—Buenos días Dick, ¿estás despierto? —le preguntó en un susurro.

Dick se revolvió un poco en la cama, pero siguió durmiendo. La sábana le llegaba hasta la cintura, tenía el pecho descubierto y ella permaneció mirándolo, inmóvil por unos segundos pensando en cómo podía dormir él medio desnudo con el frío que hacía. De sopetón, una mano agarró la suya y la arrojó encima de él sobre la cama.

—¿Te estabas haciendo el dormido?

—Me ha gustado ver cómo te paseabas por mi habitación —le confesó Dick mientras bajaba sus manos por la espalda, lo que le provocó un escalofrío en todo el cuerpo.

—¿Qué haces...? —preguntó ella azorada por la repentina intimidad del momento.

—Es muy temprano y podemos aprovechar el tiempo.

—¿En este sitio de mala muerte?

—Entonces, ... no es que no quieras estar conmigo, sino que el sitio no es el mejor, vamos avanzando —le contestó contento sin soltarla y mostrando una sonrisa vacilante.

Barbra estaba asombrada por el cambio producido en él, por su cercanía, mostraba sus sentimientos detrás esa fachada de hielo.

Él dejó de sonreír y estrechó su abrazo, Barbra notaba que tenía su pulso acelerado y también creía escuchar los latidos acelerados del corazón de Dick, le faltaba el aire, se sentía a gusto entre sus brazos, pero sabía que no podían seguir con lo que estaban deseando, estaba Erika en la habitación de al lado.

Escucharon pisadas fuera de la habitación, que bien podían ser de Erika o incluso del hostelero. Ella dio un brinco, se zafó de él y se levantó ágilmente. Sin siquiera mirarlo, salió de la habitación ordenándole que se levantara porque ella pensaba salir de allí cuanto antes.

Cerró la puerta y suspiró aliviada, tenía que reconocer que él no daba su brazo a torcer, iba a por ella y aprovechaba cualquier momento para hacérselo saber, sin embargo, Barbra decidió que

se mantendría alejada, estaba casado, se decía. No obstante, sus argumentos para no ceder cada vez le parecían menos convincentes.

De nuevo, estaban los tres en la estación de autobuses. A causa de las lluvias y retrasos del día anterior había mucha gente esperando, pero tuvieron suerte de comprar tres billetes para el siguiente autobús. El aire frío de la mañana les envolvía, por lo que se sintieron aliviados cuando subieron y se sentaron en sus respectivos asientos.

—¿Qué os ocurre hoy a Dick y a ti? No os cruzáis ni la mirada, parece que estéis enfadados.

Barbra hizo gestos para que bajara la voz, ya que Dick estaba justo en el asiento de atrás.

—No pasa nada, solo que yo tenía ganas de salir de allí cuanto antes y él parecía que no tuviera ninguna prisa, me ha puesto un poco nerviosa.

A Erika no le convenció demasiado el argumento de su prima, aunque prefirió dejarlo correr y durante el trayecto permanecieron calladas la mayor parte del tiempo.

Después de dos horas de viaje llegaron a su destino, Anzi. El autobús paró unos instantes en el centro de la población para que bajaran ellos tres antes de continuar su ruta. Fueron los únicos que se apearon.

Cuando el autobús siguió su marcha tuvieron ocasión de ver dónde estaban. Era una plaza cuadrada dentro de un entramado de manzanas rectangulares de diferentes proporciones, rodeada de casas con sus pórticos para cobijarse del mal tiempo. No se veía nadie por las calles, solamente pasó por su lado una mujer mayor que los miró con desdén y de forma huraña.

—No parecen muy comunicativos en este sitio.

—Barbra, ¿tienes la dirección dónde debemos ir?

—Sí, aunque quizá tendríamos que buscar algún sitio para alojarnos y dejar las maletas, por si tenemos que pasar la noche aquí.

—No sé si quiero pasar aquí mucho tiempo, me da mala espina este sitio.

—Dick, no comiences a quejarte de nuevo.

—Sí, ya sé, ahora me recordarás que he venido porque quiero y que no puedo abrir la boca.

—Está bien, por favor, no discutáis —dijo Erika tomando el mando de la situación— hemos venido aquí los tres y tenemos que ayudarnos y colaborar. Mirar, justo en la esquina parece que alquilan habitaciones, vamos a ver.

Se acercaron los tres a un pequeño edificio antiguo, pero que parecía bien cuidado. Deseaban llegar para dejar los bultos que llevaban encima y tener un lugar para descansar por si se les hacía tarde.

Al llamar al timbre, les abrieron la puerta y les atendió una mujer de unos sesenta años que los invitó a pasar. Parecía simpática y los saludó de forma cordial. El lugar olía a comida casera y era muy acogedor. En el mismo recibidor tenían habilitado un pequeño mostrador de color marrón para atender a los huéspedes, todo parecía limpio y recién pintado de blanco. A los cinco minutos una puerta corredera que estaba al lado de recepción se abrió y un hombre bajito y rechoncho les saludó con una sonrisa.

—Este es mi marido, Clemens y yo soy Adalia, bienvenidos a nuestra casa —explicó la mujer—. Tenemos pocos huéspedes por estas fechas, así que estamos encantados de recibirles.

—¡Qué buen recibimiento! —expresó Dick cuando estuvieron los tres instalados en sus habitaciones.

—Es verdad y esto parece acogedor, no podría soportar otra noche como la que hemos pasado —se sinceró Erika.

Consiguieron reservar tres habitaciones individuales que compartían un único baño. Las habitaciones eran sencillas y ellos tampoco albergaban grandes expectativas, solo querían que

estuvieran limpias y tuvieran un mínimo de espacio para dejar las maletas. Las paredes de las habitaciones estaban revestidas de moqueta, los muebles eran de madera y las láminas del suelo crujían bajo sus pies al caminar. Todo el conjunto resultaba coqueto y formaba un hogar cálido, además allí también les llegaba un succulento aroma a comida casera que les abrió el apetito

Después de dejar cada uno su equipaje en su habitación, decidieron bajar al comedor por si tenían la suerte de poder probar lo que se estuviera cocinando. Tanto Adalia como Clemens estuvieron encantados de compartir su mesa con ellos.

—Una buena comida se merece un buen vino —dijo Clemens abriendo una botella de vino tinto.

—Y una buena compañía —comentó amistoso Dick refiriéndose a la amable pareja.

—Así... ¿qué les trae por aquí en esta época del año? —preguntó la mujer curiosa.

Barbra pensó que podía aprovechar la situación para sonsacarles la máxima información posible.

Entre los tres les fueron haciendo sutiles preguntas que la pareja estuvo encantada de ir contestando. Sin embargo, cuando les preguntaron por si conocían a un hombre llamado Richard Bauer, la expresión de los dos se volvió seria, era obvio que sabían a quién se referían, aunque fueron prudentes y lo único que hicieron fue ir a su libro de visitas y revisar los nombres de los huéspedes de años anteriores.

Intentaron actuar con toda la calma que les fue posible.

—Aquí está —dijo Clemens señalando con el dedo una línea de la libreta y mirándolos por encima de unas estrechas gafas que descansaban encima de la punta de su nariz.

Los ojos de Erika se humedecieron al pensar que su padre estuvo años atrás, en esa misma estancia.

—¿Y nos puede dar un poco de información sobre él?, lo que recuerden.

—Es que han pasado muchos años y por aquí pasa mucha gente, no pretenderán que nos acordemos de los detalles de nuestros huéspedes —contestó Clemens mostrándose reacio a hablar.

—¿Clemens, se acuerda usted de su padre?

Todos se volvieron a mirar a Barbra ante lo absurda que parecía su pregunta, sin embargo, ella pensó que eran unas personas sensibles y que les ayudaría a hablar si tocaba temas más personales.

—Por supuesto que me acuerdo, señorita, era una persona muy trabajadora y fue quien nos ayudó a montar este negocio —contestó sorprendido y orgulloso al hablar de él.

—El señor Richard Bauer era mi padre —soltó decidida Erika, secándose los ojos con un pañuelo.

Clemens y Adalia posaron su mirada en Erika y vieron a una chica vulnerable que no parecía que tuviera malas intenciones.

—Bueno niña, te ayudaremos en lo que podamos —contestó Adalia amablemente.

—Un día se presentaron aquí dos militares —comenzó explicando Clemens de sopetón— eran años de posguerra y todavía estábamos todos muy asustados. Se notaba a las claras que tenían poder. Preguntaron si teníamos habitaciones libres y aunque no nos gustase tenerlos bajo nuestro techo, no nos atrevimos a decirles que no. Se alojaron aquí unos cuantos días.

—Sí, eran gente muy correcta, alabaron mi cocina y eran amables, pero la gente del pueblo comenzó a murmurar cuando hubo más militares que vinieron a visitarles. Nos pidieron vaciar una habitación y montaron su propio despacho.

Adalia se llevó una mano a la boca y dejó escapar un leve lamento y Barbra dedujo que debía

haber sido muy duro para ellos.

—Todos los vecinos nos dieron la espalda, como si nosotros les hubiéramos ofrecido instalarse, al contrario, lo que queríamos era que se fueran y vivir tranquilos.

—Lo entiendo —contestó Erika empática— yo también estuve enfadada con mi padre durante años, pero el tiempo ha pasado y quiero volver a encontrarlo... si es que está vivo.

—No lo sabemos —dijeron negando con la cabeza.

—Pues díganos, ¿qué ocurrió?, ¿estuvieron mucho tiempo por aquí?

Dick, como profesor de historia, estaba muy interesado en saber qué había pasado.

—Un par de semanas, hasta que un buen día recibieron una notificación, desmantelaron el despacho y se fueron —explicó Clemens sin querer añadir mucha información.

—¿No les han vuelto a ver?

La pareja se miró cómplice, hasta que la mujer dijo: —uno de ellos, el que era más mayor, vive en una casa cercana a este pueblo, no se relaciona con nadie, pero todos sabemos quién es.

—¿Quién? —preguntó Erika esperanzada.

—Aquí todos lo conocemos como Robert.

—Pero si se alojó aquí, ustedes bien deben saber su nombre.

—No nos acordamos —contestó él obviando la respuesta.

—¿Nos puede dar su dirección o indicaciones de cómo llegar?

El hombre les dio información del camino, aunque no se ofreció a acompañarles, no quería que los vecinos hablaran sobre ello y ellos quedaron gratamente agradecidos por tener otra pista que seguir.

— ¿Crees que puede ser esa? —preguntó Dick señalando una casa de color gris que había en medio de la nada.

—Supongo que sí, no hay muchas opciones más —contestó Barbra.

Habían andado algunos kilómetros por una carretera solitaria en las afueras de Anzi, rodeada de bosque y sin haberse cruzado con nadie.

Se detuvieron a escasos metros de la alta valla de piedra que circundaba la casa. Desde allí no se podía ver el interior, parecía una fortaleza.

Erika con expresión decidida se plantó delante de la puerta y ésta chirrió al abrirla, anunciando que alguien se estaba colando en la propiedad, pero nadie fue a su encuentro. Una vez dentro, recorrieron el sendero desde la verja a la casa y a los pocos segundos, una mujer bajita y enjuta, de pelo canoso, abrió la puerta para ver quién había osado entrar. Nunca tenían visitas, ningún vecino del pueblo se acercaba a la casa y si pasaban por delante aceleraban el paso.

—¿Qué desean? —les preguntó en un tono seco y poco amable mientras los miraba de abajo arriba.

—Estamos buscando al señor Robert, dígame que Barbra Bauer pregunta por él.

Barbra tenía una ligera intuición de quién de los dos podía ser Robert, o bien Richard o Nathan Voile. Sentía las manos sudorosas y el pulso acelerado, no sabía cómo lo iban a encontrar después de tantos años.

Sin mediar palabra, la mujer entró en la casa y cerró la puerta, dejándolos a los tres en el sendero sin saber qué hacer, quizá volvería a salir con noticias del tal Robert o bien les estaba invitando a irse.

Pasaron los minutos y no hubo ningún movimiento.

—¿Creéis que nos han cerrado la puerta en las narices y que esperan que nos vayamos? —preguntó Dick molesto por la situación.

Antes de que nadie pudiera contestar, se abrió de nuevo la puerta y salió la misma mujer
—¿Todavía están aquí? Váyanse por donde han venido —respondió grosera— el señor no conoce a ninguna señorita Barbra.

Esa respuesta supuso un jarro de agua fría para los tres.

«¡Tanto viaje para nada!» se dijo Barbra viendo como se les acababan las opciones. «Quizá no entendí bien la dirección que me escribió Nathan».

—Usted nos disculpará que la moleste, pero informe al señor Robert que su hija Erika Bauer está aquí —dijo Erika en tono firme.

Era la segunda opción que tenían, si el tal señor Robert no era Nathan Voile, porque habría sabido quien era Barbra, quizá era Richard Bauer.

La mujer abrió los ojos de par en par y clavándose las uñas en las palmas de las manos murmuró una excusa ininteligible y volvió hacia el interior, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Dick cada vez más impaciente. Se sentó en un pedrusco, en el punto donde podía ver la puerta de entrada.

—Esperar, yo no pierdo la esperanza de encontrar a mi padre.

—¡Vaya pérdida de tiempo! —replicó él nervioso.

—Quizá vuelva a salir.

Fue justo al terminar el comentario de Barbra, que les atrajo la atención un movimiento en el piso superior al abrirse unos visillos. Era difícil de describir con exactitud, pero les pareció que era una figura masculina quien se ocultaba detrás de ellos.

—Creo que nos están espiando —opinó Barbra.

Él refunfuñó harto de esperar.

—Ya me he cansado de tanta tontería y de tan poca hospitalidad —dijo Dick levantándose y dando grandes zancadas hacia la puerta.

—Espera, ¡ten paciencia!, lo vas a echar todo a perder.

Barbra lo agarró del brazo y él se giró hacia ella de mala gana.

De repente, la puerta se abrió de par en par dejando al descubierto un oscuro pasillo, por el que se adentraron sin dudarle ni un segundo.

Capítulo 12 - Sé que eres tú

Múnich 1950

El pasillo estaba vacío, no había ni un alma para recibirlos. Hubieran agradecido que apareciese la mujer, por muy gruñona que fuera, pero no fue así. Estaban solos, aunque se sentían observados. Una vez dentro, sus ojos se acostumbraron a la oscuridad salpicada por un resquicio de luz que se colaba por debajo de alguna puerta. Era un pasillo largo forrado de paneles de madera y donde había algunas puertas, que intentaron abrir, sin éxito, a su paso hasta que dieron con una que llevaba a una escalera, donde también hubieran deseado que hubiera más luz.

Habían entrado en silencio y seguían callados sin atreverse a hablar. Subieron por la escalera en fila, uno detrás de otro y el sonido de sus pasos resonó en el silencio. Al llegar a la planta superior, se toparon con otra puerta que abrieron sin pensar. Como había un fuerte contraste entre la oscuridad de la escalera y la claridad de los rayos de sol que llenaban la estancia, la luz les deslumbró y tuvieron que entornar los ojos. Fue entonces, cuando Erika dio un pequeño brinco de alegría, pues había distinguido la figura de un hombre de espaldas a ella, que le era familiarmente conocido.

—¿Papá?, ¿eres tú? —preguntó dudosa.

Al escuchar la voz, el hombre se giró para ver quién se dirigía a él y los sorprendió respondiendo: —Es mejor que salgáis de esta casa —contestó carente de emoción, aunque sus ojos mostraron una sorpresa que no podía ocultar. Miraba a Erika como si hubiera visto a un fantasma.

Era un hombre de estatura mediana, el pelo canoso y unos ojos de color gris, fríos como el acero. Aunque habían pasado algunos años, parecía muy envejecido. Sin embargo, Erika no tenía dudas de que el hombre que tenía delante era su padre, por lo que le había dolido mucho escuchar sus palabras.

Ni la agradable luz del sol que se colaba por las ventanas consiguió hacer la estancia más acogedora. Era evidente que no eran bien recibidos y que él no quería ninguna relación con ellos.

Dick, de forma prudente, se había arrinconado en una esquina y Barbra se dio cuenta de que Erika comenzó a temblar, estaba sumamente afligida y había retrocedido unos pasos dirigiéndose hacia la puerta con intención de marcharse.

«No hemos hecho un viaje tan largo para irnos sin respuestas», pensó Barbra. Así que decidió tomar el mando de la situación.

—Sabemos que no somos bien recibidos aquí, pero necesitamos que nos escuche.

Ante el silencio del hombre, Barbra se envalentonó y lo tomó como una invitación a explicarse.

Habló sin parar explicando con detalles todo lo que les había traído, comenzando su historia presentándose como su sobrina, siguiendo en cómo había encontrado a su prima Erika y las pistas que habían ido siguiendo hasta encontrarle.

Cuando ella terminó su relato, calló para dejar que él se explicara o que mostrara algún gesto cariñoso o de saludo hacia ellas, que eran su familia, nada menos su hija y la hija de su hermano. Sin embargo, nada ocurrió. El silencio se instauró nuevamente entre ellos, ante la desesperación

de los tres.

Barbra pensó que lo mejor era ir al grano y salir de allí cuanto antes, por lo que le dio la triste noticia de que su padre había muerto y de que su hermano lo estaba buscando, puesto que eran los herederos de su fortuna.

Los ojos del hombre se volvieron moderadamente vidriosos y por primera vez le mantuvo la mirada siguiendo sumido en el silencio.

Se les terminaba la paciencia, cuando por arte de magia entró en la estancia la misma mujer adusta que les había abierto la puerta con malos modos.

—Es mejor que salgan de la habitación y dejen al señor tranquilo —les ordenó tan amablemente que quedaron los tres sorprendidos por el cambio de trato recibido.

Quizá era porque estaban hartos de la situación, o bien les convenció la actitud amable de la mujer, que la siguieron obedientes, escaleras abajo.

Antes de salir, Erika miró fijamente al hombre que había sido su padre, viendo que no quedaba nada del afecto y del cariño que habían compartido durante su infancia. Con pena cerró la puerta tras ella, dando por cerrada una etapa de su vida.

Lo había localizado y sabía que seguía vivo.

Cuando llegaron de nuevo al oscuro pasillo, la mujer abrió una puerta que dio acceso a una acogedora cocina de color madera. Era suficientemente espaciosa y estaba aireada, al contrario del resto de la casa, que les había parecido hermética y claustrofóbica. Les invitó a sentarse en unas sillas frente a una mesa de fórmica.

Una vez estuvieron los tres sentados y con unos refrescos encima de la mesa, la mujer rompió el silencio con su voz tranquila y conciliadora para preguntarles:

—¿Se encuentran bien?

Los tres apenas cabecearon en señal afirmativa, todavía desconcertados y esperando que la mujer les explicara qué estaba pasando. Con pasmosa tranquilidad, se quedó de pie y mientras que se recolocaba un mechón de su pelo blanquecino detrás de la oreja, vaciló un instante antes de hablar.

—Mi nombre es Marlene —se presentó la extraña mujer—. El señor Robert está desconcertado por su visita, por lo que desea quedarse a solas. Tenemos en consideración que han hecho un largo viaje y que poderosas razones les han traído hasta esta vivienda, además de su afán por alterar nuestro día a día —dijo con una amable sonrisa, pero dejando bien claro que no eran bien recibidos allí.

Barbra emitió unas breves palabras con ánimo de contestar, pero Marlene levantó la mano a modo de advertencia, sin dejarle hablar.

—Hace unas cuantas semanas, recibimos una notificación legal donde se informaba al señor Robert del fallecimiento de su padre y de que era necesario gestionar unos documentos para cerrar la herencia. Tengo que informarles que el señor no ha querido aceptar ni una sola moneda de la misma por razones que a ustedes no les incumben.

La voz calmada de Marlene iba resonando en la cocina al mismo tiempo que cogió una tarjeta que tenía en una repisa y se la tendió a Barbra y sin dar más explicaciones, solo les dijo:

—Contacten con el señor Wilmur, es abogado.

Dando por terminada la conversación, se dirigió a la puerta de la cocina que daba al pasillo invitándolos a salir. Se levantaron y Erika no pudo contener más su emoción, con las mejillas surcadas de lágrimas le dijo sollozando: —¡Dígale al señor Robert, que para mí siempre será mi padre Richard Bauer, que no entiendo por qué no quiere saber nada más de nosotros, de su familia!

Marlene hizo una mueca desagradable y luego dijo sentenciosamente: —No se equivoque señorita, su familia soy yo. Olvídense del pasado, el hombre que están buscando no existe, la guerra lo cambió y ya no volverá a ser el mismo. Fuera de aquí, no les queremos en nuestra casa.

—Ya hemos escuchado bastante, ¡vamos!, no nos quedemos más tiempo aquí. —Dick cogió de la mano a las dos mujeres y las animó a que recorrieran el pasillo hasta la salida. Se habían quedado las dos sin dar crédito a lo que habían escuchado y no reaccionaban. Él mismo llegó hasta la puerta de salida el primero, deseando que no estuviera cerrada con llave, desasíó la mano de Erika y acercó la mano al pomo de la puerta, sin dudar lo giró y salieron los tres tan rápido como habían entrado.

Anduvieron por el sendero hasta la verja exterior y antes de salir, Erika se volvió por si él los observaba desde la ventana.

No había nadie.

Comenzaron a caminar otra vez, de regreso hacia el pueblo.

—Esa casa es una locura, la tal Marlene es una mujer despreciable —sentenció Dick.

—Sí, es cierto, tiene un carácter muy cambiante, cuando nos ha llevado a la cocina, también nos ha tratado de forma amable —contestó Barbra.

—Lo que está claro es que ese señor es mi padre, mucho mayor de lo que lo recuerdo y no ha querido saber nada de nosotras, ni de ti Barbra, ni de mí.

—La guerra y lo que vivió, y debió ver, estando cerca de los altos cargos alemanes, lo debió trastocar hasta tal punto que no quiere volver a recordar nada del pasado.

Barbra se paró en medio del camino, provocando que los otros dos también se pararan. Se había dado cuenta de lo mal que lo debía estar pasando su prima, la abrazó y le dijo:

—No te entristezcas por lo que has vivido hoy, sé que tenías muchas esperanzas de recuperar de nuevo a tu padre, pero tienes que recordarlo como fue años atrás. La persona que hemos conocido hoy vive en su propio mundo, nunca volverá a el mismo.

—Es cierto.

Cuando volvieron a emprender la marcha, Dick volvió a coger de la mano a Barbra, tal y como había hecho cuando salieron de la casa, y ella no protestó. Por el camino los tres fueron recreando lo vivido en esa casa y Dick preguntó de sopetón: —¿Una herencia? Eso no me lo habías contado, ahora ya sé el interés por encontrar a tu tío.

—No querrás que te explique todos los secretos de una vez. Además, si no llega a ser por la herencia, nunca hubiera sabido que tenía una prima —le dijo sonriéndole a ella.

—Tienes razón Barbra, un cúmulo de casualidades nos han traído hasta aquí.

—¿Ahora qué hacemos? —preguntó Dick.

—Tenemos que buscar al señor Wilmur —dijo Barbra sacándose la tarjeta del bolsillo y leyendo: —Wilmur & Wilmur abogados.

No parecía fácil encontrar donde vivía porque no se conocían la zona y la mayoría de habitantes del pueblo no confiaba en extraños. Sin embargo, la dirección estaba en la tarjeta, por lo que consiguieron llegar a la casa de uno de los pocos abogados retirados que vivían en el municipio y era a quién estaban buscando.

Se pararon enfrente a una bonita casa pintada de blanco y decorada con listones de madera y como si les hubieran estado esperando, abrieron la puerta al instante. Una mujer les saludó con una leve inclinación de cabeza y sin siquiera preguntar quiénes eran, les hizo pasar al interior de la casa.

—Aquí son todos de pocas palabras —murmuró Dick a Barbra.

Llegaron a una sala de espera donde se sentaron hasta que salió un hombre a recibirlos. Tenía

el típico aspecto cetrino del que está siempre encerrado en su despacho, era bajito, flacucho y sus ojos diminutos les miraban con recelo. En un primer momento, les acogió con desconfianza, aunque al presentar la tarjeta que les dio Marlene, les dejó pasar a su despacho y acomodarse en las sillas. Todos estaban intranquilos, deseando salir de allí lo antes posible.

Miraron a su alrededor, una mesa de caoba ocupaba estratégicamente el centro de la estancia, el brillo de su superficie barnizada, estaba oculta entre montones de carpetas, libros y papeles. Wilmur se sentó en el otro extremo de la mesa.

Barbra comenzó dando algunos detalles de lo que les había llevado hasta allí, sin dar muchas explicaciones. Sin embargo, Wilmur les sorprendió porque estaba al corriente de la herencia y de las decisiones tomadas por el señor Bauer, y pareció quitarse un peso de encima al hablar con ellas.

—Me alegro de que estén aquí y hayan podido contactar conmigo, tenía este caso pendiente de resolver, esperando tener noticias de la familia del señor Bauer y ha sido una grata sorpresa que ustedes se hayan presentado en mi puerta.

El ambiente se destensó y los tres se relajaron al escuchar las palabras del abogado, viendo como revolvía las carpetas que tenía encima de su mesa hasta encontrar la que estaba buscando. La abrió y dejó diversos papeles encima de la mesa, mientras que les explicaba cómo estaba todo el asunto de la herencia.

—El reparto de bienes, que no ha querido aceptar el señor Bauer, los ha donado a sus hijos.

—¿Cómo ha dicho?... ¿a sus hijos?, ¡yo soy hija única!

Wilmur la miró por encima de sus gafas de montura de alambre metálico.

—Señorita Erika, aquí lo pone claramente —dijo apuntando el papel con su dedo índice— el dinero se lo cede a usted y la casa familiar es para su hermano.

En ese momento miró hacia Dick, que sintiéndose aludido contestó levantando las manos:

—Yo no soy de la familia.

—Se le ha donado la parte monetaria de la herencia, pero la casa no es de su propiedad, el propietario es su padre, aquí lo dice expresamente y es su decisión: tendrá que dejarla cuanto antes. Por el momento, puede firmar sus documentos y llámeme si tiene noticias de su hermano.

Sus palabras cayeron sobre Erika como una jarra de agua fría. La actitud de Wilmur había cambiado, ahora parecía que tenía prisa por terminar la reunión y quería echarlos de allí lo antes posible. La instó a que firmara todo lo que le ponía por delante, mientras que Erika iba preguntándole las dudas que le venían a la cabeza: —¿No tiene ninguna pista que nos pueda dar?, ¿cómo voy a encontrar yo a un hermano si no sé quién es?, ¿dónde voy a vivir si me echan de mi casa?

Él hacía oídos sordos a las constantes preguntas de Erika fijando sus ojos en la mano de ella, que tenía el bolígrafo entre los dedos, pero que no había estampado ninguna firma.

—Señorita, firme donde le he indicado —le dijo de forma autoritaria.

Erika miró a Barbra sin saber qué hacer.

—No se te ocurra firmar nada —le ordenó Barbra.

Por lo que Erika dejó el bolígrafo encima de la mesa y se secó las manos sudorosas en los pantalones.

—Denos la documentación y se la entregamos a nuestro abogado para que nos asesore antes de firmar.

—No pueden llevarse nada de este despacho —dijo tajante.

—Le ruego la envíe a esta dirección —pidió Barbra anotando en un papel los datos del abogado de su padre, en Calais.

—No voy a enviar nada a nadie.

—Pues usted dirá —contestó Erika.

Al señor Wilmur le gustó la respuesta obediente de Erika dándole la opción de tomar él la decisión.

—Les daré una fecha de reunión para que nos sentemos todas las partes. Esto lo organizaremos los abogados.

Los miró con desdén y cogió los datos del abogado de Calais que había anotado Barbra. Dicho esto, sin esperar réplica, se levantó de la silla y los acompañó a la salida de su despacho, saludándoles de nuevo y cerrando la puerta tras ellos.

Después de las emociones del día, llegaron a sus habitaciones cansados. Adalia les había servido una cena caliente y ni ella ni Clemens, les habían preguntado por su visita, preferían ser discretos.

Barbra había entrado en la habitación de Erika con la intención de hablar con ella de todo lo ocurrido durante el día.

—¿Te molesta si entro? —le preguntó Barbra a su prima.

—Pasa, al contrario, necesito poder hablar contigo, después de todo el día, no hemos tenido ni un momento de tranquilidad.

Se sentaron las dos encima de la cama, una al lado de la otra, muy juntas. Se tenían un gran cariño.

—¿Cómo estás?

—Me he quedado muy sorprendida al saber que tengo un hermano.

—Sí, a mí también me parece increíble.

—Y lo de la casa... ¿qué voy a hacer?

—Hoy hemos tenido muchas emociones, ahora no pienses en eso. Lo solucionaremos.

—Todavía me siento aturdida por haber visto a mi padre, no sabes lo difícil que ha sido después de tantos años.

—Lo entiendo —contestó Barbra comprensiva. Era difícil ponerse en la piel del otro y ella dudaba si sería capaz de soportar la indiferencia de su padre.

—Me ha dolido que no me reconociera y no haberle podido dar un abrazo.

—Yo creo que sí que te ha reconocido y estoy segura de que le ha costado mucho esfuerzo mantener su postura fría y hostil.

—¿Tú crees?, no lo entiendo, ¿por qué?

—Él debe reconocer que hizo muchas cosas que no tendría que haber hecho durante la guerra y ahora se arrepiente —dijo Barbra con cariño, intentando animar a su prima—. Estoy segura de que él no fue responsable de ordenar algunos de los disparates que sabemos que pasaron, pero supongo que sí podría haber puesto más de su parte para que algunas cosas no se llevaran a cabo.

—Quieres decir que miró para otro lado y ahora se lamenta y no quiere ni recordar el pasado, ni inmiscuir a su hija en su vida.

—Sí, eso es lo que creo.

—Bueno, puede que sea así. Al menos es cierto que se ha acordado de mí al no aceptar el dinero de su padre y hacerme sucesora hereditaria... en parte.

—Tendrás una buena suma de dinero, estoy contenta por ti, te lo mereces —le dijo con una sonrisa y abrazándola con su brazo izquierdo.

—Y buena falta me hacía. En realidad, la casa en Berlín es costosa, pero es mi hogar.

—Te entiendo. De momento, tenemos que esperar a recibir noticias de Wilmur.

—¡Vaya personaje! —expresó Erika recordando al engreído abogado.

—Mientras tanto puedes venir a Calais o bien mi padre puede venir a verte para acordar los trámites de la herencia que compartís.

—Me hace ilusión conocer a mi familia en Calais, ya sabes que en Berlín estoy muy sola. Suerte que ahora te he conocido a ti, yo ya te considero como mi hermana.

Se quedaron calladas durante un rato compartiendo un sentimiento fraternal que las unía cada vez más, hasta que Barbra le dio un beso en la mejilla y le dijo: —Se ha hecho tarde, mejor descansemos unas horas que mañana tendremos un día largo de viaje de regreso.

—Sí, que descanses.

Barbra, la arrojó como si fuera una niña pequeña, le apagó la luz y salió de su habitación para entrar en la suya. Abrió un poco la puerta para dar un vistazo, tenía la fuerte impresión de que había alguien en su habitación.

Capítulo 13 - Nathan, dónde estás

Múnich 1950

—¿Qué haces aquí?, ¡qué susto me has dado!

—Quería hablar contigo y entré pensando que estabas aquí, te he estado esperando todo este tiempo.

—Estaba con Erika, ya sabes, ..., lo está pasando mal.

—Sí, lo entiendo.

Él estaba sentado en la cama, puesto que en la habitación no había más opciones donde estar, y ella se sentó a su lado dejando espacio entre ellos.

Ella lo miró a los ojos y una ligera sonrisa curvó sus labios.

—No pensé que te diría esto, pero te agradezco que hayas venido. Hoy ha sido un día difícil para Erika y para mí, tenerte con nosotras nos ha hecho bien.

—Vaya, te lo agradezco de veras y deseo ayudaros en lo que pueda.

—Has conocido secretos de nuestra familia que no te había contado —dijo ella en un susurro.

—Vuestros secretos están a salvo conmigo.

Ella sonrió, reflejó un gran alivio y lo abrazó con fuerza, casi tumbándolo, lo que hizo soltar carcajadas a Dick al verla tan efusiva.

—Está bien, vamos a dormir —dijo tajante, sabiendo que en ese momento podía ceder a lo que él le pidiera y después se arrepentiría.

—Barbra, déjame quedarme.

—No sé qué pretendes Dick —contestó ella, aunque podía deducir perfectamente sus intenciones— estoy muy cansada.

—Te prometo que solamente me tumbaré a tu lado.

—Si es así, de acuerdo, no quiero estar sola. Pero, mira hacia la pared mientras me cambio.

Él sonrió para sus adentros mientras se giraba hacia la pared, no esperaba que Barbra dejara que se quedara y consideraba que daba un paso de gigante en su posible relación. Barbra se puso una camiseta y un pantalón que le permitiría estar cómoda sin enseñar demasiado.

—Ya estoy —dijo ella acomodándose en una esquina de la cama.

Dick se quitó la camiseta y fue a echarse en la cama con los pantalones puestos.

—Puedes quitártelos y quedarte en ropa interior.

—Barbra, estás jugando con fuego.

Al escuchar sus palabras, ella dudó si estaba haciendo lo correcto, aunque él con movimientos ágiles, se quitó los pantalones, apagó la lámpara y se metió bajo las sábanas a su lado. Entonces, se acercó más a ella y con un movimiento diestro, pasó un brazo por debajo de su cabeza, de tal forma que ella quedó descansando sobre su hombro y extendió su brazo para rodearla por la cintura.

Dick escuchó su respiración tranquila mientras dormía, le reconfortaba saber que se sentía a gusto con él, aunque él dudaba mucho que pudiera pegar ojo en toda la noche.

Cuando despertó, estaba solo en la habitación de ella. No sabía cuánto tiempo había podido

dormir ya que parte de la noche se había quedado pensando en los dos y en cómo conseguir que Barbra acabara cediendo a estar con él. Se levantó de la cama y fue a su habitación para asearse y no tener que vestirse con los mismos pantalones y camiseta del día anterior. Escogió un conjunto que sabía que le quedaba bien, con el fin de atraer su atención.

Al acercarse a la cocina, oyó que las chicas estaban conversando animadamente con los dos posaderos. Estaban desayunando en la cocina y de forma instintiva las saludó dándoles un beso en la mejilla. Barbra lo miró de arriba abajo, de una forma que le quitó el aliento. Algo había cambiado entre ellos. Sin embargo, reanudaron la conversación y siguieron comiendo como si tal cosa.

Él se unió a la mesa y pudo entender que estaban hablando del ex compañero y ex amante de Barbra, un tal Nathan Voile. Dick sentía que le hervía la sangre al comprobar que ella seguía en sus trece queriendo encontrarlo, había tenido una leve esperanza de que se hubiera olvidado de su antigua pareja.

Después de dos días preparando el desayuno para ellos, Adalia estaba encantada de que estuvieran allí, había cogido confianza y les explicó chismes de algunos habitantes pintorescos de la población. Barbra, por su parte aprovechó para ir preguntando por si sabía algo sobre Voile.

—Adalia, ¿no sabe dónde pudo haber ido el otro militar?

—¿El señor Robert?, ya les dimos información —contestó queriendo evadir la respuesta.

—No, me refiero al que iba con él.

—Ya sé a quién se refiere niña —murmuró Adalia decidiendo si podía explicar más de la cuenta.

—¡Pues díganoslo! —expresó Barbra perdiendo la paciencia.

—Tampoco tengo mucha información, solo sé los rumores que han surgido a lo largo de estos años. Primero estuvieron los dos viviendo en la casa donde ahora está el señor Robert, pero había muchas habladurías sobre los dos. Además, llegó la señora Marlene, con un niño, a cuidar de la casa y con su mal carácter acabó por estropear la buena relación que tenían los dos.

—¿Con un niño? —preguntó extrañada Erika.

—Sí, bueno no sé, nunca pasan por el pueblo, así que no les sé decir nada más. De esto hace muchos años, así que debió crecer y supongo ya no debe vivir allí. ¿Conocieron también a la señora Marlene? —se aventuró a preguntar la hostelera.

—Sí, la conocimos ayer, tiene un carácter muy difícil —confirmó Erika que no entendía como su padre podía convivir con esa mujer—, pero en esa casa no había nadie más, creo..., porque todas las habitaciones tenían las puertas cerradas y no se escuchaban ruidos.

—Un buen día cogió sus cosas y se marchó.

—¿Quién? —preguntó Dick que intentaba seguir el hilo de la conversación.

—El otro señor por el que me están preguntando ustedes.

—¿Dónde? —Barbra se estaba poniendo nerviosa porque veía que iban dando rodeos sin tener una información clara sobre Nathan.

—Creímos que se habría ido lejos de aquí, pero después nos dijeron de que vivía en Múnich.

A Barbra se le iluminaron los ojos y una enorme sonrisa se posó en su boca, mientras les preguntaba: —¿Tienen su dirección?, es una ciudad muy grande.

Y la mujer negó con la cabeza.

—Bueno, tendremos que irnos, tenemos un poco de prisa para coger el tren —anunció Dick.

Barbra torció el gesto y no pudo ocultar la rabia en su rostro al ver las intenciones de él, aunque creía que en esa casa no sacaría la información necesaria para encontrar a Nathan.

—De acuerdo, si salimos ahora todavía podemos coger el autobús de la mañana que va a la

ciudad —propuso ella y todos estuvieron de acuerdo.

Se despidieron amablemente de la pareja de hosteleros, quienes les desearon un agradable regreso.

Sentados en el autobús que les llevaba a Múnich, Barbra sintió una vez más como la tristeza embargaba su corazón puesto que veía imposible encontrarlo en la gran ciudad. Sabía que estaba allí, pero no tenía una información concreta de su dirección.

No hablaron en todo el trayecto, cada uno iba inmerso en sus pensamientos. Tan pronto como el autobús llegó a su destino, bajaron a buscar sus equipajes y fue entonces cuando Barbra les pidió que se quedasen en Múnich.

—No podemos quedarnos más tiempo Barbra, tengo que continuar con las clases y tú también tienes trabajo conmigo.

—Ya te dije que no quería atarme a nada, si estoy trabajando contigo en la universidad es porque quiero.

—¡No es porque quieres! Es porque yo te lo ofrecí —contestó Dick alterado.

—Además, tú estás aquí porque quieres, nadie te obligó a venir con nosotras.

—Ya estamos otra vez con lo mismo. Pues ayer bien me agradeciste que lo hubiera hecho.

Erika intentó poner paz entre los dos antes de que dijeran algo de lo que se pudieran arrepentir.

—Barbra yo tampoco tengo mucho más tiempo, debería volver a mi trabajo cuanto antes.

La miró sintiendo que estaba siendo egoísta, quería quedarse en Múnich para encontrarlo, pero no sabía cuánto tiempo le supondría encontrar alguna información sobre él. Seguramente, por seguridad, se habría cambiado el nombre igual que había hecho Richard por Robert. También deseaba regresar a Berlín con ellos.

—Está bien, solo os pido que retrasemos unas horas los billetes.

Finalmente, Dick y Erika cedieron y estuvieron de acuerdo en coger el tren que salía al anochecer. Se aligeraron de sus equipajes dejándolos en las consignas de la estación y se reunieron de nuevo en la cafetería para organizar un plan. Este consistía en repartirse zonas de la ciudad y preguntar en hoteles, hospitales o donde surgiera la oportunidad de encontrar información sobre él. Barbra tenía ventaja porque además de conocerlo en persona, sabía de sus aficiones y tenía una foto suya que podía mostrar. Sin embargo, habían pasado los años para todos, seguro había envejecido e incluso pensó que él no querría verla. No tenía la esperanza de conseguir nada.

Acordaron de reencontrarse de nuevo en la estación una hora antes de la salida del tren.

Uno puso más afán que otro y las horas fueron pasando para los tres. Dick y Erika se encontraron en medio de la búsqueda y decidieron que ya habían buscado bastante, por lo que aprovecharon para ver una ciudad que no conocían y de disfrutar del día. Los dos se estaban haciendo buenos amigos, se compenetraban bien, aunque no sentían ningún tipo de atracción entre ellos, más allá de una buena amistad.

En cambio, Barbra recorría cada establecimiento con la intención de que alguien le diera alguna pista fiable, pero se le terminaba el tiempo y tendría que volver de regreso sin nada. Decidió volver hacia la estación cuando se acordó que tenía ella los billetes dentro del bolso, lo abrió para revisarlo. Justo en ese momento su brazo chocó con una persona con tal ímpetu que la hizo tambalearse y casi perder el equilibrio.

—¡Ya está bien! Casi me tira al suelo —dijo sin mirar, arreglándose el bolso y la chaqueta.

—Lo siento, yo... ¿Barbra?... ¿eres tú?, ¡no me lo puedo creer! ¡pero si eres tú!

La abrazó y la volvió a mirar sin dar crédito a lo que estaba pasando.

—¿Nathan? —preguntó ella con lágrimas en los ojos.

La calle estaba bastante concurrida y varias personas se habían parado a mirar qué les había

pasado, por lo que decidieron entrar en un pequeño parque y sentarse en un banco.

—¿Pero... que haces aquí?, pensaba que estabas viviendo en Calais.

—Sí, es cierto, solo he venido por unos días.

En ningún momento quería decirle que estaba allí por él, que había encontrado su carta donde le ponía la dirección para que fuera a buscarle. Habían pasado muchos años y daba por sentado que él ni se acordaría de la carta.

Lo miraba sin creer que había tenido la suerte de encontrarlo. Seguía siendo muy apuesto y tenía el porte riguroso de un militar con poder. Se le veía feliz por haberla encontrado.

Entonces, ella pensó en Dick y sin quererlo hizo una comparación de los dos hombres. De repente, lo vio claro Nathan era su pasado, a quien consideraba un amigo por el que ya no se sentía realmente atraída. En cambio, Dick era su futuro. Se acordó que la estaban esperando en la estación para regresar a su vida lo antes posible y deseó tener mucho más tiempo para poder estar con él y que le contase su vida.

—¿Dónde ibas con tanta prisa?

—Tengo que ir a la estación, me están esperando para regresar a Berlín.

—¿No puedes quedarte más tiempo?

—No, además seguro que tú tienes aquí tu vida.

—Es cierto, sigo casado con mi mujer, aunque después de tantos años cada uno hace su vida, nos hemos acostumbrado a vivir juntos y somos como amigos —dijo en tono compungido y Barbra no supo si sentir lástima por él o no.

—Puedes acompañarme hasta la estación.

Como él estaba deseando estar con ella, accedió a acompañarla y durante todo el camino estuvieron poniéndose al día de lo vivido a lo largo de los años que no habían sabido el uno del otro. Nathan había tenido muchos problemas al terminar la guerra, lo tildaron de traidor y lo echaron de Berlín, suerte tuvo de poder seguir con vida. También le explicó que durante unos años estuvo viviendo con un amigo, prefirió estar separado de su mujer, Jenell, para no involucrarla en sus asuntos militares, pero después volvió con ella. Jenell lo había ayudado durante todos los años, aun sabiendo que la engañaba con su amante, Barbra.

—Tu mujer debe quererte mucho —dijo ella creyéndolo firmemente.

—Pero tú sabes que yo siempre te he querido a ti —le contestó Nathan dejándola descolocada por un instante.

Barbra no quiso contestar, además, estaban llegando a la estación donde vio a Dick y a Erika haciéndole señas para que se aproximara rápido o iban a perder el tren. Quería dejar cerrada esa etapa de su vida, durante los años que estuvieron juntos ella también lo quiso, pero pasados los años no quería recordar nada más, le bastaba con saber que estaba bien. Así que cuando llegó al lado de Dick, no se lo pensó dos veces y le dio un beso en los labios, dejándolo fuera de lugar.

—Cariño, por un momento creí que no llegaba a tiempo.

Aquel comportamiento inesperado lo dejó sin palabras.

—Dick y Erika os presento a Nathan Voile, un viejo amigo. Ellos son mi prima y mi marido.

—No sabía que te habías casado. Os felicito.

—Recién casados —dijo Dick alargando un brazo hacia su cintura y estrechándola con fuerza junto a él para devolverle el beso.

—Tenemos que irnos ya —ordenó Erika viendo como entre unos y otros se habían olvidado de que estaban en la estación. Quedaban pocos minutos para la partida del tren.

—Tienes razón —dijo Dick cogiendo su maleta y la de Barbra, y comenzando a caminar hacia el andén. Erika se sumó a él dejando a Barbra un poco de intimidad para que se despidiera de su

amigo.

—Bueno, me voy, como ves me estás esperando.

—Me ha gustado mucho reencontrarme contigo para poder despedirme. Durante estos años he pensado mucho en ti y me alegra saber que estás bien. De todos modos, te dejo mi dirección por si tu marido y tu queréis venir a visitarnos un día.

Él le tendió una nota con una dirección escrita, que ella se guardó en el bolsillo, aun sabiendo que no volverían a verse. Nathan le dio un beso en la mejilla y un abrazo fraternal.

—Cúidate.

Ella se dio media vuelta y echó a andar hacia el tren moviendo las caderas de forma seductora como solía hacer cuando estaban juntos.

El tren salió de Múnich a la caída del sol. Dick había tenido la idea de reservar dos camarotes con dos literas cada uno, con la intención de poder pasar la noche.

Barbra entró en el primer camarote que les asignaron, era el último de un pasillo repleto de puertas. En el interior había una estrecha litera de madera.

Erika iba a entrar tras ella cuando Dick le dijo: —No te importaría cambiarme el sitio ¿verdad? Te ofrezco un camarote para ti sola.

—A mí no me importa, pero supongo que Barbra es quien decide.

Barbra se giró al escuchar la discusión.

—No te habrás creído lo de recién casados ¿no?

—Prometo ser bueno, como la otra noche —dijo él levantando las manos, lo que provocó la risa de sus compañeras de viaje.

—Bueno chicos, estoy cansada, me voy a mi camarote y vosotros mismos, ya sois mayorcitos —contestó Erika sintiéndose un poco apartada.

Una vez en el camarote, Dick se acercó a ella y la rodeó con sus brazos.

—Me has dejado sorprendido con tu beso, no me lo esperaba.

—Ha sido una excusa para que Nathan se quedara tranquilo, sino me hubiera pedido que me quedara con él —dijo de forma sincera.

—Espero que te haya gustado.

Barbra no lo reconocería, pero al besarla había sentido más de lo que hubiera deseado y no quería admitir, ni siquiera ante sí misma, que en sus brazos se sentía segura y protegida.

—¿En qué litera quieres dormir arriba o abajo?

—Te estás haciendo la interesante, pero estás deseando que te diga que compartamos la misma. Así que tendré que convencerte —dijo él, mientras se inclinaba para besarla de nuevo.

Un beso llevó a otro y ese otro a otro más; y al poco rato perdieron la cuenta y se perdieron ellos dos en su mundo, compartiendo mucho más que la estrecha litera.

Capítulo 14 - Una situación comprometida

Londres 1970

—¡No es necesario que me cuentes en detalle con quién te acostaste! —le dijo Alan cortante.

Barbra lo miró recordando que llevaban horas sentados en el restaurante. Su imaginación le había hecho una mala pasada, se había inmerso tanto en su relato que había olvidado por un momento dónde estaba.

—Me dijiste que lo querías saber todo sobre mí.

—Y es cierto, me ha gustado saber que dejaste plantado al bribón de Voile en la estación, se lo merecía.

—Nunca te gustó Nathan porque estaba conmigo.

Alan prefirió no contestar, así que decidió cambiar de tema al ver a los camareros esperando a que se ellos levantaran. Estaban solos, el resto de mesas ya se habían vaciado.

—Creo que tenemos que irnos, podemos pasear por el parque.

Cogieron sus abrigos y salieron del restaurante. Era media tarde y tenían por delante muchas horas para disfrutar de su mutua compañía. Sin embargo, el sol ya no brillaba, las nubes habían oscurecido el cielo y al poco empezó a llover.

Ninguno de los dos llevaba paraguas.

—¿Qué hacemos? No podemos quedarnos en el parque.

—Vamos a tu hotel.

—¿Lo dices en serio?

—Vamos solo a hablar... —puntualizó deseando convencerse a sí mismo— necesitamos un sitio tranquilo.

Barbra lo miró y cabeceó en un gracioso movimiento afirmativo. Anduvieron rápido y en silencio, pegados el uno al lado del otro, con el agua cayendo a goterones sobre sus cabezas y sabiendo que adónde iban, no estaba bien.

Los truenos resonaron y su estruendo aumentó a medida que se acercaban al hotel, por lo que rieron felices cuando atravesaron la pequeña entrada.

El hotel era poco acogedor, antiguo y con el ascensor bastante angosto, pero nada les importó, estaban juntos a resguardo de la lluvia. Mantuvieron una conversación fluida y cordial durante todo el camino hasta la habitación, sin embargo, cuando abrieron la puerta, Barbra se encontró un poco cohibida al estar en la misma estancia que él.

—Somos amigos, nada más, y no está mal que unos amigos compartan una habitación para charlar durante unas horas —dijo él al ver la cara de preocupación que expresaba ella.

—Tienes razón, seamos sensatos, no tiene importancia, aunque tengamos un pasado juntos de locura y desenfreno, por no mencionar que siempre que estamos juntos hay una atracción que no podemos evitar —contestó ella con una mueca.

—No le des más vueltas, siéntate y acábame de explicar.

—¿Qué diría tu mujer si nos viera ahora mismo?

—¿Mi mujer? se pondría de los nervios y me echaría de mi propia casa, tenlo por seguro — contestó Alan riéndose de la situación— por suerte para mí, no nos está viendo.

—¿Quieres tomar algo? Suele haber refrescos en la neverita —propuso ella.

—Te invito a lo que quieras, podemos pedir que nos lo suban.

Sin pensarlo, Alan descolgó el teléfono y pidió que subieran unas bebidas a la habitación.

—Ya sabes que el alcohol me sube rápido, ¿no estarás planeando que beba más de la cuenta?

—Tranquila, confío en ti y no te echaras en mis brazos por tomar un par de copas —dijo él divertido.

—Eso es lo que tú quisieras.

Con las horas que habían pasado juntos durante los dos días, recuperaron la confianza. Se sentaron en el colchón, Barbra se situó recostada en el cabecero de la cama y se quitó los zapatos de tacón.

—Me están torturando los pies —dijo al referirse a ellos.

Y Alan se quitó la camisa y se sentó en el otro extremo, con los pies de ella a pocos centímetros de sus manos. Con la familiaridad que tenían de años de amistad, Alan cogió uno de sus pies, se lo puso encima de la pierna y comenzó a masajearlo.

Barbra suspiró aliviada, mientras le decía: —Ahora te toca a ti explicarme tu vida, ... qué has hecho durante todo este tiempo.

—Mejor termina tú, quiero saber qué pasó con Dick y con tu prima cuando volvisteis de nuevo a Berlín.

—¿De verdad quieres saberlo, aunque te hable de Dick?

—Por supuesto.

En ese momento, llamaron con los nudillos a la puerta y Alan se levantó con el corazón acelerado por toda la situación. Cuando abrió la puerta, su sorpresa fue mayúscula.

—¡Katy! ¡Hola!... eh... no sabía que trabajabas en este hotel.

—Vaya Alan, no esperaba encontrarte aquí, he subido las bebidas que has pedido —dijo la camarera.

—Sí, gracias. Ya las entro yo, no te preocupes —contestó Alan controlando con el pie que la puerta no se abriera más de la cuenta y que Katy pudiera ponerlo en una situación difícil.

Ella hizo un gesto con la mano mientras se alejaba por el pasillo e hizo un comentario que a Alan le heló la sangre: —Dale recuerdos a tu mujer.

Cuando cerró la puerta, Barbra le preguntó:

—¿Qué te ocurre? Te has quedado pálido.

—¡No te lo vas a creer! —exclamó Alan sirviendo las bebidas y sentándose de nuevo en el colchón —conozco a la camarera, es amiga de mi mujer.

—¿Qué casualidad! ¿te preocupa que se haga una idea equivocada de lo que ha visto?

—¿Te refieres a verme sin camisa en una habitación de hotel, pidiendo bebidas y cerrándole la puerta para que no vea el interior? Sí, creo que ha sido una situación muy comprometida, aunque espero que sea discreta.

—Confiemos en Katy y en que tenemos nuestra conciencia tranquila, de que aquí no ha pasado nada de lo que nos podamos arrepentir —dijo Barbra levantando la copa.

Los dos brindaron por ello.

—Entonces, ¡dime!, ¿qué pasó cuando volvisteis a Berlín?

—¡Ay, Alan cuéntame tú! —respondió, casi ronroneando como una gata.

Él se llevó instintivamente la mano a la nariz y se frotó el puente en actitud pensativa.

—Está bien —dijo al fin— aunque mi vida ha sido bastante más monótona que la tuya.

A continuación, hizo un resumen de su historia:

—Como te dije ayer, cuando te fuiste con tu amiga Melissa, mi buen amigo Andy me acompañó hasta casa. Cuando entré, la casa familiar, Wilson House, me pareció triste y solitaria. Estaba yo solo viviendo en una casa enorme, entre paredes vacías y con la única compañía de algunos de los criados. Entonces me senté a recapacitar, ¿qué había hecho mal para estar tan solo? No sé si te acuerdas de Sarah...

—Sí, algo me habías contado sobre ella.

—Había estado unido a Sarah desde que éramos pequeños porque sus padres y los míos eran vecinos. Cuando comenzó la guerra yo me alisté en el ejército y ella se fue de misionera a la India. Incluso estuve con ella, en la Misión, en un par de ocasiones. ¿Sabes?, la India te atrapa con sus colores y la forma de ser de su gente y Sarah se quedó prendada de esa forma de vida. Nos queríamos, incluso nos casamos con un ritual hindú.

—¡No me digas! —expresó imaginándose la situación.

Alan cabeceó echándole una mirada cálida y divertida.

—Sin embargo, mi padre murió y tuve que regresar a Londres para hacerme cargo del negocio familiar.

—Tienes razón, tenías una fábrica, ¿no es así?

—Mi padre fundó la fábrica, una fundición de donde salían motores y armamento que serviría para la guerra.

—Un negocio muy fructífero —comentó Barbra con ironía.

—Eso es lo que me enfurecía cuando era joven, nos estábamos enriqueciendo a costa del sufrimiento de los demás. Cuando yo cogí las riendas de la empresa, con la ayuda de Andy, fui transformando el negocio hacia el sector de la fabricación de vehículos. Al principio nos faltaba experiencia sobre ello, pero tuvimos la suerte de que se uniera a nosotros Carlo, quien había trabajado en el sector y sabía lo que nos llevábamos entre manos.

—Sí, ya me acuerdo de él, es quien nos echó una mano cuando estuvimos tú y yo en Italia, perseguidos por los militares.

—Pues sí, el bueno de Carlo se presentó un día en la empresa acompañado de su hermana Lucía, una chica muy joven y muy bella, por cierto, que estuvo trabajando para mí como asistente. Después pasó tiempo en mi casa ayudando a mi madre cuando estuvo tan enferma y más tarde se quedó en casa colaborando en todo lo que le pedía.

—Ya entiendo —comentó ella con un guiño y una sonrisa pícaro, pero él no la escuchó o, si lo hizo, no se dio por aludido.

—Estuve solo durante bastante tiempo. Como te he explicado Sarah estaba en la India, tú tenías tus proyectos y Satina... ¿te acuerdas de ella? —preguntó mirándola a los ojos.

—Creo que alguna vez me hablaste de ella.

—La conocí cuando tuve el accidente, era enfermera, después siguió estudiando hasta convertirse en doctora. Estuvimos durante años viéndonos de vez en cuando y más tarde ella se fue a vivir a Irlanda. Así que al verme solo y sin noticias de vosotras, me hundí, quería formar mi propia familia, tener hijos.

En ese momento me parecía imposible tenerlo.

—Pero lo conseguiste, estás casado y tienes una hija.

Él asintió en silencio, de repente tenía la sensación de que le faltaba el aire. Se levantó de la cama y fue hacia la ventana, que estaba cerrada. La abrió y la cortina gris se sacudió con el viento. Había dejado de llover y entraba un aire fresco que le sacó de sus reflexiones, produciendo en él un pequeño escalofrío.

—Ya no llueve, ¿prefieres que salgamos?

—Estoy bien aquí.

Él volvió a sentarse en la cama y se quedó en silencio. Como Alan parecía que había terminado de contar su historia, Barbra decidió que podía seguir explicándole qué pasó cuando regresaron a Berlín.

Capítulo 15 - Una relación tensa

Berlín 1950

—¿Para cuándo me has dicho que necesitas esta traducción? —preguntó Barbra viendo que se levantaba de su mesa.

—Lo antes posible —contestó Dick saliendo disparado de su despacho hacia su clase.

Pocos días atrás, regresaron de su viaje y se estaban poniendo al día de todo el trabajo atrasado que había quedado.

La relación entre ellos era tensa, tras unos ajetreados días en Berlín, él consideró que se habían afianzado como pareja, en cambio ella se mostró distante y no había querido volver a acercarse a él. Esta situación supuso discrepancias en el trabajo, conversaban lo justo para entenderse y los chicos que lo ayudaban, Emi y Meyer comenzaban a estar más que hartos.

Al ver salir a Dick, los dos chicos entraron en el despacho para hablar con ella, llamaron débilmente con los nudillos al tiempo que Barbra los hacía pasar.

—Hola, ¿cómo va? —pregunto Emi al verla atareada y ella levantó un momento su mirada hacia ellos, necesitaba tiempo para hacer la traducción y lo último que deseaba era una charla con los chicos sobre Dick. Sin embargo, no parecía que ellos tuvieran intención de irse, al contrario, por lo que no tuvo más remedio que dejar lo que estaba haciendo y atenderles.

—¿Qué ocurre?

—Vamos a dejar de trabajar para el profesor Dick —dijo Meyer de sopetón.

—¿Por qué? —preguntó ella, aun sabiendo sobradamente que debía estar hartos de aguantar el carácter cambiante de Dick.

—Cada vez tenemos más trabajo con los exámenes y él no nos agradece lo que hacemos —explicó Emi.

—Os entiendo chicos, a veces tiene un carácter un poco difícil. No es que quiera justificarlo, pero está nervioso por todo lo que tiene que preparar este mes para el fin de curso. ¿Solo faltan dos semanas para terminar, creéis que podréis soportar este tiempo?

—Por mi parte, necesito estudiar —se justificó Meyer, levantando sus hombros.

—Yo seguiré un poco más, aunque su trato no es agradable.

—Gracias Emi hablaré con él para que lo tenga en cuenta y Meyer, no te preocupes, haz lo que tengas que hacer. Aprobar los exámenes es vuestra prioridad.

A Emi se le iluminó la cara, ella quería quedarse, le gustaba trabajar con ellos, era una persona alegre, pero no aguantaba que Dick siempre mostrase su mal humor por pequeñas cosas. La chica cogió su mochila llena de libros y se despidió deseando verla al día siguiente.

Se quedaron solos en el despacho, Meyer junto a Barbra y al chico se le veía triste y dudoso por si había tomado una buena decisión.

—Meyer, no te preocupes, él tiene que entender que ahora tienes que enfocarte en los exámenes. Te echaremos de menos por aquí.

—Eres muy amable Barbra, yo también os echaré de menos. Tanto Emi como yo hemos trabajado muy duro durante meses y parece que nunca sea suficiente.

—Ya lo conoces, él es así, le cuesta expresar lo que siente. Seguro que está contento con vuestro trabajo.

—Lo sé, Barbra, gracias... nos vemos.

El chico recogió las cosas de su mesa y salió del despacho triste y abatido sin saber qué más decir.

Cuando terminaron las clases de la mañana, Dick volvió al despacho cargado con una carpeta repleta de exámenes para corregir. Se veía a leguas que estaba cansado y que no era un buen momento para explicarle lo que había pasado con los chicos, por lo que decidió que era mejor esperar a que se relajara.

—¿Te apetece salir a comer conmigo? —le preguntó Barbra casi sin pensar, con lo que él la miró sorprendido, aunque una incipiente sonrisa apareció en sus labios.

—No me lo digas dos veces que dejo todos los exámenes a un lado.

—Ya sé que tienes mucho trabajo, demasiado creo, por eso te conviene salir un poco de aquí.

—Si insistes, no me voy a negar. Podemos ir a algún sitio cerca de la universidad.

Dick ni recogió sus cosas, lo dejó todo tal como estaba, cogió su chaqueta y fue tras ella.

El sitio que escogieron era pequeño, acogedor y sin demasiado ruido, justo lo que Barbra deseaba para poder hablar con él de forma tranquila. Una vez hubieron pedido bebidas y comida se relajaron esperando a que les sirvieran, escuchando una agradable música de fondo.

—Sé que he estado bastante brusco contigo desde que hemos vuelto de Berlín —dijo en un susurro y sin mirarla a los ojos.

—¡Vaya! Lo reconoces —replicó con una sonrisa para que el ambiente entre los dos siguiera igual de distendido—, yo diría que has estado intratable.

—Bueno... no sé si diría tanto. He estado muy estresado por tanto trabajo, al estar unos días fuera con vosotras he tenido que recuperar todo lo que no pude hacer.

Antes de que Barbra abriera la boca, él se adelantó diciendo: —Ya sé, ya sé... yo fui porque quise y no me arrepiento en absoluto.

Los dos se miraron recordando la noche apasionada que pasaron los dos en el viaje de regreso. Él le cogió la mano y con cariño le puso un mechón de pelo detrás de la oreja, mientras confesaba: —Has estado muy distante conmigo desde entonces.

Un breve silencio se instaló entre ellos, antes de que Barbra respondiera.

—Necesito mi espacio, esto va demasiado deprisa. Además, deseo una relación seria y tú estás casado.

—Veo que eso es importante para ti —dijo él con una mueca— ya que me lo repites a menudo.

—Sí, lo es.

—Intentaré hablar con mi mujer.

Ella no respondió en ese momento porque esa era una decisión muy importante que tenía que tomar él y ella no quería obligarlo a nada, por lo que decidió cambiar de tema a otro que le rondaba por la cabeza.

—Esta tarde he quedado con Erika para planear nuestro viaje a Calais.

—¿Otra vez debes irte?

—Sabes que sí. Es necesario que Erika venga conmigo y aclare lo que necesite sobre la herencia con mi padre.

—¿Y tú tienes planeado quedarte allí o regresarás aquí? —le preguntó con el corazón en un puño.

—No lo sé. Prefiero no tenerlo que decidir ahora.

—A mí me gustaría ir con vosotras, aunque no podré dejar las clases hasta fin de curso. —A

continuación, añadió con dudas —¿Tú quieres que vaya? Conocería a tu familia y no sé si es lo que quieres.

Barbra se quedó pensativa un momento, aunque reconocía que eso no sería un problema.

—Erika y yo tenemos que ir antes. Cuando terminen las clases hablamos y decidimos lo que queremos.

—No das tu brazo a torcer... ¡eh!... —dijo él con una sonrisa, no parecía enfadado.

—Tengo que darte otra noticia.

—¿Qué pasa? —contestó preocupado.

—Los chicos que trabajan para ti necesitan tiempo para sus estudios.

—¿Emi y Meyer?

—Sí, Meyer ya se ha despedido esta mañana.

—¡No me digas!

—Y Emi se lo está pensando. Le gusta mucho trabajar contigo, sin embargo, tienes que reconocer que no se lo pones fácil.

—No quiero que se vaya.

—Pues agrádecele más lo que hace por ti, sabes que no le sobra tiempo y siempre está dispuesta a ayudar, pero nunca recibe ninguna palabra amable de tu parte.

Dick se mesó el pelo nervioso, se sentía agobiado por todo lo que tenía que hacer y todos se iban de su lado, pero no podía obligarlos a quedarse con él.

—Mañana mismo hablaré con ella para convencerla de que se quede estas semanas hasta fin de curso.

—Me alegro mucho. —Y sorprendiéndole le dio un beso en los labios. —¿Regresamos al trabajo?

Cuando salieron del restaurante, él estaba mucho más contento y relajado, ella se había quitado un peso de encima.

Barbra estaba sentada a la mesa, cenando con Erika, en la casa que hasta la fecha le pertenecía, mirando a su alrededor. Las estanterías, antes llenas de libros y objetos familiares se encontraban vacías, las paredes desnudas de cuadros se veían desvaídas y estaban rodeadas de un montón de cajas apiladas.

—Parece que tienes asumido dejar la casa lo antes posible.

—Desde que supe que mi padre no me había dejado nuestra casa ya no la siento como mía y quiero salir de aquí lo antes posible —dijo tan apenada que casi se le saltaban las lágrimas.

—Quizá, escondido en los armarios, encuentres algo interesante que te dé información sobre tu hermano.

—No lo sé... de momento todo lo que hay son trastos viejos que no sirven de mucho.

—Y supongo que te debe apenar encontrarte con muchos recuerdos de cuando eras niña.

—Sí, todo lo que me hacía feliz, años atrás, se ha desmoronado, ¡fíjate en mi familia!, no queda nada —contestó elevando el tono de voz—. Mi madre murió, no sabes cómo la echo de menos, y mi padre es como si estuviera muerto, ya no podré contar más con él. Y ahora... aparece un hermano de la nada, que ni conozco y lo primero que ocurre es que me quita la casa.

Barbra se quedó en silencio escuchando a su prima, ella dio gracias por poder contar con sus padres. En cambio, para Erika el panorama no era muy alentador y sintió lástima por ella.

—Tu hermano no te ha quitado la casa, seguramente ni sabe que la tiene.

—¿Quién será..., Barbra? —dijo soñadora— ¡qué difícil encontrarlo!

—Por eso es necesario que mires bien en todos los rincones de esta casa, en cajas o muebles

que eran de tu padre, donde pudiera guardar sus recuerdos.

—Es lo que estoy haciendo y nada. ¡Estoy muy enfadada con mi padre!, tantos años y mira que no explicarme que tenía un hermano —dijo levantándose de la mesa con tal ímpetu que la silla se tambaleó tras ella.

Barbra comenzaba a conocer mejor a su prima y se daba cuenta que tenía constantes cambios de humor, en cuestión de segundos pasaba de estar relajada y soñadora a furiosa. Su forma de ser la convertía en una persona imprevisible y necesitaba que alguien estuviera a su lado.

—Bueno tranquila, no le des más vueltas —dijo ella en un tono delicado— ahora me tienes a mí y en nada vendrás a Calais.

—Sí, ¡cómo me apetece salir de aquí e ir contigo!

—Anda, siéntate a mi lado y organicemos el viaje.

—¡Qué haría sin ti! —exclamó dándole un abrazo— ahora eres lo único que tengo.

—Yo también te aprecio mucho. Vamos a decidir cuándo nos vamos.

—No sé por dónde empezar....

—Tráete algo para anotar todo lo que tenemos que hacer y nos organizamos para el viaje.

Erika se volvió a levantar y rebuscó en cajones hasta que volvió a la mesa con algunos papeles viejos.

—Esto servirá.

Bajo la tenue luz de la lámpara del comedor pasaron las siguientes horas anotando ideas y preparando su viaje.

Capítulo 16 - Un amigo del pasado

Berlín 1950

A la mañana siguiente, Barbra se levantó muy temprano porque necesitaba visitar a un viejo amigo antes de ir a la universidad. No había pegado ojo durante toda la noche, pensando en su prima, no la veía capaz de saber administrar la fortuna que cobraría con su parte de la herencia. Su forma de ser tan cambiante la hacía parecer vulnerable y lo mal que lo estaba pasando, por todo lo ocurrido por su padre, la ponía de los nervios. Entonces se le ocurrió una idea.

Antes de que sonara el despertador ya se había levantado, duchado, perfumado y estaba delante de sus pocos vestidos decidiendo cual iba a ponerse. Se miró al espejo, le gustó su reflejo y decidió que había hecho una buena elección. Después de coger todo lo que necesitaba, se subió en su coche y salió todo lo rápido que éste le permitía, hasta llegar cerca del edificio que buscaba. Aparcó su coche justo enfrente de la puerta.

Cuando entró en el edificio de suelos alicatados y escaleras de mármol blanco con sus pasamanos de pomos dorados, supo que allí conseguiría lo que necesitaba. Hacía años que no se veían, pero daba por seguro que se acordaría de ella.

Preguntó por él en una de las ventanillas del Banco y esperó hasta que él saliera a su encuentro. A los pocos minutos un hombre de treinta y tantos años, vestido con traje y corbata, pelo engominado hacia atrás y zapatos de piel brillantes salió por una de las puertas que daban a la estancia principal del Bank Haus. Su mirada seria y distante se relajó al verla, sus ojos se iluminaron como si estuviera viendo una aparición.

La saludó con cariño mientras le decía: —¡Barbra! No me puedo creer que estés aquí, cuando me han dicho tu nombre pensaba que estaba soñando. ¡Fíjate! Estás preciosa.

La miró de arriba abajo con gran descaro, recorriendo su cuerpo que estaba enfundado en un vestido de línea ajustado y talle estrecho. A ella no le importó su descaro, al contrario, estaba encantada de posar para él.

—Gracias Hans, tú siempre tan amable.

—¡Cuánto tiempo sin saber de ti! Ven, vamos a un sitio más cómodo para hablar —la invitó a seguirlo a una de las salitas que había para visitas. —Pues tú dirás.

Durante unos momentos, se quedaron sentados mirándose, hasta que ella pasó a explicarle a qué había venido.

—No sabía si todavía te encontraría trabajando aquí, ha sido una grata sorpresa.

Hans trabajaba como abogado asesor de la junta directiva del Bank Haus, tenía un cargo importante y su trabajo se había considerado imprescindible para los directivos. Barbra le puso al corriente de la situación en que se encontraba su prima, a quien consideraba con poca capacidad para saberse administrar por su cuenta, y que pasaría de la noche a la mañana a disponer de una buena cantidad de dinero. Necesitaba la ayuda de un buen abogado para que le asesorara en relación a la casa que tenía que ceder a su hermano.

Hans la miró con interés siguiendo todo lo que ella le iba contando.

—Pues veo que a tu prima se le presenta un importante cambio en su vida. Claro que podéis

contar conmigo, para lo que quieras, te debo mi vida y tú lo sabes.

Ella sonrió ante su comentario recordando cómo lo ayudó cuando en tiempos de guerra él se había encontrado en un aprieto. Hans era un hombre muy atractivo y siempre era muy amable con ella, lo conocía de hacía años, tonteaban algunas veces y mantenían una verdadera amistad.

Después de llegar a un acuerdo, Hans la acompañó hasta el exterior del edificio.

—¡No puede ser! —exclamó ella— ¿y mi coche?

Él se quedó sorprendido, no sabía de qué le estaba hablando.

—He dejado mi coche aparcado aquí, justo enfrente y ahora ¡no está!

—Barbra, no se puede aparcar aquí, por seguridad está prohibido ¿no te has fijado que hay postes con señales que lo indican? Además, que no hay ni un solo coche.

—No... no me había fijado. He venido con la ilusión de verte y no he prestado atención a nada más. ¿Y ahora qué voy a hacer? —dijo mirando su reloj— es tardísimo, Dick se preguntará por qué no estoy allí.

—¿Quién es Dick?

—Es un profesor de universidad, bueno un poco más que eso —confesó sonrojándose.

—Ya veo, no hace falta que me expliques nada. Yo te acompaño en el mío, no te preocupes, y después te indico dónde podrás recoger el tuyo.

—Gracias Hans eres un buen amigo —le contestó dándole un beso en la mejilla y colgándose de su brazo.

Los zapatos que se había calzado no le permitían mucha rapidez. Por suerte, un par de calles después llegaron a una pequeña explanada, donde Hans tenía aparcado su coche.

El trayecto hasta la universidad se le pasó volando y se sorprendió cuando pudo vislumbrar varias siluetas en las escaleras de entrada al edificio y una de ellas era Dick.

Barbra esperaba que Dick estuviese dentro, trabajando en su despacho, enfrentándose solo a preparar sus clases y no entendía que la esperase en la puerta de entrada.

—No es necesario que aparques justo enfrente —pidió ella que lo último que quería era que Dick la viera y tener que dar explicaciones.

Sin embargo, Hans quiso ser caballeroso y dejarla a pie de la escalera, a dos pasos de Dick. Le dio un beso en la mejilla y poco le faltó para que saliera del coche a abrirle la puerta para escoltarla.

La cara de Dick estaba desencajada, la miraba fijamente y apenas encontraba el aliento para hablar con ella cuando estuvo a su lado. Entró en la universidad, detrás de él, sin cruzar palabra.

Barbra estaba sentada al borde la mesa, mientras veía a Dick pasear de un lado a otro del despacho como un león enjaulado. Después de verla salir del coche se había enfurecido y sin siquiera saludarla, se giró y subió por las escaleras dando grandes zancadas hasta llegar al despacho. Ella, después de despedirse de Hans, dudó qué hacer, no le apetecía nada subir a hablar con Dick, que a buen seguro estaría muy nervioso. Sin embargo, decidió que no podía quedarse allí todo el día, ella era una mujer fuerte, no se amedrentaba por nada y no se iría sin una explicación, la actitud de él era intolerable.

—Dick, ¡escúchame!, para un momento que me estás mareando.

Él la miró con ojos crispados, sin contestar, aunque se acercó a ella. Barbra apretó los puños en un intento de mantener la calma. Odiaba sentirse controlada.

—Yo siento aprecio por ti, me gustas de verdad ¿sabes?, pero esto es difícil de digerir si no confías en mí, no me dejas espacio. Te estás volviendo loco de celos por tonterías.

Dick estaba aturdido, sin pronunciar palabra, escuchando lo que ella le tenía que decir.

—No tengo porque darte explicaciones, pero Hans es abogado, he ido a hablar con él para que

ayude a Erika y me ha traído hasta aquí porque se han llevado mi coche, lo dejé mal aparcado con las prisas, ¿me entiendes?

El reconoció que había metido la pata, otra vez, sacando conclusiones equivocadas sobre la actitud de ella.

—Discúlpame no fue mi intención hacer que te sintieras controlada por mí, pero no puedo evitar sentirme tan celoso.

—Pues te lo digo desde ¡ya! no vamos a poder avanzar en nuestra relación si te sigues comportando de esta manera.

—Es que yo quiero estar contigo, si no te veo te echo de menos y mi imaginación me traiciona.

—A mí no me gustan las parejas posesivas.

—¿Cómo puedes pensar que soy posesivo? No te impido nada. Tú sigues llevando tu vida sin contar conmigo

Barbra elevó el tono de voz al ver que él no entendía nada.

—No quiero pasarme la vida escuchando constantes reproches y manteniendo peleas. No puedes depender de mí para sentirte feliz —sentenció ella.

—Está bien, entendido —contestó levantando las manos en son de paz— me he puesto nervioso al no verte esta mañana, me dijiste que vendrías y no estabas.

—Pero he venido.

—Sí, estaba deseando verte para decirte que hoy, cuando termine las clases iré a ver a mi mujer para formalizar nuestra ruptura y no dejaré que me diga que no.

—Bueno... lo que tú desees.

Él no daba crédito a lo que estaba oyendo y volvió a enfadarse.

—No me dirás en serio que no te alegras.

—Yo no he dicho eso, ...me parece perfecto, ...me alegro mucho, si eso es lo que deseas oír.

—No te veo muy sincera.

—Dick, hoy estás imposible, no me gusta discutir, dejemos esta conversación aquí. Tú debes tener clases y yo tengo un montón de documentos que necesitas que traduzca.

Él se acercó peligrosamente hasta ella.

—Venga, vete ya, señor profesor —le dijo Barbra dándole un empujón, que le pilló desprevenido y le hizo tambalearse.

Sin réplica, él salió del despacho dejándola trabajar. Ella se sintió contenta porque le había parado los pies y había logrado que él recapacitara, o eso creía. Comenzaba a estar harta de la situación y de sus bruscos cambios de comportamiento, sus reacciones eran tan complejas, que a ella le costaba entenderlo.

Cuando hubo terminado su trabajo, Barbra decidió salir del despacho, estaba cansada de estar encerrada entre cuatro paredes. Además, prefirió recoger sus cosas porque estaba acabando de organizar el viaje con Erika y en ese momento, no sabía si dispondría de demasiado tiempo para pasar por su casa y organizarlo. Justo al salir se encontró con Emi que volvía de sus clases, parecía contenta.

—¡Qué tal Emi! ¿ya has terminado por hoy?

—Sí, ... cuando he llegado esta mañana el profesor Dick ha hablado conmigo... gracias a ti está más amable.

Barbra pensó que Emi tuvo suerte de hablar con él a primera hora, antes del arrebato de celos que le hizo perder los nervios.

—Me alegro mucho por ti y también porque te quedas a ayudarlo hasta el fin de las clases, ahora tiene mucho trabajo y yo en unos días tengo que irme de viaje.

—¿Te vas? —le preguntó apenada.

—Sí, tengo que volver a mi casa en Calais.

—¡Oh, vaya!, te echaré de menos.

—Yo también —le contestó de forma sincera y la abrazó, añadiendo— si no nos vemos estos días por aquí, te deseo que te vayan bien los exámenes.

—Sí, bueno... creo que sí que podré aprobarlos.

—Seguro, eres una chica lista. Bueno, me voy, adiós Emi.

—Espero que vuelvas algún día por aquí.

—Cuenta con ello —contesto. Se colgó el bolso de un hombro y cerró la puerta tras ella.

Estaban a pocas semanas del final de las clases y la actividad en los pasillos y en las aulas era frenética, por primera vez desde que comenzó a trabajar allí, sintió que la universidad tenía vida propia, se escuchaban grupos de gente hablando y pisadas de estudiantes que iban de un lado a otro. Cuando ya estaba a punto de bajar por la escalera, escuchó pasos corriendo hacia ella.

—¡Espera Barbra!

Lo miró con recelo y el cuerpo en tensión ante cualquier posible mala reacción, pero la tormenta había pasado y suspiró aliviada al verlo sereno y calmado.

—Sí, Dick.

—Esta noche pasaré por tu casa.

—¿Hoy?

—Sí, esta noche ¿Qué ocurre?

—Que he quedado con Erika.

Su rostro mostró tal decepción, que Barbra se compadeció.

—¿Por qué no vienes a cenar con nosotras? Nos encontraremos en su casa.

—¿A Erika no le importará?

—Claro, seguro que está contenta de verte —dijo intentando aparentar convicción y cruzando los dedos para que su prima no se enfadara con ella.

—Es que esta tarde he quedado con mi mujer y quiero hablar contigo después, por eso preferiría estar a solas contigo.

—De acuerdo, pues regresaré a casa antes de la diez.

De forma instintiva Dick se acercó para darle un beso, pero Barbra le rechazó diciendo: —Creo que te están esperando.

Y con un gesto le indicó que se girara, ya que detrás de él se había organizado una hilera de alumnos aguardando pacientes a preguntarle dudas y se lo estaban pasando en grande viendo la escena completa.

Lo dejó lidiando con los alumnos y se escabulló hasta la salida, donde, con asombro, vio que Hans la estaba esperando con su coche.

—Hola, ¿qué haces aquí?

—Al salir del banco he pensado que sería buena idea pasarte a recoger para llevarte al depósito de coches y ¡he tenido suerte al verte! —exclamó con alegría.

—¡No sabes cómo te lo agradezco! para mí suponía un problema ir ahora en busca del coche.

—Sube, te acompaño.

Subieron los dos ágilmente al coche y Hans aprovechó para preguntarle una vaguedad que iba rondando su mente.

—¿Hace mucho que vives en Berlín? Creí que habías vuelto a Calais cuando la guerra.

—Así fue, pero regresé hace unos meses y por suerte encontré un trabajo en la universidad, aunque estoy preparando un viaje a Calais con mi prima Erika, para que conozca a mi familia. Es

una historia un poco complicada.

—¿Cuándo crees que puedo hablar con Erika?

—Cuando quieras.

—Por mí lo antes posible, porque si está en un apuro estará preocupada y yo tengo las tardes libres.

Barbra se quedó en silencio pensando en las posibilidades de un encuentro entre Hans y Erika; no se lo pensó dos veces y soltó de improviso: —¿Deseas venir a cenar con nosotras o te están esperando en casa? ... perdona que sea tan directa.

—Si te refieres a si vivo solo, no hay problema —contestó divertido— no me he casado, parece que todavía no he encontrado a la chica que estoy buscando, ¿y tú?

—Tampoco.

—Somos dos auténticos solteros de oro.

Ambos se rieron ante tal comentario.

—Volviendo a la propuesta —dijo Barbra intentando ponerse seria de nuevo— podrías venir hoy a cenar conmigo a casa de Erika, así te la presento.

—¿Pero, ella sabe de mi existencia?

—La verdad es que no. Ayer estuve con ella y no le avancé nada, porque ha sido esta pasada noche que he estado pensando en ti.

—Vaya, ¡qué romántico! Me halagas.

—No seas tonto. Ya sabes que entre tú y yo no hay nada.

—Lo sé, solo una amistad. ¡Mira! Hemos llegado.

Entraron con el coche en un túnel subterráneo oscuro y estrecho que fue a parar a una especie de garaje sucio y mal iluminado. Un oficial barrigón, con cara de hastío, les paró el paso. Después de las aclaraciones dejó pasar solo a Barbra, por lo que tuvieron que despedirse.

—Te veo esta noche, entonces.

Le anotó la dirección y quedaron en encontrarse en la puerta de la casa al final de la tarde. Una vez Barbra hubo bajado y se dirigía a su coche, Hans no tuvo más remedio que salir marcha atrás, puesto que no había suficiente espacio para girar en ese angosto túnel. La operación de salida fue complicada, pero se sintió contento de poder haber visto a Barbra otra vez y de quedar con ella esa misma noche.

Capítulo 17 - Un invitado inesperado

Berlín 1950

Dejó la casa recogida lo mejor que pudo, ya que se acordó que, a su regreso, había quedado con Dick. Se sentía cansada, había sido un día intenso y era consciente de todo lo que le faltaba por hacer, se hubiera quedado de buena gana recostada en su sofá. Estaba segura de que, si en ese momento se echaba en la cama, se quedaría dormida. Sin embargo, estaba ilusionada de reencontrarse con Hans y de que conociera a Erika. Después se reprendió por pensar como una casamentera, pero reconocía que harían muy buena pareja.

Subió a su coche y condujo por las calles que le llevaban a la casa de Erika, ya tenía el camino bien aprendido puesto que había ido a menudo, le gustaba su compañía. Cuando llegó a Rüdes StraBe se fijó en dejar su coche bien aparcado y no vio a Hans en la puerta, tal y como habían quedado.

Dudó durante algunos minutos de que él no se apareciese, pero no le defraudó porque llegó con una sonrisa y una botella de vino en la mano. Se sorprendió al verlo vestido sin su traje de trabajo, sino de forma más cómoda para la ocasión.

Al llegar a su lado la saludó con un cariñoso abrazo y llamaron a la puerta para que Erika les abriera. Barbra tuvo miedo de que su prima se molestara por no haberla avisado y cuando al abrir vio su cara de espanto, sus cabellos revueltos y un temblor de los labios, supo que no había hecho lo correcto.

—Barbra no vienes sola y mira yo como voy vestida —dijo con un puchero apenado. El hecho de la familiaridad que le suponía el cenar con Barbra la había hecho salir a recibirlos vestida con un raído pijama.

Cuando Hans se presentó fue toda amabilidad y comprensión, sin embargo, Erika se quiso quedar oculta en su caparazón y prefirió no hacerle mucho caso.

Barbra la vio tan apurada que le propuso que, los dos sentados en el comedor, la esperarían a que ella fuera a cambiarse para que se sintiera más cómoda. Así lo decidieron y al cabo de bastantes minutos ella volvió a aparecer mucho más radiante. Se visitó con un conjunto de blusa y falda de hilo azul marino que contrastaba con su rubia melena. Estaba preciosa y se lo debió parecer a él, que no podía apartar su mirada de ella e iba siguiendo cada uno de sus movimientos.

Erika no había preparado la cena para el nuevo invitado, así que tuvieron que improvisar y repartirse la comida que había, acompañada del buen vino que había traído Hans.

Al principio, costó que Erika se sincerase con Hans y le explicase los problemas que le habían surgido al formar parte de la herencia y también el hecho de tener que dejar la casa. Sin embargo, él fue muy paciente y atento, dando su punto de vista a todo lo que ella le iba preguntando.

Barbra se quedó un poco fuera de la conversación.

Durante la cena, se fue creando un clima cada vez más distendido y Barbra estuvo observando las miradas de complicidad que surgían entre los dos.

—Han debido ser unos días muy ajetreados para ti —le dijo Hans comprensivo— saber que tienes una prima y una familia que vive en Francia, encontrar a tu padre, conocer que tienes un

hermano y además que tendrás que abandonar tu casa. Sin mencionar, que vas a ingresar una buena suma de dinero.

—No me había parado a pensar todo lo que había surgido en mi vida desde que Barbra llamó a mi puerta, no hace más de un mes.

—¡Cuántos cambios y emociones! —exclamó él.

—También el haberte conocido a ti —reconoció ella vergonzosa bajando la mirada.

—Gracias. Yo también me alegro de haberte conocido.

Barbra se dio cuenta de que estaba de más y se le llenaron los ojos de lágrimas, porque se imaginó que los dos podían hacer una buena pareja y de que Erika dejaría de estar tan sola. Miró la hora y al ver que eran casi las diez se acordó de que había quedado con Dick. Se le había pasado el tiempo muy rápido, le había gustado la cena y la compañía, pero en ese momento debía irse, y así se lo dijo a ellos.

—¿Ya tienes que irte? Es muy pronto, además no hemos tenido tiempo de hablar del viaje —le recriminó Erika.

—Es que he quedado.

—¿Ahora?... ¿a estas horas?

Ella se encogió de hombros, no quiso dar más explicaciones y prefería dejarlos solos que seguir allí donde sentía que estaba de más.

Se despidió de los dos con una sonrisa, prometiendo a Erika que se volvería a pasar al día siguiente para organizar el viaje y al salir vio con alegría que su coche estaba aparcado en el mismo sitio donde lo había dejado.

Condujo hasta su casa sintiéndose feliz, las calles estaban desiertas y le gustaba que Erika y Hans se hubieran quedado solos. Empezó a fantasear que, si comenzaban una relación, Hans formaría parte de su familia y le gustaba la idea, lo apreciaba de veras. Sin embargo, su alegría se esfumó cuando vio que pasaban de las diez y acercándose a su casa, a lo lejos, ya atisbó la silueta de Dick esperando en la puerta. Sabía que él se consideraba una persona muy puntual y odiaba que los demás le hiciesen esperar. Cuando se fue aproximando ya percibió enfado en su rostro y deseó dar media vuelta con el coche y regresar a casa de su prima.

En cambio, al acercarse ella con el coche y saludarlo con la mano y una sincera sonrisa, su rostro anguloso se iluminó un instante.

—Siento haberme retrasado —dijo bajando la ventanilla del coche.

—Espero que haya valido la pena mi espera —le contestó en el tono hosco y gruñón que le caracterizaba.

Barbra no lo entendió, pero no le dijo nada, a veces le daba respuestas ambiguas a las que no sabía qué responder.

«¿Qué habrá querido decir, que espera pasárselo bien conmigo ahora o que haya valido la pena mi cena o donde yo haya estado?»

Entró en el garaje y aparcó el coche mientras reflexionaba en lo extraño que era el amor. «¿Cómo es posible que me sienta atraída por Dick con su mal humor y carácter cambiante, en cambio no siento nada por Hans, que es un amor de persona?» No quiso darle más vueltas y se dirigió a la entrada para encontrarse con él. Se saludaron con un fugaz beso en los labios que les supo a poco.

Una vez en el interior, le mostró la pequeña casa, ya que era la primera vez que él estaba allí y le ofreció que se pusiera cómodo. Ella se quitó los incómodos zapatos que llevaba y siguió cambiándose el vestido por ropa cómoda de estar por casa. Dick la miraba de reojo sin atreverse a contemplarla directamente y se mantuvo en silencio hasta que ella estuvo a su lado.

Como los muebles eran escasos, las sillas incómodas y Barbra no quería que se sentaran en la cama, optaron por sentarse los dos encima de la mullida alfombra. En ese momento, al estar cerca de ella y poderla coger de las manos, él se relajó. Había estado más de media hora esperándola de pie fuera de la casa y se le pasaron por la cabeza mil imágenes de ella con el tipo con el que la había visto esa misma mañana. Los imaginó juntos y se puso muy nervioso. Él reconocía que ella merecía un voto de confianza, pero cuando era atacado por los celos, recelaba de ella sin poder evitarlo.

Lo vio pensativo, se mantuvo en silencio y paciente a que él se explicara. Dick inspiró con fuerza y dijo: —Esta tarde, he ido a ver a mi mujer y le he pedido una separación, por suerte mi hija no estaba, hubiera sido muy duro que nos escuchara discutir.

—Entonces ¿habéis discutido?

—Sí, ... ella no quiere.

—Lleváis años separados, ¿ella no ha rehecho su vida?

Él negó con la cabeza.

—Tampoco sé qué hace o con quien está, pero hoy no me lo ha puesto fácil. Cuando miro atrás no recuerdo momentos felices compartidos con ella. El nacimiento de mi hija sí que fue muy deseado, pero después cada uno fue por su lado y esto ya no tiene arreglo.

—¿Hay alguna posibilidad de que reconsidere su decisión? —preguntó ella esperanzada.

—Le he dejado claro que no quiero saber nada más de ella.

A Barbra esa decisión le pareció demasiado tajante, más teniendo una hija en común. Seguramente habría sido como un jarro de agua fría para su mujer, consideraba que Dick hubiera tenido que ser más sutil y amable con ella, aunque no quería inmiscuirse entre los dos.

—No hay prisa, Dick. Lo importante, es que hayas dado este paso por mí, porque quieres estar conmigo.

—Con eso que dices, ¿puedo entender que podemos comenzar una relación en firme?

—Ya sabes que yo no quiero una aventura por mucho que me gustes.

—Ah... reconoces que te gusto —dijo él con una sonrisa en los labios, abalanzándose sobre ella para darle un abrazo.

Quedaron los dos estirados sobre la mullida alfombra, uno sobre el otro, con las piernas entrelazadas y los corazones latiendo rápidamente.

—¿Puedo quedarme esta noche?

—No sé... no tengo habitación de invitados.

—Lo tomaré como un sí.

Capítulo 18 - Malestar y confusión

Berlín 1950

Se despertó sola en la cama y en ese momento se dio cuenta de que Dick ya no estaba. El reloj de la pared marcaba más de las nueve.

«¿Cómo habré dormido tanto tiempo?»

En el fondo prefería que él ya se hubiera marchado a la universidad y no tener que hablar con él de la noche que habían pasado. Reconocía que estaba confusa, quería mantener las distancias con Dick, hasta que no tuviera una respuesta en firme de su mujer, sin embargo, creyó que podría mantener una barrera entre ellos dos y no lo estaba consiguiendo. En cuanto se acercaba a ella, daba al traste con su estrategia.

Pero esa mañana no se encontraba bien, tenía una fuerte jaqueca y al incorporarse de la cama le sobrevino un mareo que la hizo levantarse muy lentamente. Su intención era dar un paseo hasta la casa de Erika porque confiaba en que el aire fresco la ayudaría a despejarse, pero, al poner atención escuchó, con fastidio, que estaba lloviendo y deseó no tener que salir. Le daba mucha pereza arreglarse, salir de casa y aún más coger el coche.

«Si no voy, Erika se va a preocupar», pensó.

Por ella salió de casa, aunque su desgana aumentó cuando vio la cortina de agua que estaba cayendo y que la obligó a conducir más despacio.

Con gran esfuerzo llegó a Rüdés StraBe y aparcó en el mismo sitio que la noche anterior, le parecía que no había pasado tanto tiempo desde que salió de allí.

Salió del coche abriendo el paraguas, haciendo malabarismos por no mojarse y con grandes zancadas, se paró frente a la puerta. Cuando se dispuso a llamar para que su prima la abriera, se dio cuenta de que la puerta estaba entornada y el agua se estaba colando por la entrada. La empujó, entró sin vacilar y vio que no había ninguna luz encendida en el interior.

—¿Erika? ¿Estás aquí?

En un primer momento pensó que su prima se había despistado y que salió a la calle dejándose la puerta abierta, sin embargo, la noche anterior se despidieron para encontrarse de nuevo por la mañana.

«No puede haberse olvidado», pensó.

Con lentitud, caminó por el estrecho pasillo y entre el silencio escuchó un leve ronquido que procedía de su habitación.

Abrió la puerta sin poder entender cómo seguía durmiendo a esas horas de la mañana, con lo que a ella le había costado llegar hasta allí. Estaba oscuro, pero con la poca claridad que se colaba por la ventana, vislumbró que la figura masculina que estaba durmiendo plácidamente en la cama no era la de su prima.

Al mismo tiempo se oyó el portazo de la puerta de entrada, seguido de unos pasos apresurados que iban hacia la habitación. Erika llegó con tal ímpetu hasta la habitación, que casi se dio de bruces contra su prima.

—¿Erika no te habrás acostado con él? —le preguntó enfadada, en un susurro y señalando lo

evidente.

—No me digas lo que tengo o no tengo que hacer —le contestó con enfado— ¡ven! salgamos de aquí que lo vas a despertar.

Cerraron la puerta de la habitación y cuando entraron en el comedor, Barbra siguió recriminándole, entre susurros, su conducta.

—Si lo conociste anoche ¿qué pasó cuando os dejé solos?

—Puedes suponértelo, no te voy a dar detalles.

—Pero... Hans es mi amigo.

—No estarás celosa, ¿no?

—No digas tonterías.

Tenía la cabeza a punto de estallar, la jaqueca no había remitido, sino que estaba peor. Se sentó en una silla y descansó la cabeza sobre las manos.

—¿Te encuentras bien?

—Solo es una jaqueca nada más, pero lo último que me apetece es discutir.

—Échate si quieres en la otra habitación y mientras le pediré a Hans que se vaya.

—No, da igual... es mejor que me vaya yo. Me apetece estar en casa y meterme en mi cama.

Sin esperar a escuchar nada más, se levantó con intención de marcharse. Erika la paró un momento y la abrazó con cariño.

—Lo siento. Más tarde, pasaré por tu casa.

—De acuerdo —contestó con desgana.

—Cuídate.

Salió de la casa dando un portazo deseando que Hans se hubiera despertado con el mismo. Subió al coche, lo puso en marcha y comenzó a alejarse lo más rápido que pudo. No sabía por qué estaba tan furiosa, aunque intentó tranquilizarse porque la lluvia seguía cayendo con fuerza y debía ir con cuidado conduciendo.

Una vez llegó a casa, se desvistió, se puso un pijama y se abrigó metiéndose en cama tapada hasta la cabeza con una gruesa colcha. Aun así, estaba tiritando. Sabía que esa mañana no debería haber salido de casa y en ese momento agradecía poder cerrar los ojos y descansar.

No sabía cuánto tiempo pasó hasta que escuchó que se abría la puerta de entrada. Por suerte le había dado una copia de la llave a Erika porque no se veía capaz de levantarse a abrir.

Entró de puntillas intentado no hacer demasiado ruido para no molestarla, sin embargo, tropezó con la alfombra y cayó de bruces al suelo junto con las bolsas que llevaba en la mano generando un sonoro estrépito. Barbra se incorporó en la cama al oír el ruido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó al tiempo que vio incorporarse a Erika —¿Estás bien?

—Sí, lo siento si te he despertado... hoy estoy bastante dormida.

—¿No será por lo poco que has dormido al estar acompañada? —le preguntó con los ojos entornados.

—No seas mala.

Erika tenía dibujada en los labios una sonrisa radiante.

—Ya veo lo contenta que estás y, en cambio, fíjate que desastre, teníamos que salir mañana de viaje y ahora no me veo capaz ni de ir hasta la puerta.

—No pasa nada, si no vamos mañana iremos la semana que viene, podemos cambiar los billetes y avisar a tu padre.

—Sí, pero me hacía ilusión verlos.

Erika se acercó a la cama y la instó a estirarse, taparse y descansar. Barbra era una mujer fuerte, estaba acostumbrada a vivir sola y no le apeteecía demasiado que estuvieran tanto por ella.

—Después vendrá Hans a verte....

En ese momento Barbra resopló dando a entender que no le apetecía nada tener compañía, aunque prefirió no hacer ningún otro comentario.

—Es muy bueno conmigo, me ayudará a gestionar el dinero de la herencia y también el traspaso de la casa.

—Me alegro, es de fiar, lo conozco desde hace años, pero me sorprende que en tan pocas horas os hayáis conocido tanto.

—Sí, ha sido todo muy rápido, me parece increíble que lo conociera anoche...

Erika siguió parlotando lo que le parecieron horas sobre las virtudes de Hans, pero Barbra cerró los ojos y se durmió plácidamente escuchando el murmullo de su voz.

No sabía las horas que habían pasado cuando abrió levemente los ojos y se dio cuenta de que ya no entraba luz desde la ventana, por lo que debía estar anocheciendo. Escuchó voces hablando y antes de moverse prestó atención, reconoció seguro a la de su prima junto a la de un hombre ... ¿o eran dos?

Se giró y las voces cesaron.

Tres rostros familiares estaban, en silencio, mirando hacia ella.

—¿Qué hacéis todos en mi casa?, ¿no tenéis nada mejor que hacer?

—Creo que ya está mejor —dijo a todos Dick, sonriendo.

—¿Qué hora es? —preguntó Barbra aturdida.

—Es casi medianoche, has dormido un montón de horas —le contestó Erika— he estado aquí cuidándote, después ha llegado Hans y, por último, Dick.

En ese momento, se dio cuenta de que Dick y Hans estaban uno al lado del otro como dos viejos amigos.

«Como Dick ha visto que entre Hans y Erika hay una posible relación de pareja, ya no se siente celoso», pensó Barbra con alivio.

—De verdad, os agradezco que estéis aquí hasta tan tarde, pero, ¡es cierto! estoy mejor, tantas horas durmiendo me han dejado como nueva, ya os podéis ir.

—Pues ya habéis oído, chicos —dijo Dick dirigiéndose a Hans y a Erika— podéis iros a casa o donde os plazca.

Barbra miró a Dick incrédula.

—Tú también.

—No, yo voy a quedarme, no pienso dejarte sola.

Sintiendo que tenía la batalla perdida, ella claudicó, no tenía ganas de pelea y menos delante de su prima y de Hans. Se despidieron de ellos dos, recogieron sus cosas y los dejaron solos.

Tras levantarse de la cama, entró en la ducha y dejó correr el agua caliente sobre su espalda hasta que se sintió recuperada. Dick tenía un nudo en el estómago al imaginar su silueta empañada de vapor por la ducha y envuelta con una toalla.

Para su sorpresa, Barbra salió enfundada en su grueso y cómodo pijama.

Se sentaron a cenar lo poco que tenían disponible en la nevera, mientras que hablaban del viaje. Barbra se quedó de piedra al escuchar las palabras de Dick.

—Barbra, no quiero que vayas a Calais y todavía no puedo ir contigo, espera a que termine las clases y podamos ir juntos —dijo en tono serio.

—Dick, no me puedo creer que me digas que no vaya sin ti. Te recuerdo que he sido piloto del ejército durante la guerra y que estoy más que acostumbrada a valerme por mi misma.

—Dos mujeres solas. Iríais más seguras conmigo.

—Te agradezco que te preocupes por mí, pero necesito mi espacio. Si vamos a mantener una

relación, más o menos sería, no me quiero sentir controlada, ni que me digas lo que tengo o no tengo que hacer.

Él siempre quería tener la razón, era una persona bastante autoritaria, por lo que al ver que Barbra tenía las ideas bien claras y que no iba a cambiar de opinión, se encontró perdido. Se quedó pensando en lo que había ocurrido. Ni su mujer, ni otras novias que había tenido en el pasado, le habían hablado de forma tan tajante.

—¡Come! —le instó ella— se te va a enfriar.

Y él siguió cenando sin rechistar.

A la mañana siguiente, él se incorporó de la cama, quedándose sentado e intentando no hacer ruido. Sin embargo, como ella había dormido tantas horas la noche anterior, estaba despierta y lo iba observando.

Dick estaba inmerso en sus pensamientos.

Había conseguido que ella le dejara parte de la cama, sin arrimarse demasiado. No se veía durmiendo en el suelo.

—¿De qué te ríes? —le preguntó ella, con una sonrisa en los labios.

Dick se la quedó mirando sorprendido de que estuviera despierta y acercó una mano para acariciarle la mejilla.

—Pensé que estabas durmiendo y me he acordado de lo que me costó ayer que me cedieras un trocito de espacio en tu cama. Buenos días... ¿estás mejor?

—Sí, mucho mejor —dijo tirando de él para que volviera a tumbarse a su lado— ¿Tienes que irte ya?

—Por una buena razón puedo llegar más tarde.

—Pues quédate, ya sabes que esta tarde Erika y yo nos vamos.

—No vas a aplazar el viaje, ¿verdad?

—Ni hablar —dijo tajante, lo besó para que se quedara y él se dejó convencer sin rechistar.

Barbra estaba hecha un manojo de nervios. Llevaban media hora haciendo cola en el mostrador de embarque, ésta iba avanzando paso a paso y Erika se estaba retrasando.

—¿Por qué tarda tanto? No lo entiendo, ella sabía que habíamos quedado aquí.

—Ya llegará, tranquila, no puedes hacer más —dijo Dick en tono calmado intentando que se relajara, aunque él también se sentía inquieto.

—¡Es que no sé cómo se me ocurrió pedirle a Erika que trajera ella los billetes con lo despistada que es!

Él prefirió no decir nada y siguieron avanzando lentamente en la cola. Cuando se iban a retirar y darlo por perdido escucharon una voz conocida y unos pasos rápidos en el suelo enlosado. Al girarse pudieron ver a una acalorada Erika que traía los billetes en la mano, acompañada por un sonriente Hans que iba carreteando la maleta de ella. Dejaron los saludos y las discusiones de lado, en ese momento solo les interesaba pasar a tiempo por el mostrador y salir hacia las puertas de embarque.

—Bueno... parece que ya está, con las maletas facturadas vamos a ir más ligeras —apuntó Erika que no perdía la sonrisa ni un momento.

—Creo que la maleta la has llevado poco. —Fue el comentario que a Hans le valió un amistoso codazo.

El ajetreado ambiente que reinaba en el aeropuerto entre las personas que llegaban, las que estaban esperando y las que se iban de viaje, generaba un nerviosismo, una sensación de prisa, de querer pasar lo antes posible por todos los controles, por miedo de perder el avión.

Dick acompañó a Barbra hasta dónde le dejaron llegar y en el momento de despedirse, la cogió de la mano y la apartó un poco del resto del grupo.

—Ahora que comenzamos a estar bien como pareja es cuando tenemos que separarnos —dijo molesto.

—Dick, no dramatices, serán dos o tres semanas separados, hasta que termines tus clases en la universidad.

—No entiendo el porqué de tus prisas ¿no será que tienes a alguien esperándote en Calais?

Barbra soltó una carcajada.

—¿A mis padres?

—Ya me entiendes, no hablo de ellos precisamente.

—Dick, no tienes por qué estar celoso. Esta mañana estabas amable y cariñoso conmigo, ahora no entiendo porque tienes que dudar de mí.

—Eres preciosa Barbra y puedes tener al hombre que tú quieras.

—No me presiones Dick. Confía en mí y en ti también. Creo que nos irá bien estar estas semanas separados hasta final de mes.

Él se quedó un poco apenado por su respuesta, parecía que a ella no le importaba estar tantos días sin verle y él no sabía si podría soportarlo. Prefirió no añadir nada más. La abrazó y le dio un beso en los labios. Barbra le sonrió y se apartó de él para unirse al grupo porque Erika ya la estaba esperando. Las dos agitaron sus manos en señal de adiós, las azafatas las hicieron pasar y pronto quedaron fuera del alcance de su vista.

Capítulo 19 - La familia lo es todo

Calais 1950

Con una sonrisa de oreja a oreja vieron que el tren se estaba acercando a la estación de Calais. El viaje había sido largo porque tuvieron que combinar el avión y el tren para llegar a su destino, pero lo habían conseguido.

—¡Ay Erika! Qué feliz soy de volver a casa y de que estés aquí conmigo.

Su prima estaba tan emocionada que se le humedecieron los ojos al escuchar sus palabras y apoyó, un instante, la cabeza sobre su hombro en señal de cariño.

—Me acuerdo de cuando llegué aquí con Alan, durante la guerra, ya te he hablado de él muchas veces, sin duda debes de estar harta de escucharme.

A lo que su prima negó con la cabeza.

—Me gusta escuchar tus historias de lo que viviste durante la guerra —contestó.

—Veníamos los dos de Amberes y llegamos a Calais en barco. Era casi el atardecer y suerte que él estaba conmigo. No te imaginas qué impresión me dio encontrar mi preciosa ciudad medio derruida. Sin embargo, en el momento de amarrar la embarcación, bajar de ella y volver a pisar esta tierra, me sobrecogió la misma emoción que siento ahora.

El ambiente caluroso de los primeros meses de verano, cargado de humedad por las lluvias recientes, resultó para Erika un contraste con la temperatura más fría que estaba acostumbrada en Berlín, pero se sintió contenta de seguir a su prima cuando bajaron al andén cargadas con sus maletas.

Desde la estación tuvieron que coger un autobús que las acercara a la Tour du Guet y pocos minutos después de caminar un corto trecho llegaron frente a una casita de color blanco, de una sola planta.

—Aquí es —le dijo Barbra a su prima—. Cuando llegué aquí con Alan, la casa de mis padres estaba que se caía a pedazos, pero ¡fíjate qué bien ha quedado!

—Parece muy acogedora.

En ese momento, como si su madre hubiera estado esperando su llegada, la puerta de entrada se abrió y una mujer de piel oscura, ojos negros y pelo rizado, como el de Barbra salió a su encuentro con los brazos abiertos.

Después de besar y abrazar a su hija, se acercó a Erika a quien achuchó con el mismo cariño.

—Hija, bienvenida a casa, puedes llamarme Leeza o tía, como tú prefieras —le dijo con una mezcla de alemán y francés, mostrando una sonrisa en sus labios.

Ella siguió a madre e hija al interior de la casa y le llegó el aroma de comida recién cocinada abriéndole el apetito.

No había podido comer en toda la mañana y estaba hambrienta.

Cuando llegó a la estancia que hacía tanto la función de comedor como de salita de estar, se quedó prudente en el umbral sin atreverse a entrar.

—Pasa niña, pasa. Knut, ven a conocer a tu sobrina —dijo alzando la voz y en unos segundos apareció el padre de Barbra, alto y delgado, con unos ojos claros que se parecían mucho a los de

ella.

Era la primera vez que se veían y Erika estaba feliz de sentirse rodeada de su nueva familia. Sin embargo, el grado de sorpresa que se reflejaba en su rostro fue en aumento al ver aparecer detrás de él a un hombre que parecía su auténtico calco. Era una reproducción fiel a su imagen, pero en masculino, sin tener en consideración que tenía una prominente barriga y unos cuantos años más que ella. Los dos hermanos se quedaron frente a frente, en silencio, mirándose de hito en hito.

—Te presento a tu hermano Johann —dijo Knut dando un paso hacia atrás para dejarles espacio.

Ella abrió la boca, pero volvió a cerrarla sin decir nada, de lo sorprendida que estaba, no le salían ni las palabras. Él, que estaba igual de asombrado que ella, se acercó y la abrazó con tal fuerza que la hizo reír.

—Nadie podrá negar que somos hermanos —le dijo riendo, sin soltarla y mirándola a unos ojos azules idénticos a los suyos.

Barbra que miraba la escena un poco más alejada ya sabía de antemano que les aguardaba esta sorpresa, pero había guardado bien el secreto desde que su padre se lo había contado. Cuando Erika la miró a ella preguntándole: —¿Qué es todo esto? ¿tú lo sabías?

Su prima no pudo aguantar más la sonrisa, solo por ver su cara de asombro, había valido la pena guardar el secreto, parecía increíble que hubieran dado con él.

—Lo sabía, pero era una sorpresa.

—¡Y que lo digas!

—Niñas, vamos a comer, os estábamos esperando —dijo la madre.

Erika saboreó el guiso que su tía les había servido mientras miraba incrédula a las personas que la rodeaban sentados a la mesa. Todavía no se lo creía, en pocos meses había pasado de encontrarse sola en la vida, a tener su propia familia, con una prima y unos tíos, había encontrado a su padre que, aunque no quisiera saber nada de ella, al menos había podido comprobar que estaba vivo... ¡y un hermano! Johann la miraba sonriente, igual de asombrado que ella por lo mucho que se parecían. Los dos eran calcados a su padre, él bastante mayor que ella.

Antes de sentarse a comer, Barbra había tenido ocasión de hablar con Erika a solas y le había hecho un breve resumen de lo que había pasado días atrás.

—Me gusta verte contenta e ilusionada.

—Pero... ¿cómo lo has encontrado? Si no sabíamos nada de él.

—Después de la reunión que tuvimos con el señor Wilmur ¿te acuerdas? —le preguntó Barbra sabiendo lo despistada que era su prima.

—Como si lo viera ahora mismo. ¡Cómo voy a olvidarlo!

—Me puse en contacto con mi padre para ponerle al día de lo que había pasado con Richard Bauer, ni te imaginas lo sorprendido que se quedó cuando le expliqué lo que nos encontramos en esa casa.

—Sí, me lo imagino, se quedaría a cuadros, como nosotras.

—Yo sí que me quedé con la boca abierta, cuando le expliqué que el señor Wilmur nos dijo que tenías un hermano desconocido y... mi padre sabía de su existencia.

—¿Ah sí? Y ... ¿por qué nunca te explicó nada sobre él?

—No sé, yo tampoco lo entiendo, se lo he preguntado varias veces, por qué nunca me había hablado de él, pero mi padre y su hermano Richard tenían muy poco contacto, y pensó que nunca llegaríamos a conocerlo.

—¿Qué más te explicó?

—No sé cómo contarte esto, —comenzó Barbra intentando encontrar las palabras— parece ser que tu padre tuvo una aventura con otra mujer, con quien tuvo un hijo. Supongo que la relación entre tío Richard y su mujer, tu madre, hacía tiempo que estaba en crisis y su marcha por la guerra todavía la enfrió más.

—Yo era bastante pequeña, aunque me acuerdo de que nunca se daban muestras de cariño.

—Por ese motivo Richard nunca os contó, ni a tu madre ni a ti, nada sobre su hijo Johann —concluyó Barbra.

Erika se quedó pensativa, mirando al suelo. Había estado escuchando la explicación de Barbra y algo no le encajaba.

—¿Te has fijado que es bastante mayor que yo? O está muy desmejorado o me lleva unos cuantos años.

—Sí es cierto... por lo que...

—... por lo que él debió nacer antes que yo. No es que mi padre buscara una mujer porque no se entendía con mi madre, sino que ya estaba con esa mujer anteriormente y tuvieron un hijo, antes de conocer a mi madre y tenerme a mí.

—Tienes razón.

En ese momento, apareció por la puerta la madre de Barbra pidiendo que fueran a sentarse a la mesa, que las estaban esperando.

Al terminar la comida, Johann le propuso a Erika que fueran a dar un paseo ya que ninguno de los dos conocía la ciudad. Barbra estaba dispuesta a acompañarlos, pero enseguida vio que estaba de más y que ellos necesitaban su espacio para conocerse. Así que ella aprovechó para quedarse hablando con sus padres, puesto que hacía mucho que no los veía y los había echado de menos. Les habló de su viaje a Múnich, pero también de su trabajo en la universidad e incluso de Dick, quien comenzaba a ser importante para ella y que estaba decidido a pasar unos días con ellos en Calais una vez terminase las clases.

—Puede venir cuando quiera y estar todo el tiempo que desee —dijo su madre abriendo los brazos como queriendo ofrecerle toda la casa. A lo que Barbra le dio un cariñoso abrazo de agradecimiento.

Estuvo deseando durante horas que Johann y Erika volviesen de su largo paseo, estaba oscureciendo y no había ni rastro de ellos. Suponía que tenían muchas cosas que contarse, no creía que fueran a perderse, sin embargo, ninguno de los dos tenía mucho dominio del francés, hablaban unas pocas palabras y lo entendían si se les hablaba despacio, por lo que comenzó a impacientarse.

Harta de esperar, Barbra salió a pasear, por si los veía o se encontraba con algún vecino a quien poder preguntar, aquella zona de la ciudad estaba muy tranquila, pero con un golpe de suerte los vio a lo lejos, sentados en un banco de la plaza.

Parecía que Johann y Erika estaban hablando acaloradamente, aunque no podría decirse que estuvieran discutiendo «¡Qué extraño!» se dijo.

Como su curiosidad se fue acrecentando, decidió acercarse silenciosamente por detrás de ellos y se escondió en una especie de murete que había detrás del banco, escuchando sin ser vista.

—No puedes echarme de mi casa —le recriminaba Erika en tono indignado.

—En cuanto firmemos los papeles con nuestro tío, me pertenecerá a mí, es lo que ha querido papá —dijo elevando el tono de voz.

—No entiendo cómo pudo tomar esta decisión, tú nunca has vivido en nuestra casa, en cambio yo he estado allí toda la vida ¿cómo puede donártela a ti?, ¿qué he hecho mal para que me la

quite? —preguntó con ojos llorosos.

Johann se mostró tajante, sabía que había dicho las cosas claras y no quería dar su brazo a torcer.

«¡Mi padre me ha dejado la casa a mí y así será!»

—Hablemos con el abogado y el notario, cuando sepamos exactamente los bienes que nos han dejado, cada uno tendrá que conformarse con lo que le corresponda. Si te dan la parte del dinero que te pertenece tienes que estar agradecida.

Ella no contestó ante sus palabras, asintió mirándolo a través de sus lágrimas y los dos se quedaron en silencio. Barbra había estado siguiendo la conversación y no le gustaron las duras palabras de Johann, pero creía que no era el momento de entrometerse. Salió a su encuentro para pedirles que volvieran a casa, se había hecho muy tarde y seguramente su madre les estaba esperando para cenar. Los dos habían estado hablando tanto tiempo que se olvidaron de dónde estaban y cuando vieron a Barbra de pie frente a ellos ambos se levantaron para acompañarla.

Había oscurecido y la plaza estaba vacía de gente. Johann anduvo serio hacia la casa, con una mujer a cada lado. Los hermanos siguieron hablando de cosas sin importancia, mientras tanto, Barbra analizaba en cómo había cambiado su percepción sobre Johann. Al conocerlo esa misma mañana se había mostrado encantador, muy al contrario de su actitud hostil manifestada en la conversación con Erika.

Sin embargo, durante la cena todos mantuvieron una conversación cordial y cuando llegó la hora de retirarse a dormir, el padre de Knut informó de lo evidente, en la casa solo disponían de dos habitaciones, una para los padres de Barbra y en la otra siempre dormía Barbra, aunque Erika también cabía en ella. Todos se quedaron mirando a Johann.

—Yo puedo dormir aquí —dijo Johann arqueando una ceja y fijó la vista en el largo y raído sofá que estaba situado en una esquina de la estancia.

—Pues si a ti no te importa, todos de acuerdo —concluyó Barbra tajante.

Todos dieron por terminado el día y fueron retirándose. No obstante, cuando Knut salió del comedor detrás de su hija, buscó un lugar apartado para hablar con ella.

—¿Qué te pasa hija con Johann? Te he visto arisca con él —le recriminó su padre.

Knut tenía una forma de ser muy cordial, en las conversaciones pasaba bastante desapercibido porque no quería enfrentamientos ni mostrar su opinión.

Barbra se quedó pasmada ante su comentario.

—No me fío de él, muestra un carácter contradictorio, parece generoso y amable con vosotros, en cambio parecía realmente malvado hablando con Erika. La ha hecho llorar.

—Gracias por explicármelo —dijo con amabilidad— mañana me fijaré más en él. Buenas noches.

—Que descanses, papá.

Barbra siguió la figura de su padre viendo cómo se retiraba a su habitación y pensó que quería mucho a sus padres. Se consideraba muy afortunada de tener unos padres tan buenos, sabía que podía confiar en ellos y que harían cualquier cosa para ayudarla. Le había reconfortado poder compartir su opinión con él ya que le era difícil hablarlo directamente con Erika. Entró en su habitación y vio con agrado que su prima ya estaba durmiendo en un lado de su cama, parecía muy joven e indefensa. Barbra se quedó dormida a su lado deseando poder protegerla.

Capítulo 20 - La ayuda de Hans

Calais 1950

Al día siguiente, Johann se disculpó alegando que tenía que regresar a su trabajo y prometió que volvería en unos días para la reunión con los abogados y el notario. Todos se quedaron bastante sorprendidos ya que parecía haber cambiado de opinión de un día para otro. Recogió sus cosas y en pocos minutos salió de la casa en dirección a la estación.

—No he tenido oportunidad de hablar a solas con él —le dijo Knut a su hija en cuanto cerraron la puerta.

—Yo también pensaba que estaría unos días por aquí, aunque mejor, más tranquilos estaremos.

—No le ha gustado dormir en el sofá —dijo su madre con una sonrisa.

—¡Pobre! Si tenía que trabajar.

—Será eso.... —apuntó Barbra, pensando que Erika era demasiado buena.

«¿Cómo puede defenderlo después de lo que le dijo anoche? Dudo que Johann nos haya dicho la verdad, estoy segura de que no tenía que volver al trabajo tan pronto».

Los primeros días pasaron muy rápido para Erika y Barbra, desde que llegaron a Calais, siempre estaban atareadas, o ayudaban en la casa, o salían con amigas.

Luego llegó el fin de semana y les trajo una sorpresa. Llamaron a la puerta y cuando Barbra fue a abrir se encontró a Hans esperando al otro lado.

—¡Qué alegría que estés aquí! Ya verás qué ilusión le va a hacer a Erika cuando te vea. Pasa, pasa, no te esperábamos.

Barbra se detuvo un instante antes de cerrar la puerta y volvió a salir para asegurarse de que había venido solo.

—Dick no ha venido conmigo —le contestó Hans sabiendo que lo estaba buscando.

—¿Sabes algo de él?

—Desde que os dejamos en el aeropuerto ya no lo he vuelto a ver. Cada uno se volvió por su lado y no hemos coincidido.

—Entiendo —dijo un poco decepcionada.

En ese momento, Erika lo vio acercarse y corriendo le echó los brazos al cuello, enredó los dedos en su pelo y acercó su cabeza para darle un beso, mientras que Barbra se retiraba para dejarlos solos.

—Pues sí que te alegras de verme.

Hans se había quedado sorprendido por tanta efusividad.

—No te esperaba hoy.

—Ya te dije que vendría para que hablar con tu tío Knut sobre la herencia. Solo puedo estar aquí un par de días, el lunes tengo que volver a trabajar en el banco.

Erika estaba un poco confusa por verlo, pero estaba encantada de que estuviera allí con ella.

—Ven, te presentaré a mi familia —dijo con orgullo.

Él la siguió hacia el interior de la casa.

—Los acabo de conocer —dijo Erika y soltó una risita incrédula—, también a mi hermano,

¿sabes? Se llama Johann.

En pocos pasos, le explicó todo lo que sabía de Johann en los breves días que lo había conocido y se la veía gratamente emocionada.

Pasaron al salón donde hicieron las presentaciones. Los padres de Barbra estaban muy contentos de tenerlos a todos allí, sin embargo, la madre le apuntó: —Creo que te tocará dormir en el sofá como hizo nuestro querido Johann.

Hans se quedó un poco sorprendido porque pensaba poder dormir con Erika, pero lo entendió y le pareció bien, total estaría allí hasta el domingo por la tarde cuando tendría que volver.

Como Knut deseaba cerrar ya todo el papeleo de la herencia pidió a Hans que se sentara con él para entender cómo tenían que proceder.

—Pero deja al chico que descanse —le recriminó la madre.

—No pasa nada. Me parece bien que lo miremos ahora.

Dejó su bolsa de viaje al lado del largo sofá que sería su cama y se sentó a la mesa, al lado de Knut.

Sacó un sobre de color marrón, lo abrió y le tendió a Hans diversos documentos.

—Son una copia de las escrituras que tendremos que firmar con el notario, me las ha avanzado mi abogado.

—¿Y te parecen correctas? —preguntó Hans.

—Por eso quiero que las leas tú también, hay términos que no entiendo.

—Claro, si te parece bien las leemos entre los dos para que pueda explicarte todo lo que no entiendas.

—Sí, te lo agradezco.

Con mucha paciencia, Hans fue leyendo párrafo a párrafo y Knut quedó encantado con los conocimientos de Hans y lo fácil que lo entendía cuando él le explicaba los complicados términos legales.

—El lunes hemos quedado con el abogado y el notario, también estará Johann, estaría encantado de que pudieras venir con nosotros a la reunión —dijo Knut deseando que le dijera que sí.

—Bueno, mañana debería volver a Berlín... el lunes tengo que trabajar en el banco.

Viendo la cara de decepción de Knut, añadió: —Quizá pueda solucionarlo, si la reunión es a primera hora de la mañana y después ya puedo volver no me retrasaría demasiado. Volvería al trabajo tan pronto como pudiera combinarme los transportes hasta Berlín.

—¡Pues hecho! —expresó Knut sin dejar opción a que Hans volviera a pensárselo.

Barbra llegó junto a ellos cuando terminaban de hablar y le alegró ver la cara de satisfacción de su padre. Hans era un buen amigo, desde que lo conocía se habían ayudado mutuamente en varias ocasiones. Además, lo veía muy ilusionado con su incipiente relación con Erika, nada le gustaría más que en un futuro formase parte de su familia.

Se colocó detrás de ellos y le puso una mano en el hombro en señal de agradecimiento. Tanto Knut como Hans se la quedaron mirando.

—Ya hemos terminado —dijo su padre guardando los papeles en el sobre de color marrón desgastado de tanto uso.

—Creo que Hans se merece un descanso.

—Estoy de acuerdo —confirmó Knut— Erika seguro que está deseando llevarte de paseo para enseñarte un poco la ciudad.

—Estaré encantado de ir con ella —contestó levantándose de la silla.

Knut y Barbra lo siguieron con la mirada hasta que salió del comedor, en busca de Erika.

—Me gusta mucho este chico.

—Sí, es muy amable y hace muy buena pareja con Erika.

—No entiendo por qué no estáis juntos.

Barbra lo miró perpleja, al escuchar su comentario.

—Ya sabes, papá, a veces la cabeza va por un lado y el corazón va por otro.

—Además tú ya nos dijiste que estás con Dick, ¿no?

—Sí, Dick —confirmó ella— la verdad es que a veces tiene un carácter difícil, pero es un buen hombre y me quiere.

—Lo que deseo es que seas feliz.

—Sí, gracias, es lo que yo deseo. En unos días, cuando termine sus clases vendrá y podréis conocerlo.

—Perfecto, como tú quieras.

Era casi mediodía y había poca gente en las calles. Sus pasos iban resonando en los adoquines. Erika andaba colgada de su brazo y aunque estaba feliz porque él estaba allí, su semblante mostraba tristeza.

—¿Me vas a explicar lo que te sucede? He estado hablando yo solo durante todo el camino.

—Lo siento, Hans, vienes a Calais para verme y yo parezco una desagradecida —se lamentó compungida.

—No pasa nada, quiero ayudarte, nada más.

—Es sobre Johann.

—¿Qué pasa con él? Parecías muy contenta esta mañana.

—Sí, no es eso.... estuve hablando con él... por lo de la casa.

Hans se paró frente a ella, le pasó su mano por el mentón y ella bajó la mirada al suelo.

—Sé que es duro para ti, pero sabes que la casa le va a pertenecer a tu hermano.

Ella levantó su mirada hacia él.

—Quizá todavía tenga una oportunidad de quedármela.

—Lo siento Erika, no lo creo. La decisión está en la escritura. Es la decisión de tu padre.

—¡Pero yo quiero mi casa, es donde he vivido siempre! —exclamó ella golpeándole el pecho con los puños como si fuera una criatura y él la abrazó con fuerza para que parase.

—¿Por qué mi padre se la dejó a él? —siguió diciendo—. Me lo pregunto constantemente y no lo sé. Ni siquiera sabía que tenía un hermano, creía conocer a mi padre y parece que llevaba una doble vida. Dos familias. Mi madre ignoró que tenía otra mujer a quien amaba.

Las lágrimas resbalaban en sus mejillas y ocultó su rostro en el hombro de Hans que intentaba calmar su arrebato. Después de unos instantes le propuso:

—¡Vamos a casa! Es mejor que comas un poco y que intentes descansar.

—Sí, como quieras —contestó dejándose llevar.

—El lunes también estaré yo en la reunión con Johann y velaré por lo que es tuyo.

—Gracias Hans, ... ¡no sé qué haría yo sin ti! —lo miró con una sonrisa radiante y con los ojos todavía enrojecidos y llorosos.

A la mañana siguiente, los rayos de sol se colaban por la ventana de la cocina y reflejaban en el suelo del comedor donde dormía Hans. Se despertó cuando parecía que el resto todavía estaban durmiendo. La casa estaba en silencio y él aprovechó para pensar en Erika, cómo había cambiado su vida desde que la conocía.

Su monótona y solitaria vida se había visto alterada desde el día en que Barbra apareció en el banco. Como le gustaban los retos, le había atraído todo lo que ella le había explicado sobre la herencia y el padre de Erika. Al principio le costó entender cómo esa familia había estado tan

separada y que gracias a la herencia del abuelo todo había dado un vuelco. Knut y su hermano Richard no se veían desde hacía años, tal era su desconexión que ni sabían siquiera si estaban vivos o no. Por lo que le contó Barbra, habían encontrado a Richard con vida, pero se hacía pasar por otra persona, un tal Robert, un exmilitar chiflado que vivía apartado y que no quería saber nada de su hija, ni de nadie. Ese personaje, durante años, había llevado una doble vida con dos mujeres, teniendo una hija con una y un hijo con la otra mujer. Lo que era sorprendente era que Richard sabía que el abuelo había muerto y de que era partícipe de una herencia y como no quería nada de sus bienes, había donado parte de su fortuna a su hija. Y, además, estaba el lio de la casa. ¿Por qué había dado la casa a un hijo que nadie de su familia sabía que existía?

Sus pensamientos cesaron al escuchar pasos tenues de pies descalzos que recorrían el pasillo. Se incorporó de la improvisada cama, llevaba unos pantalones largos y tenía el torso desnudo porque se había quitado la camiseta para dormir. Tiró de la colcha para taparse, preguntándose quién se acercaba. Entonces vio aparecer a Barbra que no llevaba nada más que una camisola de tirantes y parecía recién levantada.

—Buenos días... veo que estás despierto.

Hans la miró con una sonrisa, Barbra era sumamente atractiva, sin embargo, él siempre la veía como una amiga con quien tenía mucha confianza, por lo que dejó la colcha a un lado y le dejó espacio para que se sentara junto a él.

—No había escuchado ningún ruido, pensé que estaba solo en la casa.

Barbra soltó una leve carcajada.

—Estamos solos tú y yo.

—¿Y tus tíos y Erika?

—Han ido a buscar a Johann a la estación, nos dijo que volvía hoy domingo para la reunión de mañana.

—¿No tienes miedo de que me abalance sobre ti? —dijo bromeando Hans dándole un abrazo.

—No digas tonterías, ... ya sé que solo tienes ojos para Erika.

—Y tú para Dick.

—¡Dick!... si nos viera ahora mismo, le daría un buen ataque de celos.

—¿Es celoso?

—¡Vaya! ni te lo imaginas —Barbra esbozó una sonrisa resignada—. Por suerte, soy una mujer fuerte, segura de mí misma y no me dejo dominar con facilidad, sino sería una veleta haciendo solo lo que él quisiera.

—Quizá te sorprenda esta pregunta, pero... ¿por qué estás con él?

Ella enarcó una ceja.

—Ni yo lo sé, sospecho que me he enamorado de él.

Barbra se levantó para no seguir hablando sobre lo mismo.

—¿Quieres desayunar?

Él afirmó con la cabeza, se puso la camiseta y la siguió a la cocina.

—Ves haciendo el café mientras me cambio —le ordenó ella.

A los pocos minutos Barbra entraba, otra vez, en la cocina con un vestido veraniego estampado de flores blancas y amarillas que contrastaban con su piel morena. Llevaba recogido el pelo rizado con una cinta. Él la miró con asombro.

—Estás muy guapa... siempre lo estás.

—¡Vaya!, gracias Hans, deja que te ayude con la cafetera.

—Sí, porque en la cocina soy un poco desastre.

—No se puede ser bueno en todo —afirmó Barbra.

—¿Sabes? estoy preocupado por Erika —dijo él acabando de preparar las tostadas.

—Es por Johann, ¿no?

—¿Tú también lo has notado? Todavía no he tenido el placer de conocerlo, pero por lo poco que me ha explicado Erika, parece un tipo difícil.

—Estoy deseando que lo conozcas para saber tu opinión. Puede parecer una persona muy amable, sin embargo, no me fío de él, posee una parte oscura. Es como si tuviera doble personalidad.

Hans se untó la mantequilla en la tostada y le sirvió el café mientras la escuchaba: —Quizá tuvo una infancia dolorosa, la ausencia de su padre al tener que compartirlo con otra familia o incluso las situaciones vividas en la guerra seguro fueron traumáticas y violentas. Todo ello le ha podido producir traumas.

La puerta de entrada chirrió y les llegó claramente las voces de sus padres conversando con Erika.

Los ojos de Hans y Barbra se posaron en ellos cuando entraron en la cocina.

—¿Dónde está Johann? —preguntó Barbra.

—No ha venido —contestó Erika resignada.

—Me dijo que vendría en el tren de las nueve y media —puntualizó Knut— le hemos estado esperando en el andén un rato y al ver que no estaba, nos hemos vuelto.

—¡Ojalá no le haya pasado nada malo! —expresó la madre preocupada.

—Pues yo espero que esté aquí para antes de la reunión de mañana —contestó Barbra enfadada — sino tendremos un problema.

Capítulo 21 - Johann y su padre

Anzi 1950

Sus pies resonaron por la grava de la carretera solitaria que recorría intentando dar grandes zancadas. Se lamentó tener que afrontar la carrera con su peso. Parecía que tenía prisa y él no se consideraba un hombre ágil y acostumbrado a moverse, pero en esa ocasión era imprescindible. Aunque era primera hora de la mañana, el calor de primeros de junio, le hacía sudar y goterones de sudor le caían por la frente y las mejillas.

Al doblar el último recodo del camino ya vio la casa de color gris, solitaria en las afueras de Anzi, rodeada de bosques, y se olvidó de todos sus problemas.

Cuando estuvo enfrente, abrió la puerta de la verja y recorrió el sendero con la confianza de quien está en su propia casa. Quiso introducir la llave en la cerradura al mismo tiempo que la puerta se abría.

—Hola hijo, ¿cómo estás?

Marlene, una mujer bajita y enjuta, de pelo canoso lo abrazó y le dio dos besos con cariño, sin importarle el sudor que todavía goteaba por sus mejillas.

—Bien mamá —contestó él faltándole el aliento.

—Pareces acalorado, ven a la cocina que te prepararé un refresco.

El hombre la siguió por el largo y oscuro pasillo forrado de paneles de madera y puertas cerradas. Marlene se paró frente a una, la abrió y dejó pasar a su hijo a la acogedora cocina.

Le sirvió un refresco de limonada y cuando le pareció que ya estaba más tranquilo y se había secado el sudor de la frente, le informó: —Tu padre está arriba esperándote.

—Sí, ya subo a verle.

Dejó el vaso de refresco encima de la mesa de fórmica y se adentró de nuevo en el oscuro pasillo para subir por las escaleras. Entornó los ojos antes de abrir la puerta de la estancia porque ya sabía que se encontraría un fuerte contraste de luz.

—¡Padre! Ya he vuelto - le dijo al tiempo que el hombre se giraba.

—Johann, hijo, ¡siéntate!, ¡explícame! cómo te ha ido en Calais.

Los dos hombres se sentaron en el sillón, uno al lado del otro, compartiendo confidencias.

—Como usted me dijo, todos han sido muy amables conmigo, pero era una fachada, no me fio de ellos.

—¿A quién has conocido?

—Tío Knut y su mujer, son los que me han tratado con auténtico cariño. Sin embargo, la hija Barbra es un mal bicho, padre, tendría que ver cómo me miraba.

—La conocí cuando era muy pequeña. Fue un verano en el que tuve que viajar a Calais para hablar con Knut, desde entonces ya no he visto más a mi hermano —dijo con pesar.

—No lo recuerdo.

—Tú no viniste, Johann, te quedaste aquí con tu madre.

—En Calais, también conocí a mi hermana... Erika—dijo Johann como si le costase pronunciar su nombre.

—Sí, Erika. Cuando la vi el otro día en nuestra casa, en esta misma estancia —explicó Richard mirando a su alrededor— me pareció estar mirándote a ti. ¡Cómo ha cambiado durante los años que no la había visto! Ha madurado y ahora es una mujer muy bella. Tiene tus mismos ojos.

—Es cierto, cuando la vi pude comprobar que nos parecemos mucho, pero es como un saco de nervios.

—¿Por qué lo dices?

—Comenzó riendo y acabó llorando cuando hablamos de la casa. Con ella no tendremos problemas.

—Cierto, la que me preocupa es tu prima Barbra —dijo al tiempo que se levantaba y comenzaba a caminar de forma impulsiva.

—Sí, ya le he dicho, padre, que no me fio de ella.

—Aquí entró envalentonada, tomando el mando de la situación, al ver que yo no les hacía caso, se enfadó.

Una sonrisa irónica apareció en el rostro de Richard y miró a su hijo con sus ojos de color gris, fríos como el acero.

—No podrá con nosotros, lo tengo todo controlado.

Un músculo tembló en su rostro duro e inflexible y Johann se estremeció, siempre estaba nervioso cuando estaba frente a su padre.

—Tuve ocasión de hablar con Erika sobre la casa. Ella me estuvo rogando podérsela quedar, pero fui tajante. No se preocupe, padre.

—Confío en ti.

—Haré todo lo que me pida.

—Debes ir a ver a Wilmur, que te dará la documentación que necesitas y es imprescindible que llegues a tiempo a la reunión de la herencia.

—Sí, ya sé que es el lunes. Les dije a los tíos y a Erika que llegaría el domingo en el tren de la mañana, pero no iré tan pronto, no me gusta estar allí. Se obstinaron en venirme a recoger a la estación. Me gustaría ver sus caras cuando estén allí y no me vean bajar del tren —soltó una risilla mezquina.

Ninguno de los dos añadió nada más y dieron por terminada la conversación. Johann sabía que su padre era de pocas palabras y solitario, no le gustaba la compañía de la gente, ni la de su propia familia. Se levantó y salió dejándolo solo. Le envolvió de nuevo la oscuridad del pasillo, pero estaba acostumbrado a ello, en pocos pasos llegó frente a una puerta que abrió y entró en su propia habitación. La decoración de la habitación no había cambiado desde sus años de adolescente, paredes que habían pintado de color blanco que ya estaba amarillento por el paso de los años y la humedad, escasos muebles de madera y estanterías con algunos libros. Johann no se había casado, seguía soltero y pensaba permanecer así tanto tiempo como pudiera. Reconocía que le gustaban los hombres, pero cuando estaba en su casa tenía que aparentar lo que no era. Su padre lo mataría si lo descubriera y su madre le recordaba constantemente que tenía edad para estar casado y llenarle la casa de nietos. Por lo que se sentía agobiado por sus padres y encerrado entre esas cuatro paredes.

Sin embargo, no siempre había vivido en esa casa, durante algunos años vivió y trabajó en Berlín donde fue feliz. Conoció a Zelig y pudieron compartir una casa haciéndose pasar por amigos. Aunque vivían con miedo. Los homosexuales, todavía en una posguerra de la Alemania nazi, eran perseguidos porque no podían perpetuar la raza aria. Se les consideraba unos degenerados y las autoridades ponían todo su empeño para evitar este tipo de relaciones. Por suerte, nunca nadie se fijó en que eran una pareja y pudieron compartir vida durante algunos años,

no demasiados, porque lo echaron del trabajo, se le terminó el dinero y tuvo que regresar al hogar familiar.

Se estiró perezosamente en su cama de soltero, encorvando el colchón bajo su peso y pensó en los sentimientos que había sentido al conocer a su media hermana por parte de padre. A ratos sentía compasión por Erika y en otras ocasiones le despertaba deseos de venganza por haberle quitado a su padre cuando era niño. Durante años, sus padres estuvieron enfadados, su padre se marchó de casa, y su madre y él se quedaron solos. Después de la guerra, por suerte, su padre regresó a casa. Ahora podía desquitarse: la casa donde había vivido su padre con otra mujer sería para él. No sabía bien qué había motivado a su padre a donarle la casa a él, aunque Johann suponía que en algún momento le daría una explicación. Mientras tanto, él se recreaba imaginando su regreso a Berlín, de nuevo, y reanudando su vida con su antiguo amante.

Era casi mediodía cuando Johann llamó al timbre de la puerta de Wilmur&Wilmur. Le había costado horrores levantarse de su cama, salir de casa con el sol que caía radiante y andar los kilómetros de regreso hasta Anzi. Estuvo un buen rato esperando sin que nadie abriera.

De pronto, la puerta del despacho se abrió levemente, apenas unos centímetros. Una mujer lo miraba desde el interior de la estancia, con cara agría. Hizo un amago de sonrisa y lo dejó pasar, lo acompañó hasta el despacho y con un gesto le indicó que se sentara. Johann se sentó haciendo crujir las patas de la silla.

Para su sorpresa, la mujer se sentó en la silla del abogado y lo miró retándolo, adelantando la barbilla y cruzando las manos encima de la mesa de caoba.

—¿El señor Wilmur no está?

—No.

Johann la miraba con recelo, vivían en la misma población y casi ni se conocían, pocas veces habían cruzado palabra.

—Me envía mi padre, el señor Bauer. —Fue lo primero que dijo Johann. Se sentía como un recadero. Su padre no le había dado explicaciones y no sabía si esa mujer sabía de lo que le estaba hablando.

Ella parecía eficiente y no hizo preguntas, revolvió sus carpetas esparcidas por la superficie barnizada de la mesa de caoba hasta encontrar la que buscaba. Al abrirla, releyó sus anotaciones y mirándolo por encima de sus gafas le dijo:

—Estuvo aquí la señorita Erika Bauer.

—¿Ah sí?

—Quedaron en que se reunirían las partes para cerrar la herencia —le dijo dando a entender que él no hacía nada en ese despacho.

—Lo sé, la reunión es el lunes —le confirmó Johann—, mi padre me ha pedido que venga a recoger la documentación que necesito para la reunión.

—No le puedo dar nada. Los papeles los tiene el abogado Wilmur.

—Por eso, necesito que me los dé para llevarlos a la reunión.

Le parecía que le estaba hablando a la pared.

—Él los lleva a la reunión. Por eso no está aquí, sino de viaje.

Se quedó mirándola con la boca abierta sintiéndose tonto. Había hecho todo el viaje de Calais a Anzi en balde y ahora tenía que volver con las manos vacías. No sabía por qué su padre quería leer la documentación antes de ser firmada, su razón tendría y él tenía que ser el portador de malas noticias. No le gustaba llevar la contraria a su padre. Le daba mucho respeto.

Capítulo 22 - La complicada herencia

Calais 1950

En el despacho no cabía ni un alfiler, el abogado mandó a su ayudante traer más sillas de la sala contigua para que pudieran sentarse todos alrededor de la mesa. En la cabecera estaba el notario junto con el abogado de Knut y propietario del bufete, a su lado estaban Wilmur y Hans, además de Knut, Johann y Erika.

El notario Chandler Fontaine miraba el amplio grupo con recelo, hacía pocos meses que ejercía el cargo y hasta la fecha solo había llevado casos sencillos. Él tenía que liderar la reunión y se le notaba nervioso. Dos carpetas estaban pulcramente alineadas encima de la mesa. Abrió la primera, tomó los documentos, carraspeó un par de veces para aclararse la garganta y miró a Johann que no paraba de tamborilear con los dedos sobre la mesa fingiendo sentirse impaciente.

Cuando le ofrecieron moderar este caso, Fontaine ya pensó que le quedaba un poco grande, sin embargo, se lo propusieron a él y no tuvo más remedio que aceptar. Él era un profesional altamente cualificado, había estudiado mucho para llegar donde estaba y se mentalizó que podía hacerlo bien, mostrando tranquilidad y garantía de que se hacía lo correcto. Así que intentó olvidarse de todos los rostros que lo estaban mirando y del constante repiqueteo de Johann, y pasó a leer paso a paso toda la escritura de la herencia del abuelo, donde dejaba toda su fortuna repartida por igual a sus dos hijos, Knut y Richard Bauer. Muchos términos eran complicados y parecía que nadie hiciera caso de sus palabras mientras leía, solamente Knut sabía que la escritura le afectaba directamente y prestaba atención.

Una vez terminada la lectura de la escritura y firmada por Knut, dando su conformidad, el notario dejó a un lado la escritura. Al momento se oyó la protesta del abogado Wilmur.

—¡Estoy viendo que aquí no pinto nada! —exclamó airado.

Todos posaron su mirada en él, haciéndole sentir cohibido y un ligero rubor rojo tiñó sus pálidas mejillas.

Fontaine lo observó con fastidio e intentó mostrar serenidad y calma para que se explicase.

—Tengo que firmar por delegación del señor Richard Bauer.

—¿Y quién lo dice?

—Los papeles me autorizan —dijo abriendo su cartera y sacando unos documentos.

—Le advierto que, aunque tenga el consentimiento de firma del señor Bauer, si firma por él, está cometiendo un delito.

—No, no se equivoque, soy abogado y sé lo que me hago —dijo regodeándose en sus aires de suficiencia— tengo un poder notarial que me designa como su representante, para garantizar que se cumplan sus voluntades según la ley.

Fontaine cogió el documento que le tendía Wilmur preguntándose por qué no se lo había dado antes de comenzar la reunión.

El resto de asistentes se estaba comenzando a impacientar y a removerse en la silla. Fontaine revisó el documento lo más rápido que pudo y le dio la razón, acercándole la carpeta marrón que contenía la escritura a firmar. Wilmur con evidente regocijo, por tener razón y por ser el centro de

atención, abrió la carpeta despacio y comenzó a leer de nuevo el documento.

Fontaine lo miró con desagrado y soltó un suspiro de alivio cuando vio que, por fin, Wilmur estaba firmado el documento. Cuando se lo tendió firmado, lo guardó y cogió la segunda carpeta de color marrón. Comenzó de nuevo, a leer los documentos, se trataba de una escritura de donación de Richard Bauer a sus hijos, donde se expresaba el detalle de los bienes materiales y del bien inmueble.

Durante la mayor parte de la reunión, Erika parecía ausente, pensando en sus cosas, sin embargo, cuando el notario llegó al punto donde se mencionaba la casa, puso todo su interés en escuchar lo que estaba redactado. Algo llamó su atención y comenzó a darle codazos a Hans, que se sentaba a su izquierda y que estaba absorto en escuchar al notario, para que le hiciera caso. Se acercó a él y entre susurros le dijo: —Hans, tengo que hablar contigo es importante.

Él la miró enarcando las cejas y dudó si la había entendido, se agachó para juntar su cabeza con la de ella, con la intención de que se lo repitiera.

—Hans, salgamos un momento, quiero hablar contigo en privado.

—No podemos salir ahora de la reunión.

—Es importante... —le dijo elevando tanto la voz que el notario levantó la vista de sus papeles soltando un bufido.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó con evidente enfado.

Todos se quedaron mirando a Erika, y Hans al verla tan confundida, le echó una mano.

—Perdonen —contestó Hans amablemente— Erika no se encuentra bien, saldremos un momento de la reunión.

Se escuchó un murmullo de voces, pero nadie puso objeción. Hans salió del despacho cogiendo a Erika del codo y entraron en la sala contigua que, por suerte, estaba vacía. Tan pronto como cerraron la puerta y antes de que Hans pudiera preguntar, Erika comenzó a dar nerviosos saltitos y a temblar ligeramente.

—Estate quieta ¿me puedes decir qué te pasa? —le instó él cogiéndola de los hombros y mirándola de frente.

—Es sobre la casa, Hans, no puedo deshacerme de ella.

—Ya lo hemos hablado Erika, sabes que no te puedes negar. Está en la escritura, la casa es para tu hermano.

—¿No me puedo negar a firmar?, pero puedo renunciar, lo sé.

—Piénsatelo, es bastante dinero que no recibirías y al final tu hermano se quedaría con todo. Una casa son cuatro paredes, Erika, sé que has vivido en ella toda la vida, pero puedes comprar otra con el dinero que tendrás.... O puedes venir a vivir conmigo —le propuso Hans, dejándola tan sorprendida que no contestó. A ella le habría gustado pensar que lo decía en serio, porque significaba mucho para ella, que la quería, que podría tener a alguien con quien compartir su vida, que no la iba a dejar.

Ante el silencio de ella, Hans prosiguió convenciéndola para que firmase, pero Erika iba negando con la cabeza.

—¿Qué te ha hecho replantearte firmar? Parecías convencida antes de la reunión.

—¡Hans! La habitación de mi padre.

—No te entiendo.

—Tengo que revisarla a fondo, si hay algo dentro quiero saberlo antes de que Johann se lo quede todo.

—¿Después de tantos años no lo has hecho?, me sorprende que no sepas lo que tienes en tu propia casa —le remarcó entre extrañado y molesto por no entenderla.

—No son mis cosas... no sé qué hay. Son las cosas de mi padre, por respeto a él no entro nunca en su habitación. Nunca pensé que me echaría de mi propia casa... Estoy muy disgustada.

Hans la miró con lástima, no quería seguir dándole vueltas al mismo tema y sabía que tenían que darse prisa, les estaban esperando.

—Te diré lo que haremos, vamos a volver a la reunión, vas a firmar el documento para aceptar la donación y te aseguras recibir el dinero.

Como Erika iba a protestar, él levantó la mano para detenerla. —Pediremos el plazo de una semana para que se haga efectivo —propuso.

Los ojos de Erika se iluminaron viendo una posible solución y dijo sonriendo: —¡Qué buena idea! Tendré tiempo de revisar la casa con la excusa de preparar las cajas para la mudanza.

—Y no lo harás sola... yo te ayudaré.

Erika le dio un fuerte abrazo. Se había sentido muy sola durante años, no se hacía a la idea de que él la apoyara y no la juzgara, sino que la quería tal y como era.

—Tenemos que volver a entrar y si sigues abrazándome no desearé entrar —dijo depositando un ligero beso en sus labios —¡vamos!

Al abrir la puerta de la sala se dieron cuenta de que todos estaban impacientes y hartos de esperar. Johann se había levantado y andaba de un lado a otro recorriendo la pequeña estancia. Hans se disculpó con todos, en nombre de los dos, el notario Fontaine, con alivio, pidió que todos se sentaran y se callaran para poder terminar cuanto antes.

Ya no hubo más interrupciones y los documentos de la donación fueron firmados entre los dos hermanos. Antes de firmar, Johann levantó la cabeza para mirar con satisfacción hacia Erika. En cambio, ella sintió un escalofrío por la espalda y un gran pesar al desprenderse de su casa. No le importaba la cuantiosa suma de dinero que iba a recibir.

El notario cogió el documento firmado que le tendía Erika y con firme predisposición dio por terminada la reunión, levantándose de su silla. Sin embargo, Hans lo llamó antes de que pudiera salir por la puerta y le pidió la palabra, lo que provocó un nuevo disgusto al notario, que no entendía por qué seguían sentados en vez de salir de allí, tal y como él estaba deseando hacer. Con un gesto el notario le instó a que hablase, volviéndose a sentar.

—Solicitamos poder disponer de la casa de hoy al domingo para que la señorita tenga tiempo suficiente para recoger sus cosas y trasladarse.

Todos se giraron hacia Johann para ver su reacción. Tenía las mejillas acaloradas y protestó:

—No puede ser, tengo que entrar de inmediato.

«¿Dónde estaba su amable hermano?», pensó Erika cuando lo escuchó dirigirse a ella de forma tan poco cordial y protestó, elevando el tono de voz más de lo necesario: —¡No puede ser! ¿de inmediato? Tengo derecho a recoger mis cosas con calma. He vivido en esa casa toda mi vida y es lo menos que merezco.

—Dos días. Es lo máximo que puedo ofrecer.

—Cuatro —pidió ella en un ruego.

—Tres —claudicó él como si de una subasta se tratase.

—De acuerdo, ¡tres! —confirmó Hans antes de que Johann cambiase de idea.

—En tres días, a partir de mañana, entraré en mi casa —dijo satisfecho.

—¿A partir de mañana? Pero si todavía estoy en Calais. He de poder volver a Berlín antes de que comience el plazo —protestó. Sin embargo, la tajante respuesta de su hermano fue: —No hay más que hablar.

El notario ya había colocado las carpetas pulcramente dentro de su maletín y volvió a levantarse por segunda vez, y con un par de grandes zancadas salió por la puerta para no dar

opción a nuevas interrupciones. Johann salió tras él junto con Wilmur y se quedaron en el despacho Hans y Erika, junto a su tío Knut.

—¿Para esto necesito un hermano? Para que me eche de mi propia casa sin miramientos —dijo Erika lamentándose.

Hans le acarició unos instantes la mejilla con expresión de ternura, lo que contrastó con su voz de mando: —Ahora debemos dejar atrás las lamentaciones, hay que actuar rápido y aprovechar bien estos tres días de plazo que te ha dado tu hermano.

—Debéis regresar a Berlín cuanto antes —propuso Knut.

—¡Barbra! Necesito hablar con ella, no sabe nada del juego sucio de mi hermano.

—Sí, vamos a casa a recoger vuestras cosas, supongo que mi hija se irá contigo para ayudarte.

—Eso espero...

Al salir del despacho vieron que no había ni rastro de Johann, ni de Wilmur, no se habían despedido, pero poco les importó. No podían demorarse. Erika salió con paso rápido hacia la casa y los dos hombres fueron detrás de ella pisándole los talones.

—¡Barbra! —exclamó tan pronto como abrió la puerta—, tenemos que irnos.

Su prima salió a recibirlos asustada por la voz de urgencia, con una toalla en la cabeza y una ligera camisola. Con las prisas, había salido de la ducha preocupada, dejando a su paso goterones de agua a su alrededor.

—¿Qué ocurre?

Hans y Erika la pusieron al día de lo vivido en la reunión y Barbra vio confirmada su intuición de que Johann no era de fiar, además de su sorpresa porque Erika necesitara revisar una casa donde había vivido durante tantos años. Sin perder el tiempo, los tres decidieron recoger sus cosas para regresar a Berlín lo antes posible.

—Si salimos en breve, con suerte llegaremos a Berlín mañana al anochecer —confirmó Barbra.

Hacía un caluroso día de junio y cualquier esfuerzo implicaba acalorarse, pero nada les impidió darse prisa y en pocas horas estaban en la estación de tren que les llevaría a París y de allí cogerían un vuelo a Berlín.

Capítulo 23 - Volviendo con Dick

Berlín 1950

Era el último día de clase antes de las vacaciones de verano y se notaba más trajín en los pasillos de la universidad. Con pasos firmes recorrió el pasillo hasta llegar al despacho del profesor. No se escuchaba ningún ruido y abrió despacio, prudente, sin saber si sería bien recibida. Al abrir la puerta se encontró a Emi, de pie, de espaldas a ella ordenando montones de papeles en una mesa ya repleta de libros y exámenes. Al escuchar la puerta se giró hacia ella y su cara mostró sorpresa.

—¡Qué alegría! ¿Qué haces aquí? No esperaba verte.

La chica había seguido trabajando para Dick, aguantando los altibajos de humor de su profesor, hasta el último día de clases. Era una persona muy eficiente y sin ella, Dick se hubiera encontrado perdido.

—Vengo a ver al profesor ¿está?

—Sí, no tiene un buen día, ¡está con un humor!... qué te voy a contar. Suerte que hoy es el último día de clase —dijo sin borrar su bonita sonrisa— voy a una clase ¿te quedarás por aquí?

—No, tengo mucha prisa, solo he venido un momento. Si no nos vemos después, te deseo unas felices vacaciones, te lo has ganado.

—Ni que lo digas —confirmó con una mueca.

Sin dar más explicaciones, porque las dos sabían todo lo que implicaban sus palabras, Emi se despidió de ella y salió del despacho.

Barbra avanzó hasta el despacho de Dick. La puerta estaba cerrada y su panel de cristal dejaba paso a una luz tamizada y grisácea. Se preguntó si él se alegraría de verla. Recordó cómo se habían despedido disgustados en el aeropuerto y eso le había dejado un mal sabor de boca, además de crear una incertidumbre en sus sentimientos hacia él. Su carácter cambiante e inestable no ayudaban a su relación.

Abrió la puerta y vio su cabeza rubia agachada mirando los papeles que tenía esparcidos en la mesa. Él no levantó la cabeza, solo dijo huraño: —Emi, no te quedes plantada en la puerta todo el día, tenemos trabajo que hacer. Estoy muy ocupado corrigiendo estos exámenes, ahora no puedo estar por ti.

—Bueno... lo siento. Te espero fuera.

Al escuchar una voz que no esperaba, una sonrisa de alegría brilló en sus ojos y se olvidó de los exámenes y de las prisas. Con dos grandes zancadas fue hacia ella, la cogió de la cintura y le dio un beso apasionado que la dejó sin respiración.

—Te he echado de menos —dijo en un murmullo.

—He estado pocos días fuera.

—Los suficientes para volverme loco —le dijo aspirando el aroma de su perfume— y volver loca a Emi.

Una carcajada brotó de los labios de ella. —Sí, pobre, no sé cómo tiene el aguante de trabajar para ti a cambio de nada.

—Lo sé y como soy consciente de su esfuerzo he dado una valoración muy positiva sobre ella, en la junta de profesores.

—Dick, eso es fantástico. Se lo merece.

—Bueno, dejemos de hablar de Emi... ¿qué haces aquí? ¡menuda sorpresa! Pensaba ir a Calais en cuanto terminase las clases.

—¿Te acuerdas del hermano desaparecido de Erika?

—¡Claro! —afirmó él confundido—. Cuando fuimos a ver a su padre, me acuerdo que ese abogado... ¿cómo se llamaba?

—Wilmur.

—Sí, Wilmur, ¡vaya personaje! ... ese tipejo nos explicó que Erika tenía un supuesto hermano y que, por la escritura de donación, obtendría la casa en propiedad.

—Eso es. Pues no te lo vas a creer. Tan pronto como llegamos a Calais, conocimos al hermano de Erika y, por tanto, mi primo, Johann. Estaba en casa de mis padres.

—¡Vaya!, qué rápido lo habéis encontrado.

—Fue mi padre quien sabía de su existencia y es quien organizó todo para que nos conociésemos en su casa. Al conocerlo ya me di cuenta de que no era de fiar y después de ver lo que ha pasado, sé que es una mala persona.

—¡Que dices! Sentémonos y me explicas —le propuso Dick señalando dos sillas contiguas que, por suerte, estaban libres de papeles. Barbra recordó, por un momento, todo el tiempo que ella había empleado en ordenar ese despacho para nada, montones de libros y papeles estaban de nuevo apilados por todas partes, menos en el sitio donde debían estar. Estuvo a punto de echárselo en cara, pero se contuvo y quiso ser amable: —Si tienes que ir a alguna clase, te espero, no quiero molestar.

—Tú nunca molestas, aunque solo tenemos diez minutos antes de mi siguiente clase.

Barbra le hizo un breve resumen de lo que había pasado en Calais y le explicó como pudo la reunión con los abogados, ya que ella no había estado allí.

—Como ves, Erika tiene muy poco tiempo para recoger sus cosas y dejar la casa, y antes de ello quiere revisar a fondo la habitación de su padre. He regresado con ella y con Hans. Queremos ayudarla.

—Lo entiendo. Yo también quiero ayudarlos.

Barbra quedó gratamente sorprendida ante su ofrecimiento. Sabía que él estaba muy atareado con todo el trabajo de fin de curso y no había dudado en estar a su lado.

—Estando en casa de Erika, ven cuando puedas. Mira, te anoto aquí la dirección.

Ella escribió en un papel los datos, dándose cuenta de que ya no era la casa de Erika sino la casa de Johann. Le tendió el papel y él se lo guardó en el bolsillo del pantalón.

Como Dick tenía prisa, tuvo que irse a su clase, dejándola sola.

—Nos vemos en casa de Erika.

—De acuerdo. Hasta luego.

Ella se encontró sola en el despacho y miró alrededor por última vez. Se dio cuenta de que el marco de fotos que tenía Dick en su mesa, con la foto de su mujer y de su hija habían desaparecido. En cambio, en su lugar, había dos marcos pequeños que cogió con curiosidad. En una foto aparecía su hija, una niña muy guapa que se parecía bastante a Dick, y en la otra estaba ella. Se quedó sorprendida porque no sabía de dónde había podido sacar Dick esa foto, aunque le hizo ilusión verla en su mesa.

Salió del despacho pensando en Dick y al acceder al pasillo, se volvió a dar de bruces con el mismo profesor, con quien se había topado cuando buscaba información sobre Richard. Su cara

expresaba aturdimiento y enfado, por lo que ella se disculpó y se marchó lo más rápido que pudo, para no tener que escuchar sus quejas.

Capítulo 24 - Los documentos secretos

Berlín 1950

Erika tenía la llave en la mano y estaba frente a la puerta de la que había sido su casa pensado que era uno de los últimos momentos en que la abriría. Todo lo que había vivido allí se quedaría en el recuerdo. Su infancia fue feliz, aunque después su padre se fue y su madre murió, dejándola sola a cargo de una casa demasiado grande. Se había sentido muy desamparada. Sin embargo, en ese momento, detrás de ella estaban Barbra y Hans que la reconfortaban y le daban apoyo.

—¿Abres tú o me das a mí la llave? —le preguntó Barbra, sacándola de su ensimismamiento. Estaba tan concentrada en sus recuerdos que ni siquiera se acordaba de que tenían prisa y el tiempo apremiaba.

Tan solo abrir la puerta, se vieron obligados a respirar un ambiente cargado de polvo que se hacía irrespirable. Innumerables trastos y cajas a medio llenar abarrotaban las habitaciones y los pasillos. Erika se quedó un poco cohibida ante la desorganización y suciedad que mostraba la casa, aunque reconocía que, desde que supo que no era suya, había perdido el interés por mantenerla cuidada.

—¿Qué vas a hacer con todo esto? —le preguntó Hans.

—No me gusta tirar mis cosas.

Tanto Barbra como Hans se quedaron asombrados por el volumen de trastos acumulados. Las paredes de color grisáceo tenían las marcas de cuadros descolgados, y los muebles y armarios presentaban sus entrañas con las puertas abiertas. Todo el conjunto daba como resultado una visión dantesca.

—No sé qué haré con mis cosas, ni que va a ser de mí.

En ningún momento habían hablado de dónde iba a vivir Erika.

—Ya sabes que puedes venir a mi casa —propuso Barbra— aunque me temo que solo te cabrán en un rincón alguna de tus innumerables cajas.

Erika afirmó con la cabeza recordando lo pequeña que era la casa de Barbra.

—Erika, no sé si ahora es el mejor momento para que lo decidas, pero yo vivo solo, mi casa es grande y tengo una habitación vacía donde podrías guardar tus cajas hasta que decidas qué hacer con todo esto —dijo Hans mirando a su alrededor— la mayoría de cosas quizá puedas tirarlas o donarlas.

—Gracias a los dos, pero no quiero ser un estorbo para nadie.

—¿Un estorbo? —preguntó Hans molesto— no entiendo por qué piensas eso. Hace poco que nos conocemos, pero a mí me gusta estar contigo, eres muy importante para mí.

Se abrazaron y Barbra se perdió por el pasillo de la casa dejando solos a los tortolitos.

—Cuando recibas el dinero de la herencia puedes comprarte una casa o lo que quieras —dijo Barbra a gritos— ¡Venga! Vamos a buscar que se nos va el tiempo.

Los dos se deshicieron del abrazo y la siguieron como pudieron. No era fácil andar esquivando las cajas apiladas en el pasillo de la casa.

—¿Dónde está la habitación de tus padres?

—La de mi padre, querrás decir. Desde siempre los recuerdo durmiendo cada uno en su habitación. Yo dormía con mi madre y me quedé con su habitación cuando murió.

—Pues dónde está la habitación de tu padre —volvió a preguntar Barbra al ver que la seguían a ella y, en realidad, quien conocía la casa a fondo era Erika.

—Al final de este pasillo, la última puerta a la derecha.

—¿Sabes a qué me recuerda tu casa?

—Ya sé, a la que vimos tú y yo en Anzi. La casa donde ahora vive mi padre con esa mujer.

—¿En serio se ha hecho una igual? —preguntó Hans intrigado porque no había visto la primera.

—Este corredor con innumerables puertas se parece mucho, aunque el otro estaba más oscuro.

Barbra se paró frente a una de las puertas y esperó a que Erika llegara a su lado. Le dejó espacio para que ella abriera la puerta de la habitación. Hans las siguió de cerca y esperó paciente sentado en una de las cajas.

Al abrir la puerta un aire enmohecido y lleno de polvo les dio la bienvenida a una habitación amueblada, que llevaba años cerrada y que mantenía los objetos bien colocados en su sitio esperando el regreso de su dueño.

—¿No la has vaciado?

—¿No entras nunca?

Preguntaron los dos a la vez.

—Es la habitación de mi padre. Me da respeto.

—Tu padre hace años que se fue y no va a volver —le clarificó Barbra con poco tacto.

—Lo sé.

Los tres entraron en fila, con Erika a la cabeza quien miraba a su alrededor como si fuera la primera vez que lo veía.

—¿Y qué esperamos encontrar? —preguntó Hans queriendo salir de allí lo antes posible.

—En realidad, no lo sé, pero no quiero que quede nada importante que pueda encontrar mi hermano.

La habitación era bastante grande, cuadrada, se veía sombría y oscura, aunque mejoró cuando Erika abrió los viejos pórticos para que entrara la luz del mediodía. Entonces vieron con mayor claridad las motas de polvo reflejadas en el haz de luz y la suciedad acumulada durante años. Hans se consideraba una persona organizada y pulcra, por lo que no acababa de entender la actitud de Erika ante sus cosas.

—Algún bichito nos saldrá de un rincón.

—Espero que no —contestó Erika.

Una gran cama ocupaba la parte central de la estancia, acompañada de un armario, una cómoda y una vieja silla que conformaban todo el mobiliario de color marrón oscuro. La cama estaba cubierta con una vieja colcha, del mismo color que los muebles. Se distribuyeron los pocos muebles para revisarlos y vaciarlos. Hans quitó la colcha, movió el colchón, apartándolo a un lado para poder revisar bien la cama, Erika abrió los cajones de la cómoda y a Barbra le tocó el armario.

—¿Tú padre coleccionaba armas de fuego? —preguntó confuso.

La pregunta llamó la atención de los dos, que se acercaron para ver un armario repleto de armas colocadas en posición vertical, una al lado de la otra y numerosas cajitas llenas de munición. Erika miraba su interior con el rostro demudado, sin creerse lo que contenía.

—No, no lo sabía. ¡Hay tantas cosas que desconozco de mi padre! Sin embargo, si estaba metido en el partido nazi y eran tiempos de guerra, no era de extrañar que escondiera armas en su

habitación.

Retiraron algunas de ellas y vieron que detrás había un bloque de hormigón en vez de la parte trasera del armario. Se miraron asombrados y entre los tres retiraron todas las armas y con cuidado las depositaron en el suelo y encima del colchón.

—¿Qué es esto? Es increíble —preguntó Hans lanzando un silbido de admiración.

El centro del bloque estaba recubierto de una plancha metálica y en su centro había una ruedecilla con números.

—A mí me parece una especie de caja fuerte —dijo Barbra.

—Sí que lo es, pero será imposible abrirla —contestó Erika.

—Podemos intentarlo. Erika, ¿sabes la fecha de nacimiento de tu padre?

Intentaron abrirla probando posibles combinaciones con día, mes y año, hasta que se oyó un clic y después un pequeño zumbido de los muelles al soltarse dejando la puerta abierta.

Los tres miraron hacia el interior y Barbra introdujo la mano para sacar una abultada carpeta de color marrón, enmohecida por el paso del tiempo. Erika también palpó el interior, sacando un sobre que contenía algunos billetes y confirmó: —No hay nada más.

Recolocaron el colchón encima de la cama y apartaron a un lado las armas que habían sacado del armario con la intención de dejar espacio suficiente para distribuir el contenido de la carpeta.

—Mi padre nunca me dejó entrar en su habitación. Cuando era pequeña, muchas veces había intentado ir detrás de él y colarme en ella, pero él siempre me echaba fuera y cerraba la puerta. Ahora entiendo sus razones, todo esto debía ser muy importante para él.

La carpeta contenía varios documentos grapados. Informes completos de diversas hojas escritos en alemán. Hans cogió uno para ojearlo.

—¿De qué se trata? —preguntó Barbra curiosa.

—Es un diario oficial de un tal MH, que son las siglas de un importante dirigente jefe de las SS, del partido nazi, que tuvo una responsabilidad directa sobre el Holocausto.

Barbra miró el resto de documentos y vio que todos tenían el mismo formato.

—Creo que todos son diarios oficiales. Es difícil saber qué hacen aquí, aunque estos documentos tuvieron que ser mecanografiados por alguien de confianza. Tu padre era una persona culta, profesor de universidad. Tú misma me dijiste que estaba muy bien considerado, que era bueno redactando y que trabajó en la oficina rodeado de altos dirigentes del partido. Pocas personas tenían los conocimientos para mecanografiar tantos documentos. Quizá lo hizo él —dijo Barbra aventurándose a dar una explicación.

—No puede ser que mi padre supiera todo lo que estaba pasando y no hiciera nada.

—Si él tuvo que redactar todo esto, seguramente no lo hizo solo, es mucho trabajo. Debieron formar un equipo de elegidos, ayudantes del partido. No creo que él pudiera negarse a hacer lo que le ordenaban —añadió Hans intentando edulcorar un poco la situación ante ella.

Los tres estuvieron leyendo los documentos fechados durante la guerra, desde 1937 a 1945. Todos incluían detalles de las reuniones de los líderes entre ellos y con mandatarios extranjeros, detallando sus escalofriantes decisiones.

Estaban inmersos leyendo los documentos cuando escucharon que llamaban a la puerta. Golpes energéticos de los nudillos contra la madera. Se asustaron y guardaron todos los documentos dentro de su carpeta.

—¿Quién será? No espero a nadie

—Erika, seguramente será Dick. Cuando he pasado esta mañana por la universidad hemos quedado en vernos aquí. Incluso le he anotado tu dirección.

—¿Puedes abrir tú, Hans?

—Ya voy yo —propuso Barbra— mejor, quedaros los dos aquí.

Fue hacia la puerta esperando que su corazonada fuera cierta. La abrió y comprobó con alegría que era Dick, se echó a sus brazos dándole un beso en los labios y dejándolo descolocado.

—Yo también me alegro de verte —le dijo rodeándola con sus brazos, aunque ella se deshizo del abrazo y se hizo a un lado para dejarlo pasar.

—Ya casi hemos terminado, pero te sorprenderá saber qué hemos encontrado.

—He venido lo más rápido que he podido, aunque veo que habéis aprovechado bien el tiempo —dijo viendo todas las cajas que rodeaban el pasillo y la entrada— ¿qué hará con todo esto?

—No lo tiene decidido.

Recorrieron el estrecho pasillo, hasta llegar a la habitación de su tío. Barbra abrió la puerta y Dick se coló en el interior. Tanto Erika como Hans cerraron las puertas del armario y se miraron entre sí con cara de circunstancias.

—Es evidente que estáis ocultando algo —protestó Dick enfadado al ver que no confiaban en él y con dos zancadas se plantó frente al armario con tal ímpetu que los dos se apartaron para dejarle paso.

Abrió las puertas y soltó un silbido de sorpresa al ver las armas apiladas en el interior.

—¡Vaya con el profesor Bauer! Sí que se lo tenía escondido. ¿Para qué querría tantas armas? Aunque a estas alturas ya no hay nada que me sorprenda de él.

—Quizá sí que logremos sorprenderte —contestó Barbra queriendo ser sincera con Dick. Si tenían posibilidad de tener un futuro juntos, quería confiar en él— hemos encontrado una caja fuerte detrás de las armas.

Dick se acercó con cara de asombro para mirar en el interior del armario y vio las ranuras metálicas que sobresalían escondidas.

—No te molestes en querer abrirla, ya la hemos vaciado —dijo Hans señalándole la abultada carpeta y el sobre que habían quedado olvidados sobre la cama.

Como un imán se abalanzó hacia los documentos, intrigado por saber qué ocultaban. Hans le hizo un breve resumen sobre los Diarios Oficiales que habían encontrado mientras que Dick revisaba los documentos hechizado.

Dirigiéndose a Hans y a Erika, Barbra les clarificó con una sonrisa: —Sabéis que Dick es profesor, pero creo que no os había dicho que es profesor de Historia.

Los dos lo miraron embelesados y Dick mostró una sonrisa socarrona y arrogante, sin dejar de mirar los documentos.

—¿Qué podemos hacer con esto, Dick? —le preguntó Erika poniéndolo al mando de la situación—. ¡Odio estos documentos! No quiero saber nada de ellos ¿Habéis leído el detalle de las atrocidades que explican?

—Sí, es estremecedor, pero no podemos volverlos a guardar en la caja y olvidarnos de ellos, tienen una gran importancia histórica —confirmó Dick serio—. A partir de esos diarios podemos conocer más en profundidad qué pasó y... ¡nos lo explican los principales dirigentes del Partido Nazi!

Todos asintieron dándole la razón.

—Y en el sobre, ¿qué hay?

—Unos cuantos billetes.

—Con eso no hay problema, Erika, te los puedes quedar —le dijo tendiéndole el sobre.

—No pienso quedarme con dinero sucio —contestó apartando la mano, como si quemara.

—Es dinero y es tuyo.

—¡Ya te he dicho que no lo quiero!

—Pues se lo daremos a tu hermano —dijo Hans haciéndola rabiar.

—¡No! —respondió como si hubiera mencionado al mismo diablo— ¡dame!, ya me lo quedo yo. —Agarró el sobre y sin más discusión se lo guardó dando pie a que todos se unieran en una carcajada, que Erika acompañó en sus risas, a pesar de que no le hizo ni pizca de gracia la situación.

—¿Qué hacemos con la carpeta? —preguntó de nuevo Erika insistiendo a Dick, deseando salir de la que había sido la habitación de su padre.

—No sé... tengo que valorar cómo la entregamos para su estudio.

—En breve tengo que dejar la casa y no podré acceder más a esta habitación, ni al resto —dijo compungida.

Los cuatro se quedaron callados pensando en las opciones que tenían y Dick pensó que él deseaba profundizar en los documentos.

—Dejad que me los lleve para estudiarlos esta noche y valorar qué podemos hacer —sugirió y todos estuvieron de acuerdo, deseando salir cuanto antes de aquella habitación.

—Como te he dicho, cuando era pequeña mi padre no me dejaba entrar en su habitación —explicó Erika a Barbra mientras recorrían el largo pasillo, las dos por delante de los chicos— siempre me imaginé que tenía un tesoro escondido y ahora he visto que estaba en lo cierto.

—Quizá tu padre le dona la casa a tu hermano pensando en esta habitación —opinó Barbra—. No debía querer que su hija llegase a encontrar estos documentos y que supieses que había sido secretario o ayudante de un alto mando, que tenía pruebas que lo incriminaban, por eso estaban tan bien guardadas. Necesitaba poder acceder si era necesario, y ya vimos en su casa que no quiere acercarse a ti.

—¿Quieres decir que mi hermano está en contacto con mi padre y se ven a menudo? Es una posibilidad que no había pensado y que me apena.

—Poco sabemos de tu hermano Johann, pero igual que lo encontramos nosotras, supongo que él también sabe que vuestro padre vive y dónde reside.

Erika se quedó cabizbaja pensando en lo que le acababa de decir su prima, y sintiendo celos. Sí, celos terribles por un padre que la había abandonado a su suerte cuando era pequeña, y que años después había fingido no reconocerla cuando lo había visto en su casa. No podía ni pensar que su hermano estuviera cerca de su padre y que a él sí que lo quisiera y deseara estar con él.

Capítulo 25 - La casa abandonada

Berlín 1950

Barbra abrió la puerta de su casa y Dick entró detrás de ella deseando estar entre sus brazos y darle la buena noticia. Seguro que se alegraría.

—No sé por qué razón has querido quedarte en mi casa, vas a estar muy ocupado leyendo todo lo que hay en la carpeta —dijo ella en tono de reproche cerrando la puerta tras ellos.

—Cariño, hay tiempo para todo.

Se extrañó, nunca la había llamado así antes y vio como Dick dejó con rapidez la carpeta encima de una de las sillas y se abalanzó hacia ella, mimoso.

—Te he echado de menos estos días... me he sentido muy solo —susurró a escasos centímetros de su rostro.

—Demuéstramelo —le contestó pícaro y él no se lo pensó dos veces, se olvidó rápido de los documentos y pasaron juntos la noche.

Ella se despertó al notar unos besos en la frente que iba recorriendo su rostro y abrió los ojos viendo como él la miraba intensamente con una sonrisa.

—Veo que te has despertado.

—¡Querrás decir que me has despertado! —replicó ella bostezando—. Me siento como si acabara de dormirme.

Él no perdía su amplia sonrisa haciendo caso omiso de sus pullas.

—Pareces contento.

—Tengo motivos —contestó misterioso.

Ella se incorporó sobre un codo y estiró la mano para acariciarle la barbilla manteniéndose expectante.

—Mi mujer ha accedido al divorcio, así que tengo vía libre para comenzar todos los trámites. Sé que no será fácil, son gestiones lentas, pero lo conseguiremos.

Barbra se quedó muy sorprendida, era lo último que se esperaba y sintió una gran alegría. — ¡Pero, eso es fantástico!

—Sí, estaba deseando decírtelo... aunque tenía miedo a tu reacción.

—¿Por qué? No lo entiendo —dijo extrañada—. Estábamos deseando tener libertad para estar juntos ¿no?

—Sí, pero cuando te fuiste a Calais, en el aeropuerto, te fuiste enfadada y me quedé abatido, no sabía si querrías volver conmigo.

Ella se sentó en la cama, con la sábana resbalando hasta su cintura y le habló en un tono serio: —Dick, seré sincera, me gusta estar contigo, pero necesito una pareja a mi lado que no tenga dudas sobre mí y mis sentimientos. Ya me conoces, soy una persona independiente, no me gusta atarme y menos tener que dar explicaciones para que no te sientas celoso.

Él la escuchaba, con la cabeza gacha y entornando los ojos como si le dolieran sus palabras y replicó en tono inaudible: —Reconozco que soy un poco celoso.

—Deja tus celos a un lado, si estoy contigo es porque quiero estarlo.

—Pero ¡mírate! —replicó levantando la cabeza recorriendo su rostro y bajando su mirada hasta su cintura con admiración—. ¿Cómo vas a atarte a mí? Eres una belleza.

—No me gusta que te desmerezcas, ni tampoco que dudes de mí, volvemos otra vez a lo mismo —replicó enfadada. No lograba entender cómo habían pasado de la alegría de la buena noticia, al enfado. Se levantó de la cama dando por terminada la conversación y se dirigió hacia la ducha, cerrando la puerta con firmeza.

Fiel a su rutina diaria, después de la ducha, se fue a la cocina a prepararse un café bien cargado y tostadas, cuando vio que él estaba preparando el desayuno para los dos. Se puso a su lado y él dejó lo que estaba haciendo y la abrazó.

—Lo siento, perdóname —consiguió decir—. Sé que cuando me pongo celoso, mis actos no son coherentes y no sé lo que digo... No puedo perderte. Cambiaré, ten confianza en mí. Te lo prometo.

Ella se dejó abrazar en silencio, dudando de sus promesas. Lo conocía lo suficiente para saber que era demasiado posesivo, tenía miedo de perderla asumiendo que ella le pertenecía, cuando no era así. Ella era independiente, no era propiedad de nadie. En el fondo, ella también se encontraba perdida, por no saber cómo ayudarlo a que se sintiera seguro y le diera espacio.

—No puedes pretender cambiarme y que haga lo que tú deseas. Tus miedos son infundados y como me importas lo suficiente, te daré un voto de confianza, pero no vuelvas a dudar de mí.

Deshaciéndose del abrazo y señalándolo con un dedo que no se reprimió en agitar.

Dick le sonrió con alivio; apenas podía creer que ella le diera otra oportunidad y le dio un beso en los labios, rompiendo finalmente la tensión que se había creado entre ellos.

—El café se enfría —dijo ella cortante y sentándose a desayunar, dejándole espacio a su lado.

Se tomaron el café con las tostadas en silencio, sintiendo que sincerarse el uno con el otro, les había unido. Después del último sorbo, recogieron las tazas y los platos para dejar espacio a la carpeta llena de documentos. La estrecha mesa de Barbra no les daba el espacio suficiente para leer los documentos cómodamente, así que retiraron las sillas y esparcieron los papeles encima de la mullida alfombra y se sentaron en el suelo. Los dos leían el detalle de los documentos sin dar crédito a toda la valiosa información que tenían entre manos.

—Esto tiene un valor histórico incalculable —dijo Dick emocionado— no solo por saber cómo era el día a día de estos dirigentes criminales, sino por el detalle de atrocidades descritas y cómo muchas personas que estaban en contacto con ellos callaron ante tales barbaridades.

—¿Te refieres a que mi tío y otros que trabajaban como él, funcionarios que tenían información de primera mano de lo que estaba pasando, redactaban documentos sin revelarse ante las injusticias?

—Sí, el silencio de la población alemana que, por miedo, dejaron hacer sin manifestarse. En el fondo, fueron cómplices, pero hay que ser muy valiente para plantarles cara y esperar las duras represalias que a buen seguro tendrían.

—Al final, ya sabes, mi tío tuvo que huir, como otros miles de trabajadores del dictador, para escapar de la persecución. ¿Qué vas a hacer con todos estos documentos? Si parte de ellos los entregas a un periódico, conseguirías una buena suma de dinero.

—Sabes que como historiador soy incapaz de hacer eso —le confirmó serio—. Me los llevaré a la universidad para compartirlo con el resto de profesores y tomar una decisión.

Mientras que Dick se marchaba hacia la universidad para impartir los últimos días de clase con la carpeta de documentos bajo el brazo, Barbra conducía su pequeño coche hasta la casa de Erika. Su prima había decidido dejar la casa cuanto antes. En cuanto supieron lo que contenía la habitación de su padre, Erika manifestó un rechazo hacia la casa que había considerado su hogar

durante tantos años. Ahora se sentía feliz de entregársela a su hermano y ella poder salir de allí, afortunada de tener dinero para comprarse otra y de tener la opción de compartir su vida con Hans, como él le había propuesto.

Aparcó y bajó rápido del vehículo recordando todo lo que había ocurrido desde esa tarde, no tan lejana, en la que había llegado a esa casa en busca de información sobre su tío. Los adoquines resonaron bajo sus pasos igual que aquel día, aunque esta vez, cuando estuvo frente a la puerta entró con la confianza que le había dado su prima de sentirse parte de la familia. La puerta estaba abierta, Erika estaba apilando las cajas que quería llevarse al lado de la puerta de entrada.

—Hans vendrá con su coche para llevarse algunas de las cajas —dijo a modo de explicación, aunque ella no se la hubiera pedido—. He decidido ir a vivir con él.

—¡Me alegro mucho por ti! Hacéis muy buena pareja —dijo Barbra dándole un abrazo.

Erika se recolocó el pañuelo que se había puesto en forma de cinta en la cabeza y se limpió la cara con el dorso de la mano.

—Me siento feliz, aunque un poco asustada, me sorprende que todo vaya tan rápido.

—Al tener que dejar la casa tenías que buscar una solución —le sonrió—. Estoy orgullosa de que hayas tomado la decisión de ir con él. Según dijo Hans, tiene espacio de sobra en su casa y él te cuidará bien.

—Sí y tampoco podía irme a tu casa, Barbra. Necesitas poder compartirla con Dick.

Barbra se sonrojó al pensar que tenía razón. Habían pasado la noche juntos y estaba segura de que Dick volvería muchas noches más.

Erika había quedado con Hans que la ayudaría en la mudanza. Cuando oyeron el ruido de un coche aparcando al lado de su casa, pensaron que era él. Salieron las dos a la calle para saludarlo y se quedaron sorprendidas al ver un pequeño furgón de mudanzas, y más sorprendidas aun cuando vieron a Hans bajarse de él vestido con traje y corbata, sus zapatos brillantes y su pelo engominado hacia atrás.

—He salido del banco lo antes que he podido y un compañero me ha dejado esta furgoneta, aunque se la tengo que devolver esta noche —dijo mientras que intentaba arreglar su aspecto impecable. Las dos se echaron a reír.

—Estas guapísimo, quizá demasiado para mover cajas.

Él no deseaba sudar y ensuciarse las manos si tenía que volver al trabajo, aunque no le quedaba otra opción.

—¿Vas a querer llevarte muchas cajas? —preguntó echando una ojeada a la larga hilera de cajas.

—No. Lo he estado pensando y no quiero tener recuerdos de esta casa. Solo deseo llevarme mi ropa y cosas personales, del resto que se ocupe mi hermano, van como lote dentro de la casa.

Hans soltó un suspiro de alivio, se quitó la chaqueta que dejó doblada encima del asiento delantero, y se arremangó las mangas de la camisa para empezar a cargar. Entre los tres llenaron el furgón con las cajas imprescindibles.

—Ya está, Hans. Esta es la última, no voy a llevarme nada más.

—Has hecho bien al decidir llevarte lo imprescindible —le dijo su prima.

—Sí, estoy contenta.

—Y yo, más —corroboró Hans cerrando la puerta del furgón, sin dar opción a cargar más.

Erika lo miró sonriendo y después giró la cabeza para observar la que había sido su casa hasta ese momento. Le sobrecogió un sentimiento de tristeza y ansiedad que se disipó rápido cuando Hans llegó a su lado y le cogió de la mano, ordenándole:

—No te lo pienses más, cierra ya la puerta.

Ella asintió y así lo hizo. El golpe seco al cerrar la puerta la sacó del trance en el que estaba sumergida y un escalofrío le recorrió desde el cuello hasta la punta de los pies. No solo había cerrado una casa, sino que había roto con su pasado y deseaba olvidarse de que tenía un padre que ya no significaba nada para ella y un hermano al que solo había visto en un par de ocasiones y a quien no deseaba ver más.

Sin embargo, decidió perdonarles, aceptando que ellos también tenían derecho a disfrutar de una segunda oportunidad, la venganza no la llevaría a nada bueno y en el fondo de su corazón sabía que seguiría queriéndoles, era su familia.

Además, se sentía afortunada, a su lado estaba su futuro. Su prima Barbra con quien había construido un lazo afectivo indestructible, con ella y con sus padres, y Hans, su pareja, que la había apoyado desde el primer momento en que se conocieron.

Se despidió de su prima con un abrazo emocionado, dando por seguro que serían inseparables, y subió al asiento delantero donde antes habían colocado la chaqueta de Hans. La furgoneta se alejó y Barbra los siguió con la mirada hasta que no alcanzó a verlos.

Capítulo 26 - La tentación de Alan

Londres 1970

La habitación se quedó en silencio y al no escuchar más su voz Alan giró su cabeza para mirarla.

—¿Qué ocurre?

—Por un momento pensé que te habías quedado dormido y que estaba hablando sola.

Seguían los dos en la cama del hotel de Barbra. Ella permanecía recostada en el cabezal, vestida y sin zapatos, con los pies desnudos que él había estado masajeando durante bastantes minutos. Alan estaba tumbado sobre la colcha de color marrón, de forma perpendicular a ella, con los pantalones puestos y sin camisa, con los brazos cruzados detrás de su cabeza. Había cerrado los ojos mientras que escuchaba su historia, imaginándose lo que había ocurrido como un niño que escucha un cuento.

Se incorporó sobre su codo para mirarla y le pareció muy bella, con sus ojos negros, su pelo rizado y su piel caoba, vestida con su camisa blanca de lino y sus pantalones negros ajustados.

—¿Te casaste con Dick?

Ella se lo pensó antes de responder.

—Tuvimos que esperar unos años. Nos casamos, sí, pero no funcionó.

No añadió más explicaciones, ni él se las pidió. Con todo lo que Barbra le había contado se había hecho una buena idea de cómo debía haber sido su relación, llena de altibajos, celos y desconfianza.

—¿Te has vuelto a casar? —le preguntó él sin rodeos, sintiéndose como un adolescente enamorado, pendiente de su respuesta.

—No. Durante estos años he estado viajando, a veces sola, a veces con algún amigo, pero no he querido atarme a nadie más.

Y Alan se sintió celoso por aquel amigo imaginario que la había acompañado en sus viajes.

—¿Por qué no te quedaste conmigo?

Se quedó boquiabierto al escuchar la misma pregunta que Alan le había repetido en demasiadas ocasiones.

—Era demasiado joven, no quería atarme —le contestó y Alan enarcó una ceja y la miró fijamente a los ojos.

Después de las horas que llevaban juntos, todavía le parecía increíble poder estar junto a ella, su Barbra, a quién había querido y deseado tanto, durante tantos años.

Ella debió percibir un cambio en su mirada, que había pasado de estar atenta a sus palabras, a estar cargada de deseo, vio como él apretaba los puños, aunque sabía que ella estaba al mando de la situación. Si ella se acercaba y cedía, él estaría perdido. Decidió ser mala y puso, de forma deliberada, su pie desnudo al lado de su torso, y con los dedos fue rozándole la piel hasta que él la cogió firme por el tobillo.

—Mejor no sigas por ahí —le prohibió con tono firme, ya que no confiaba en poder controlar la situación.

Sin embargo, ella no se rindió, quería jugar con fuego. Se deshizo de su mano, que le agarraba el tobillo con fuerza, y se levantó de la cama.

—Creo que... voy a darme una ducha —dijo comenzando a desabrocharse la blusa de color blanco.

Él se levantó como un resorte quedándose de pie enfrente de ella. Se quedaron parados, a unos pocos centímetros de distancia y él le suplicó: —No me hagas esto.

La atracción entre ambos era palpable, la misma que habían sentido años atrás cuando los dos estaban libres y sin compromiso, pero las circunstancias habían cambiado, al menos para él, tenía una familia que lo esperaba en casa.

Hasta ese momento, Alan había conseguido resistirse y sabía que, si cedía, ella entraría en el baño y él la seguiría, no podría detenerse y se iba a arrepentir. No sabía cómo se sentiría cuando llegara a su casa y se reencontrara con su mujer y su hija, aunque podía imaginárselo.

—Creo que es mejor que me vaya a casa —contestó Alan controlando el deseo que ella despertaba en él.

Ella no respondió, bajó la vista no dejando ver cómo le había afectado su rechazo, mientras que Alan se puso la camisa y se la abrochó con torpeza, estaba deseando salir de allí lo antes posible.

Sin embargo, se acercó de nuevo a ella y le dio un abrazo inesperado donde cada uno sintió conectarse a los sentimientos del otro. Sin soltarla le dio un beso en la mejilla y se dirigió hacia la puerta.

Antes de salir, la miró una vez más y le preguntó: —¿Quieres venir mañana a cenar a mi casa? Podrás conocer a mi mujer y a mi hija, antes de irte.

Barbra sacudió la cabeza en un gesto de perplejidad y le preguntó: —¿De verdad quieres que conozca a tu mujer? Me parece algo... extraño.

—¿Por qué no?... eres una amiga...

Una amiga, para él siempre había sido más que eso, un amor imposible que nunca llegó a más por la cabezonería de él y el afán de libertad de ella.

—Pero, seguro que le has hablado alguna vez de mí, no sé si ella querrá conocerme.

—Me gustaría mucho que vinieras.

—Sí, a mí también me gustaría conocerlas y ver tu casa.

Alan mostró una sonrisa a medias, sentía un deseo morboso de que Barbra y su mujer se conocieran, poder enseñarle su casa, su habitación y su cama, sin embargo, algo en su interior le decía que quizá no era tan buena idea.

—Te espero mañana, en mi casa a las ocho —le propuso sabiendo que no tenía alternativa.

Abrió la puerta y salió de la habitación antes de que ella pudiera contestar.

La tormenta de la tarde había refrescado el ambiente, por lo que agradeció sentir frío cuando salió del hotel. Con grandes zancadas se alejó de allí para no caer en la tentación de volver atrás. A los pocos minutos entró en el coche de un salto y se sentó en el asiento delantero. Al cerrar la puerta, dando un portazo, se cubrió la cara con las manos e hizo presión sobre sus ojos. Había estado a punto de besarla. Reconocía que Barbra le nublabá los sentidos, le fascinaba y le hacía perder de vista todo lo que le importaba. Quizá había sido un loco al pedirle que fuera a su casa de un día para otro, ¿cómo se lo diría a su mujer?, ¿por qué lo había hecho? Se repetía una y otra vez. Aunque él sabía la respuesta.

«Si veo juntas a las dos, sabré que mi mujer es la persona con quien he compartido años de convivencia y es quien me importa... y Barbra volverá a salir de mi vida».

Tratando de convencerse de que había sido una buena idea, condujo hasta su casa, haciendo un esfuerzo por centrarse en el camino ya que fácilmente dejaba volar su imaginación pensando en ella.

Ya era bastante entrada la tarde cuando Alan llegó a Chelmsford. El mayordomo Giles, como siempre, salió a su encuentro para darle la bienvenida, también su hija, quién salió a recibirlo dándole un abrazo. Sin embargo, no escuchó la voz de su mujer. Como si Giles leyera su mente, le informó:

—La señora Wilson ha informado que llegaría un poco más tarde y que podían ustedes cenar sin esperarla.

Primero se sorprendió ya que su mujer nunca salía sola hasta tan tarde, aunque decidió que era una buena noticia porque así tendría tiempo de ducharse y ponerse ropa limpia antes de que ella llegase. Estaría más relajado si podía hablarle sobre la cena, un poco más tarde.

A kilómetros de su casa, su mujer estaba sentada dentro del coche y esperaba que la oscuridad que envolvía la noche no llegase a su corazón. Había salido de casa a mediodía, preocupada por Alan. Durante la noche anterior, no había dormido, dándole vueltas a todo y escuchándolo susurrar su nombre en sueños. El nombre de Barbra. ¡Otra vez!, ¡siempre Barbra! Se repetía ella una y otra vez. Desde que conoció a su marido en el campamento del hospital militar, cuando él había tenido un accidente y ella era la enfermera, se habían gustado desde el primer momento. Sin embargo, él tenía una compañera de trabajo, una mujer, piloto de la RAF, que lo tenía deslumbrado. Durante la guerra mantuvieron mucha complicidad y siempre que ella tenía un problema él lo dejaba todo y salía tras ella.

Esa mañana cuando lo vio salir de casa, dándole una excusa, ya sabía que él ocultaba algo. Una leve sonrisa de incredulidad se dibujó en su rostro. Hacía años que se conocían y para ella su marido era como un libro abierto, podía saber lo que pensaba y lo que sentía, aunque sus palabras dijeran lo contrario.

Y lo supo: cuando ayer estuvo fuera de casa todo el día, cuando por la noche le dio una excusa para retirarse pronto, cuando dijo su nombre durante la noche y cuando salió de casa esa misma mañana... supo que iba a verla a ella.

Por eso, Satina condujo kilómetros esa misma mañana, siguiéndolo a distancia, estuvo aguardando mientras comió en el restaurante con ella y luego aguantó dentro del coche bajo la tormenta y la densa lluvia mientras que lo vio entrar, con esa mujer en el hotel. Había esperado paciente, incluso vio salir a Katy del hotel, que se sorprendió al verla al lado del coche. La vio tan nerviosa y aturdida por encontrarla allí, con la urgencia de escabullirse entre las sombras, que supo a ciencia cierta que había visto a su marido con otra mujer. Y siguió esperando. Hasta que lo vio salir hacia su coche para regresar a casa y ella se sintió perdida, sin saber qué hacer. ¿Qué habría pasado en esa habitación de hotel?, ¿qué debía hacer ella?

Estaba harta y cansada de darle vueltas una y otra vez. Decidió volver a casa, su hija la estaba esperando, y de regreso a casa fue recordando su vida con Alan.

«Satina siempre había estado enamorada de Alan, desde el primer día que lo vio. Sin embargo, estaban en plena guerra y los dos eran muy jóvenes para casarse. Como Alan era piloto, pocas veces estaba en Londres, pasaba largas temporadas en otros destinos y ella no podía depender de él, tenía que hacer su propia vida.

Era enfermera y decidió seguir estudiando para llegar a ser médico. Lo consiguió gracias a su esfuerzo y también a Joseph, doctor y profesor en la London School of Medicine for Women, quién

la ayudó a conseguir lo que ella deseaba. Se casó con Joseph, aunque su amor era fraternal, y no sentía por él la pasión que sentía cuando había estado con Alan, sin embargo, llegó a quererlo y cuando le diagnosticaron una grave enfermedad y murió, se quedó muy sola. Entonces decidió ir a Irlanda porque consiguió un empleo en el Hospital de Cork, como médico, durante un año. Satina, irlandesa, todavía conservaba buenos recuerdos de su infancia, donde había vivido con su abuela, así que no se lo pensó y volvió a sus orígenes. A los pocos días de instalarse en su casita alquilada, le llegó una carta de Alan donde expresaba cuánto la quería y que entendía que ella necesitaba su tiempo, a la que ella contestó dejando abierto su posible regreso. Y volvió.

Un día se presentó en su casa y se encontró con otra mujer, Lucia. Su primer instinto casi la llevó a salir corriendo de allí, pero Lucia se presentó como su secretaria personal y la hizo pasar al interior de la casa, mostrándose amable. No obstante, sospechó que estaba celosa porque la miraba con odio contenido. Un resentimiento todavía sumergido por su actitud y porque deseaba seguir trabajando para Alan, aunque él nunca la miraría como ella quería.

Cuando Alan regresó del trabajo y la encontró esperándolo en su casa, mostró tal alegría al verla que no cabía en sí de gozo. Sin pensar, le pidió que se casase con él a los pocos días de su regreso y ella aceptó.

Su matrimonio podía parecer idílico, una familia con dinero, él siguió con su trabajo como propietario de la fábrica familiar, mientras que ella consiguió un puesto de doctora en un hospital de Londres. Sin embargo, ella lo veía muchas veces cabizbajo, sumido en sus pensamientos y cerrándose en sí mismo, y suponía que echaba de menos viajar, pilotar su avión de combate que lo había llevado a vivir aventuras y a conocer a otras mujeres.

A los pocos años de estar casados, nació su hija, una preciosidad pelirroja. Satina había tenido el pelo negro y los ojos de azul pálido. En cambio, su hija había heredado el color de pelo de sus antepasados irlandeses y sus ojos azules. Tanto Alan como ella estaban muy orgullosos de ella.

Desde que nació su hija, la actitud de Alan cambió. Fue mucho más abierto y cariñoso con ellas dos, parecía haber olvidado el pasado. Por ese motivo, detestó el momento cuando vio una carta dirigida a Alan en el recibidor de la entrada, sabía quién se la había enviado. Prefirió obviarla, ni leerla, ni esconderla, y pasó a fijarse en el cambio de actitud que él manifestaba, despistado y distante, suponía, pensando en su futura cita».

Dejando de lado sus pensamientos, se dio cuenta de que ya había llegado a Wilson House. Aparcó al lado del vehículo que había conducido su marido e intentó aparentar calma y mostrar su mejor sonrisa hasta que decidiera qué hacer.

Tan pronto como llegó y Giles le ayudó con sus cosas, vio con alegría cómo su hija salía a su encuentro. Era una niña feliz y Satina debía valorar bien sus acciones para no hacer nada que pudiera entristecerla. Alan también salió a saludarla y la besó de forma efusiva hasta dejarla sin aliento.

—¡Alan! —exclamó confundida.

—Tenía ganas de verte.

Alan era cariñoso con ella, aunque con el paso de los años su relación había entrado en una monotonía donde los besos no mostraban la pasión que le estaba ofreciendo en ese momento y dudó, si el beso era pensando en ella o no. Lo miró a los ojos y le pareció sincero.

—Te hemos esperado para cenar —le dijo atento, acompañándola hasta la mesa. Cenaron haciéndole preguntas a su hija, evitando explicar qué habían hecho durante el día y después de cenar Satina acompañó a su hija a acostarse.

Alan no encontraba el momento, ni la forma de decirle que había invitado a Barbra, una vieja

amiga, a cenar a su casa.

«Seguramente ni se acuerda de que alguna vez le he hablado de ella», pensó para sí, intentando reconfortarse a sí mismo.

En ese momento Giles entró en el salón y se acercó al sofá preferido de Alan, al lado de la chimenea. Le tendió una copa de vino, como tenía por costumbre, junto a una nota.

—Han dejado esta nota para usted, señor.

Con manos temblorosas la abrió, reconoció la letra de Barbra y antes de leerla ya supo su contenido:

Se excusaba por tener que irse antes de tiempo. Le era imposible acudir a la cena. Deseaba poderse reencontrar con él, más adelante.

Alan soltó un suspiro de alivio. La leyó un par de veces para memorizar su mensaje y se levantó rauda hacia el pequeño fuego que crepitaba en la chimenea. Tiró la nota al fuego deseando que desapareciera antes de que Satina regresara al salón y deseando olvidar a Barbra y lo que ella le provocaba.

A partir de ese momento de su vida, decidió ser sincero, no había sido justo con Satina. Estuvo tejiendo una enmarañada red de mentiras para poder estar con Barbra y no tuvo reparos en dar la espalda a su mujer. Ese suceso le había hecho descubrir lo que realmente era importante. El placer infinito de las pequeñas cosas. Apreciar el simple hecho de estar en casa con su familia, de amar y ser amado. Él quería a su mujer y no estaba dispuesto a perderla por recuerdos del pasado.

Si te ha gustado,...

Al escribir esta historia, me he dejado llevar por la vida de Barbra Bauer y su constante coquetería con Alan Wilson.

Si te ha gustado y deseas saber qué pasó, cuando Alan y Barbra compartieron sus aventuras y pasiones, en años de guerra, te invito a leer la primera parte de esta colección, con la novela *El piloto de la RAF*.

Las dos novelas forman la bilogía “Mujeres heroínas”, como lo son todas las protagonistas de esta historia.

En esta novela, he querido enfatizar lo difícil que resulta ofrecer perdón a las personas que más quieres, familiares y amigos, a través de una historia que toca temas tan difíciles como la posguerra y el conflicto que debió suponer para muchas familias que sus seres queridos estuvieran más que involucrados en barbaries. Además, de cómo superar una relación tóxica, basada en celos y desconfianza.

Por lo que, en el viaje en la lectura de la novela, te encontrarás con situaciones de los personajes relacionados con retazos de la historia.

Agradecimientos

Este libro, junto con *El piloto de la RAF*, ha sido un gran reto, una experiencia inolvidable y arriesgada, aunque haya sentido vértigo al decidir publicarla, pienso repetir.

Esta experiencia no hubiera sido posible sin todas las personas que me han dado su apoyo, la opinión de mi familia ha sido y será muy importante.

Especialmente, a mis padres y a Esther, que han hecho posible que los personajes siguieran su cauce.

Gracias a amigos, amigas y compañeros que me han ayudado con su sincera opinión y me han hecho reflexionar en algunos aspectos.

Gracias a todos vosotros y vosotras que habéis decidido leer este relato, con la intención de pasar un buen momento.

Gracias por hacer realidad mi sueño.

Sobre la autora

Anna Anudi nació en Barcelona, lugar donde reside, está casada y tiene dos hijos.

Estudió Filología Inglesa en la Universidad de Barcelona y toda su vida laboral ha estado vinculada a la gestión de empresas, por lo que siguió formándose y es Diplomada en Empresariales por la Universitat Oberta de Catalunya.

Es una apasionada de la lectura y es una escritora en constante proceso creativo.

Es la autora de las novelas *El piloto de la RAF* (Universo de Letras, 2019) primer volumen de la serie "Mujeres heroínas", novela romántica histórica y *¡No me vas a pillar!* (Independiente, 2019), novela juvenil.

Su última obra *En la piel de Barbra* (Ediciones Coma, 2020), complementa con una biología la serie "Mujeres heroínas".

Todas las obras están disponibles en Amazon.

<https://www.amazon.es/Tienda-Kindle-ANNA-ANUDI>

Sigue a la autora en Facebook

<https://www.facebook.com/anna.anudi.35>

Instagram y en Twitter

[@AnnaAnudi](#)

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Nota de la autora](#)

[Sobre la autora](#)

EN LA PIEL DE BARBRA

ANNA ANUDI

Primera edición: 2020

ISBN: 9798631813540

Sello: Independently published

Copyright © 2020 ANNA ANUDI

Diseño de la cubierta: EdContratipo

Editado por: Ediciones COMA

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o alterado su contenido sin previo consentimiento del autor.